

GUILLERMO MENESES

LA MISA DE  
ARLE  
QUIN



*Novela*

**GUILLERMO MENESES**

**LA MISA DE ARLEQUÌN**

## **El relato de José Martínez**

### **SE QUE DEBO ESCRIBIR ESTO PRONTO**

Sé que debo escribir esto pronto. De lo contrario, no podré terminarlo

No se crea que es la muerte el límite que presiento cercano, el que, supongo, me obliga a realizar esto con rapidez, si es que quiero realizar la tarea. Es todo el desorden que enreda mis actos, y me hace difícil entender y con mayor dificultad expresar, lo que deseo dejar dicho.

Acaso comienzo a mirarme — por vez primera en mi vida— con cierto cariño. Durante muchos años de existencia me consideré como repugnante motivo de comentarios menospreciativos. Ahora hay una suave niebla de ternera entre mis amos y el juicio que sobre ellos hago.

Le razón de este cambio es, tal vez, el deseo de contradecir a mis conciudadanos.

Gocé de respeto y estimación hasta que, hace unos cuantos meses, fui colocado en la difícil actitud del acusado, del culpable.

Quiero contar mi vida, relatar lo que ha sucedido, explicarme ahora mismo el sentido de mi existencia.

Sería necesario comenzar las explicaciones diciendo por qué deseo escribir, por qué deseo contar mi vida Pero, si lograra este razonamiento en pocas líneas, desaparecería todo el interés de la historia No podría retratarme completamente. Y siento que es necesario hacerlo, sobre todo para justificar el absurdo, imprevisto, sorpresivo

desenlace, el accidente que ha trastornado lo que antes fue apariencia de orden.

Para quienes me observaron, a lo largo de más de treinta años, serenamente exacto en el cumplimiento de mis obligaciones, tiene que resultar divertido (por lo menos divertido, aunque la cosa tiene también muy degradante dramatismo) todo lo que he venido haciendo durante los últimos meses.

Yo sé que el presente es el resultado cabal de lo anterior. Sé que mi pasado guardaba le almendra exacta de lo que es hoy mi vida. Pero bien cierto es que mi experiencia personal no ha podido ser conocida por quienes sólo tenían de mí la imagen exterior, el aspecto superficial. Lo mejor sería ir explicando conforme vaya relatando las peripecia de mi existencia.

Nací en una familia a la cual, por diversas razones, desprecio. La madre no existió nunca o se murió pronto. El padre, los hermanos... Ni siquiera distingo unas de otras esas sombras estúpidas y perversas, cobardes y egoístas. Todos ellos son responsables de mi caída.

De todas maneras, odio a mi familia. Mi hermano mayor — Francisco— ha sido, junto con mi padre, el ejemplo perfecto del enemigo imbécil. Así es: imbécil, frío, sereno, severo. No cambiaría yo el más angustioso momento de mi vida por la continua tranquilidad de todos los segundos cuidadosos que forman su existencia.

Escribo con ansiedad —ya lo he dicho— porque temo que pronto no podré escribir. Nunca he sido escritor, pero ahora, cuando quiero contar lo que he hecho sobre la tierra, quisiera poder comprenderme y poner en claro la relación,

natural y evidente entre algunos de los primeros accidentes y le última caída aparatosa que me ha llevado hasta esta ridícula actitud. De lo contrario todo parecería desprovisto de significado. Y tal vez, no lo tenga.

(A nadie le importará que una vida cualquiera sea significativa o no lo sea, pero yo creo intuir el secreto de la mía, cierto mínimo resorte capaz de mover sorprendentes efectos. Y tengo ganas de explicarlo, de hacer así la rectificación a cualquier posible nota necrológica.)

Una serie de problemas se me presentan al comenzar este relato. Entre otros, el del momento que debo escoger para su iniciación. Cualquiera puede señalar que las bases de una vida están siempre colocadas entre las nieblas de la infancia y es de primera importancia señalar las relaciones familiares. El padre, los hermanos —ya lo he dicho— son para mí absolutamente repugnantes y despreciables. A una hermana recuerdo como semejante a una langosta verde, a un saltamontes patojo. La madre... no sé qué decir de ella. Se murió pronto y no había existido. La hermana era también de las personas que no llegan a existir de verdad nunca.

Puede pensar quien así lo desee que frases como las que acabo de escribir no son otra cosa que fácil cinismo, gestos semejantes a los que te hacen para lograr el asombro de los tontos. No es así. Lo único que quisiera rendir dentro de mí es la árida incapacidad de querer. Cuando reviso mis pasos sobre la tierra me miro siempre solitario y sonriente, como si no tuviera necesidad de nadie, como si nadie pudiera hacerme falta. Antes, esa sensación podía confundirse con la más sabrosa seguridad; ahora, por el contrario, se parece al miedo.

Muchas veces alargo una compañía, me enredo en una conversación, me empeño en decir tonterías junto a un camarada ocasional —hombre o mujer, gente de palabra o de silencio — porque sé que el único remedio para dominar la angustia es evitar la soledad.

Complicado todo esto. Escribir no es lo mismo que hablar. Me esfuerzo en colocar frases sobre el papel, pero la dificultad está en que las palabras significan exactamente determinada cosa cuando están hechas de letras negras y no tienen voz. En cambio, cuando salen de entre los labios, se las puede marcar de tristeza, de alegría, de odio, de amor. Se puede escupir un nombre como si fuera el resumen del asco y de la rabia, decirlo con irónico desdén, acariciarlo dulcemente, proyectarlo hacia el misterio, mantenerlo en la duda, reír de las sílabas que lo componen, repetirlo y jugar con él como una bola de color, usarlo hasta convertirlo en una materia hecha de hastío y de sucio humano. Cuando se escribe, por el contrario, la palabra queda justa, más importante que quien la fabrica, más fuerte que quien la dibuja con el pico de la pluma o la tecla de la máquina.

Si yo hubiera tenido vida diferente a la que he hecho, tal vez sería escritor. Entonces no tendría esta dificultad con las palabras y, probablemente, sería capaz de convertir mi angustia en obra de arte, en un poema encendido de sangre, en un relato fino, sencillo y vigoroso como el canto de un caminante que mira el cielo de la tarde.

Cuando escribo frases como la anterior pienso que todavía me queda alguna esperanza sobre la tierra y que, tal vez, pueda llevar a buen fin la tarea que me he propuesto.

Decía que era necesario pescar en la infancia las razones donde toman apoyo ciertas actividades de la madurez y hablaba de mi desprecio por el padre, los hermanos y de mi seca relación con la madre. También habría que decir algo de mi esposa — porque llegué a casarme. Y de los hijos.

Después de los recientes sucesos, después de que mi mujer y mis hijos (muchachos flacos y, al parecer, inteligentes) están apartados de mí, extraños a mi vida, se me hace muy peligroso dedicarme a considerar mi propia relación con la familia donde nací.

Ya el padre y la madre pertenecen al oscuro mundo de los antepasados. Ya están mezclados con los fantasmas y con la tierra. Apenas si los distingo de otras formas, de otros gestos que me vienen de los pasados siglos.

Desde temprano se me enseñó que mi familia es ilustre. Relumbres dorados de báculos y sillones, plata de los espadines, reflejo amarillento de los papeles y pergaminos de los antiguos documentos. Lamentablemente, los aspectos que conocí directamente me parecieron menos dignos: la enfermedad, el vicio, la estupidez.

Me desagrada la idea de que, para mis hijos, yo también formaré parte de esa absurda zona de sombra en la cual te mezclan asqueantes gestos y algunos resplandores momentáneos. Es posible que el lote que me corresponda en el peso de la podre no sea excesivo, pero tampoco deseo aceptar el relumbrón a cuyos dorados nunca contribuí. No he sido ni héroe, ni ilustre personaje, ni pequeño monstruo; si cometí faltas graves o actos de intención perversa, no llegué a ellos por malicia demoniaca. Tal vez por error angélico, El accidente es prueba de que apenas soy sonso alocado.

Quiero explicarme: aborrezco la carga que el pasado me ha legado porque pienso que de ella me viene la imposibilidad de amar y comprender. Creo que la bondad es sana tendencia humana; muchas veces la he encontrado en seres extraños a mi parentela. La demostración contraria en los cercanos parientes me ha desequilibrado. Y deseo justificar mi vida, demostrar que ha sido una empresa generosa a pesar de los elementos egoístas, violentos y desordenados que hicieron de mí un imbécil incapaz de ternura, inhábil para el acto de la ternura.

Escribo estas líneas lejos de la juventud y me miro en el territorio de la mocedad, empeñado en la búsqueda de la felicidad, de la amistad, del amor. Lo cierto es que, desde entonces hasta hoy, una sola fiel compañía marca la identidad entre el hombre joven y el que comienza a envejecer: el temblor de mis dedos que sostienen un vaso repleto de licor.

Mi padre se acompañó también de la difícil amistad de la embriaguez. Mi hermano Francisco oculta esa su desbordada ansiedad, pero en está viva como un aguijón la búsqueda de las nieblas alcohólicas.

Se dirá que esto basta para explicar los errores y accidentes de mi existencia. Puede ser cierto. No escribo para presentar excusas. Pero también es cierto que muchas dudas, complicaciones y angustias tengo por dentro y multitud de movimientos me agitan y son la causa — aunque parezcan el resultado— de mi afición reiterada, persistente, continua, a la embriaguez.

Durante muchos años creí haber dominado mis borracheras; creí tener para mí el goce del alcohol como se tiene un animal doméstico a quien se hace cariños cuando

estamos solos, cuando ningún interés mayor nos llama. Ahora sé que, con frecuencia, la embriaguez es una fiera que me desgarrá, que habita dentro de mí y es parte de mí mismo.

Ridículo el quejarse de los aguardientes o llorar sobre mi condición o pretender pescar la culpa ajena en la desgracia propia. Lo que deseo es contar el cuento de mi vida; decir cómo he perdido las cualidades de seriedad, corrección y honestidad que tan convenientes son para quienes desean ser tenidos por caballeros.

De todo ello me burlo y esa burla me hiere sólo a mí. He admitido tal burlona posibilidad a costa de sacrificios, pero muy dolorosos, pero, sin duda alguna, incómodos.

## **El relato de José Martínez**

### **HACE ALGUNAS NOCHES**

Hace pocas noches estaba yo en un bar cercano a mi casa. El propietario había apagado ya casi todas las luces y servía a sus últimos clientes con desgana. Lavaba el hombre platos, vasos y tazas en el fregadero y miraba a ratos lo que hacíamos las tres personas que ocupábamos sitio en su negocio. Dos estudiantes discutían de música y depones y bebían muy despacio sus cervezas. Esperaban a un compañero (“Antonio, que no llega”).

Yo miraba, tras el cristal de la ventana, la calle desierta. Había pasado ya la media noche. Los que habían ido al cine estaban de regreso en sus casas. Puertas y ventanas estaban cerradas. Sin embargo, no podía decirse que fuera totalmente la noche plana. Algún cuadrado de luz indicaba el trabajo o la simple vigilia de un ciudadano cualquiera.

Conozco este barrio donde vivo con exactitud; podría anunciar por anticipado cuando se va a apagar la luz de aquel piso lejano, como sé que el bar donde estoy no ha cerrado todavía porque hay concierto en el Teatro Municipal y puede darte el caso de que alguien (por ejemplo ese Antonio de quien hablan los estudiantes) venga a tomar un refresco y a saborear el recuerdo de la música antes de dormir. Por eso, el propietario hace lentamente su tarea y el bar está a medias iluminado y a medias abiertas sus puertas.

Los estudiantes esperan a alguien ("Antonio, que no llega") perfectamente definido y contrato. Yo —de esto hace algunos días— esperaba algo condicionado por los sueños, la fantasía y la curiosidad. Tal vez llegaría —otras noches ha sucedido— mi amigo "Cara de Piedra", una de las pocas personas que aceptan mi compañía ilimitadamente, hasta que se le cierran los párpados y ronca. También es posible que se aparezca el negro Justo, el policía, a quien le asignan frecuentemente la ronda de estas calles vecinas; Justo habla despacio, con exacta pronunciación en las palabras que considera cultas. Aunque parezca extraño se ha hecho policía por estar en contacto con los ambientes del vicio. Hay cosas...

Podría aparecer también esa rubia absurda que cuenta historias de la guerra y de las persecuciones contra los judíos. La rubia que muestra la cifra azul que le marcaron los nazis en el brazo. Se llama Irena esta mujer. Tiene miedo y me habla. Conozco sus cuentos; los pasos de los centinelas, la nieve, el frío. Se me hace duro y arisco el corazón cuando la escucho repetir sus tristes historias, pero me siento obligado a dar un poco de paz a su corazón angustiado. Se parece a mí. Dolorosa mujer, Irena, angustia. Habla Irena el español con frecuentes caídas en cualquiera de los muchos idiomas que conoce. Ha vivido en

Polonia, en Rusia, en Alemania, en Francia. Su desazón es también una mezcla de fantasmas europeos, batidos por la vida de esta ciudad mía que para ella es extraña y hostil. A veces, en un momento de nostalgia, habla de hombres que la quisieron, que la besaron, que cantaron junto a ella. Luego se va — nuevamente angustiada— hacia su soledad.

También es posible que llegara —luego de terminar sus compromisos de periodista— Américo Arlequín. América el más antiguo compañero.

Acaso llegarían —es muy posible— cualquiera de los borrachitos que, cuando me descubren, se sienten autorizados por la comunidad del vicio a imponerse a mi lado, a tomarse cuatro brasas de ron y a llevarse su fogón, sus palabras y su estupidez a otra peste. Los odio, aunque me sienta unido a ellos por elementales razones.

Digo que miraba hace noches la calle solitaria tras el cristal del bar. Un mundo de luces y de sombras tras la luz y la sombra del cristal. Igual a

muchas otras noches. Pasa un hombre; camina despacio y torpe; basta lo oscuro. Se detiene; mira a sur lado y otro; orina —o hace como si orinara— y examina la calle desierta. También espera una sorpresa de la noche. Nada le llega y sigue su camino. El y yo sentimos —al mismo tiempo— cómo se ha apagado la luz de un ventanal y como la desaparición del cuadrado luminoso ha hecho dar un paso a la noche. Es más tarde desde que se apagó esa ventana.

El patrón se ha acercado hasta mí:

—Señor; ya va siendo hora en que pensemos en dormir.

El parrón es europeo, creo; amigo de Irena. Me parece que alguna vez intento consolarla de veras y la mujer lo ha contagiado de miedosa dulzura. Como siempre, lo he invitado a tomarse conmigo el último trago y él, como siempre, acepta para después de que se hayan ido los demás clientes. Hace bajar una de las cortinas de hierro y, justo en ese momento, llega el compañero a quien esperaban los estudiantes. Piden una nueva botella de cerveza.

Tengo ante mí una hora más, mientras los muchachos se tragan la cerveza. Me satisface saberlo. El parrón sirve, viene hasta mí, me llena la copita. Va a bajar otra de las cortinas. Así el bar está cerrado y sólo existe la posibilidad de salir por la puertecilla. El nuevo compañero de los estudiantes habla del concierto, silba unos compases de Vivaldi, habla del director de orquesta —un nombre extranjero y famoso. Pienso que es todavía tiempo de que Irena se presente en el bar. Siempre va a los conciertos Irena la rubia, la que tiene una cifra azul marcada en su piel tan blanca, la angustiada Irena dolorida.

Pueden llegar también Américo Arlequín o Cara de Piedra. Mas fácil es que llegue Justo, el policía.

Tengo algo menos de una hora más para retardar la partirla hacia mi hotel. Vivo en hoteles desde hace unos cuantos años; desde el accidente que me ha dejado desprovisto de honores, salarios, reverenciar, saludos.

Y podría —si ad lo deseara— regresar a una casa serena, a la luz suave de una lámpara, a una alfombra, un sillón, un libro. A una mano de mujer sobre el hombro.

Bebo mi sorbo de aguardiente. Tengo Cali una hora para mí. Luego iré al hotel. Llamo hotel a esa casa donde me dejan un cuarto pequeño y sucio. Antes llamaba hoteles a otros grandes edificios lujosos donde había espejos y cortinas y muchachos uniformados que sedan el desayuno o una cena en un plato de metal.

Tengo una hora para mí basta llegar el desagradable caer en el sueño. Los estudiantes hablan de música. El que ha llegado del concierto silba; ha traído un pequeño trozo melódico clavado en los labios y las demás inician también diversas formas de recuerdo musical. Me agrada ver cómo estos mozos de ahora son diferentes a lo que éramos, cuando jóvenes, los hombres como yo. La ciudad —esta Caracas mía— tiene aspectos finos y poderosos; produce excepcionales seres, profundos, sanos, eleves.

En la puertecilla de hierro alguien golpea: Irena? No: el agente de policía Justo López. Su voz ha recordado de nuevo que es tiempo de cenar. El patrón dice que está listo y que los últimos clientes están pagando. Ofrece un café o un trago de ron. El gendarme acepta. Entra con su ruido de metal y cuero, amable y sonriente:

—Buena noches.

Se acerca hasta mí; nuevas "buenas noches" más amables.

—Señor Martínez.

—Ya nos vamos todos, Justo.

—Lo voy a acompañar hasta su casa; usted no está para andar solo.

Mi amigo el policía, el culto agente Justo López, da órdenes amistosas e inapelables:

—Bueno, jóvenes; ya esto se acabó.

Los estudiantes pagan y se van con su silbido de Bach y de Vivaldi. El patrón, el gendarme y yo, conversamos un poco. Juno López tiene su problema y habla de él frecuentemente. Está dominado —dice el— por un amor desgraciado; tiene su esposa, pero una cubana cabaretera le enreda la existencia, lo obliga a esperarla hasta la madrugada, es posible que lo baya metido en historias de drogas.

—Una viciosa; una desgraciada mujer de la vida...

Yo rio: interno explicarle a Justo que la lobeada es condición extraña a la vida del hombre. Afirmo que sólo los imbéciles buscan la felicidad. Me pongo como ejemplo de quien ha evitado cuidadosamente ser feliz. Al húngaro no le gustan mis palabras. Dice que los americanos podemos darnos el lujo de inventarnos problemas porque no los tenemos. Yo niego. Justo López, dice:

—Yo quisiera ser feliz.

Yo digo:

Yo siempre me he negado a ser feliz. El húngaro grita:

—Habladores. Eso es lo que los desquicia. Si fueran más callados sabrían qué quieren. Se enreden en palabras. Yo podría enseñarles lo que es haber sido desgraciado.

El digno gendarme se ha sentido herido. Siempre que el húngaro se niega a aceptar la tragedia de Justo López, éste se pone hosco y desagradable.

—Buenas noches —dice secamente— y, ya para salir, vuelve le cabeza. —lo acompaño, señor Martínez?

Le digo que sí. No puedo hacer otra cosa. El húngaro no me dará ningún trago y el andar solo basta mi casa es un martirio, por la debilidad de las piernas. Terrible, desesperante esa temblequeante sensación de golpearse contra las paredes, de trastabillar en el filo de la acera. Cuando camino a solas siento ganas de arrastrarme. Lo he hecho alguna vez. La tierra es lo único que ofrece seguridad. Sería bueno ser lombriz. A menos que vaya alguien en quien apoyarse. Me voy con el gendarme Justo López, nacido en tierras de Aragua, Campesino que siente gran placer en imponer el orden a las gentes de la ciudad, a pesar de que él mismo está ya muy sucio de costumbres ciudadanas. Hasta sabe leer y escribir y una vez sorbio cocaína. Me parece que le ha quedado el gusto. Tal vez le gusta la cocaína más que la cabaretera que le enseñó a tomarla. Justo admira por sobre todo la elegancia en la expresión. A mí me respeta mucho. Me imagino que piensa en mí como en un príncipe arruinado. Me respeta mucho Justo el policía, enredado en males de amor y de vicio, obligado a nocturnos tratos oscuros por la vehemencia de sus deseos, quejoso de sí mismo por sus errores.

Yo lo venero. Cuando camino a su lado, sostenido por su brazo fuerte, cuando sus pasos serenos me marcan un camino sin tropiezos, siento la máxima tranquilidad. Su autoridad pase un poco hasta mí; gozo su uniforme y me siento alegre y protegido por saber que el amigo Justo

López, agente de policía, puede considerarme todavía como alguien que merece trato de excepción.

No me ha sucedido así en todos los encuentros policiales. Otros gendarmes me han llévalo a empujones hasta asqueantes calabozos y me han dejado caer junto a individuos tan miserables y dolorosos como yo mismo.

—Justo López acompaña mi regreso hacia el sueño. Antes de separarse

de él le pregunto por Cara de Piedra. Justo López se desagrada:

No sé cómo puede usted ser amigo de ese hombre. Por tipos como ese vamos a pasar todos muchas angustias en este país. ¿No sabe que es espía, policía secreto?

—No. No lo sabía Yo creía, por el contrario...

Sévalo, pues. Usted que quiere siempre conversar de política. Muchas cosas se yo de Cara de Piedra

## **El relato de José Martínez**

### **EL NUDO DE MI RELATO**

Tengo que decir (y éste será tal vez el nudo de mi relato, la razón de haberme dedicado a llenar estas páginas) que no existo. Nunca he conocido algo exacto y definido a lo cual haya nombrado "yo" para considerarlo como responsable de mis actos. Después de haber descubierto esa vedad no me ha quedado otro recurso que aceptar como verdades menores y circunstanciales las que se me presentan como elementos de mi vida en uno u otro momento.

Una infancia fresca y tonta. Una adolescencia asombrosa de tontería, Francisco —siempre Francisco— indicó que yo debía ganar dinero. El ganaba dinero; yo también debía traer un salario a la casa. Mi padre estaba siempre de acuerdo con Francisco. Mi madre no sé si existía para entonces de alguna manera misterioso y ausente. La hermana, la que siempre pareció un insecto... Todos formaban el orden familiar bajo la jefatura de Francisco.

Comencé a trabajar en el almacén de los Stockel. Tenía diecisiete años y podía pasar todavía por un muchacho. Conservé mi aspecto de adolescente mucho tiempo. Por ello a nadie asombró que continuara mi manera de vivir juguetona y frívola. Un poquito de vicio, un poquito de deportes, un poquito de alcohol, excursiones y bailes. Podía pagármelos. Francisco lo habla ordenado así.

Tenista mediocre. Pésimo bailarín. Borracho de excelentes dotes. Tenla de quien heredarlo. En alguna madrugada nos encontremos mi padre y yo y nos miramos desde el humo de nuestras borracheras, ocultándonos a la recíproca curiosidad, como si nos negáramos la existencia.

Yo bailaba mal. Siempre he lamentado no poder sentir la música con los movimientos de mi cuerpo. Gentes hay que tamborilean, que mueven un pie o la cabeza tan pronto como escuchan un ritmo cualquiera. Yo apenas si sé repetir una melodía. Todos en mi familia son serios, fastidiosos y amigos de visiteos. Ninguno sabe bailar; pero en torno a mis gentes ha habido cierto coro de presencias femeninas. Imágenes hermosas en torno a los años de mi juventud.

Hijas de las amigas de mi madre; hermana de las amigas de Francisco o de Elvira, la insecto. Un coro, hoy lejano y sonriente.

He tenido poca suerte con las mujeres. ¿La razón? Desde el punto de vista físico soy peor que feo, insignificante. Sin embargo, otros hombres insignificantes hay que han encontrado mujeres bellas y gratas para la compañía amorosa de un momento o de muchos años. La que fue mi mujer me aceptó —pienso— como inevitable resultado de su propia tristeza, como engaño de su soledad

Y mi vida ha sido así porque yo mismo me estimo poco. ¿Cómo puede estimarse quien no sabe reconocerse? Si no se diferenciar ese "yo" del cual otros parecen tan seguros, ¿cómo puedo quererme? Y es necesario algo de cariño interno —de amor propio— para provocar el nacimiento de la ternura ajena. No me atrevo a realizar los gestos de cercanía, por el temor de encontrar en la otra mirada como en un espejo la pobre opinión que tengo de mí.

Se trata —supongo— de lo que llaman "complejo de inferioridad" .

Nunca bailé bien; nunca pude conversar en sana, tranquila conversación por el temor a que me miraran como yo me miro. Ni siquiera sé exactamente cuáles de mis condiciones considero como rasgos vergonzosos; me basta con la vaga conciencia de mi propio menosprecio.

Cuando tomaba algunas copas comenzaba a soltar audacias. Líricas frases cortadas por accesos de timidez. Pronto me convencí de que necesitaba el alcohol, aún para la relación con las prostitutas. Ahora puedo decir que es la única actividad a la que he sido fiel.

Quisiera explicar. Creo suponer que deseaba en lo más profundo y cerrado de mi pobre alma temerosa, poder ver la capacidad de amor opa conservaba intacta, puses no la había gastado siquiera en mí mismo. La embriaguez se parece a la ternura. El alcohol puede ser sustituto del amor. la copa contiene exactamente su sentido de boca. Es alguien con quien hablar.

Pero nada de esto tiene que ver con lo que venía contando. O, tal res. demasiado. He dicho antes que no sé quién soy. Que eso a quien todos llamamos "yo" es para mí algo extraño, antipático, poco conocido, con el cual sólo es posible una relación: la borrachera. Fuera de ella no existo, ro quiero permitirme existir.

La costumbre de no pensar en mi —para evitar considerarme con desdén y desagrado— ha producido, a fin de cuentas, la certeza de que puedo pasar desapercibido. Como fantasma mudo, sordo, ciego. sin movimiento y sin olor. De allí viene el grave error, el accidente que me descalificó socialmente. Si hay alcohol, la sombra torna vida y se hace un diálogo con el "yo" inquieto e inquietante.

Ese "yo" de este momento, ¿es en verdad el mío? Difícil saberlo. Cambia de continuo; existe de diferentes maneras y bajo diversos aspectos, realiza un espectáculo donde no hay siquiera un desarrollo lógico, donde —de pronto y sin saber por qué— se repite una antigua imagen ya gastada, olvidada o casi.

Otra verdad —más importante que todo lo que acabo de escribir—es que, a lo largo de mi vida, tampoco he sabido pensar y, si me decido a hacer ahora labor que requiere método y hasta no asomo de investigación de ciertos territorios espirituales, la última razón de tal trabajo es que

me ayuda —cuando no estoy borracho— como remedio contra la angustia.

El escribir sobre mí mismo es una especie de divertimento nervioso y, cuando se da el caso de leer lo que llevo consignado en mis anotaciones, me río de las innumerables tonterías que invento.

Tampoco en esta tarea sigo camino armonioso. Unas veces creo que el cerebro me funciona todavía; con frecuencia siento que los pensamientos se forman sin intervención de mi voluntad y resbalan sobre la realidad a la cual pretenden referirse. Voy pasando de una a otra frase mental sin que los labios la pronuncien y, en cualquier momento, me sorprendo, ansioso, tendido sobre una fórmula, sobre una frase.

Camino las calles de la ciudad, paso tras paso sobre el cemento ciudadano. Voy nombrando las cosas que miro. Juegos de la luz y de la sombra en las aristas de los muros. Fuegos que vienen de ten objeto de cobre, de la línea de níquel de un automóvil, de un cristal —como cantos de gallo que pican en la aurora. Yo voy paso tras paso y me llega el ruido persistente de una palabra sin especial significado, el grito de un pregonero, el retazo de una conversación que no está dirigida a mí y me hier, sin embargo, y me conmueve.

No dirijo la marcha de mis pensamientos. Si pretendo escribir lo que pienso, llevar al papel toda esa maraña de palabras, me enredo. Carezco de ese don llamado la escritura "automática". Cuando deseo referirme a mi libre actividad mental no llego a fabricar una frase completa: apenas asomos relampagueantes, recuerdos de imprecisa intención; en mudo de lluvia insignificante.

Todo esto debía ser explicado, aunque no sé por qué tengo que explicar nada, como tampoco tengo para qué escribir estas páginas que ya comienzan a parecerme excesivas. Voy a dejar pronto este cuaderno.

Son las cinco de la tarde y me voy a andar las calles de la ciudad. Comenzaré lo que mis amigos llaman mi calvario, porque hago "estaciones" en cada uno de los bares que encuentro. Graciosos los dimes y diretes de la gente. Justo López sabe que mi calvario lo es, ciertamente, y que se puede hablar de mi vida como de una agonía dolorosa y considerarme destrozado Cristo herido, cuando me irrito y protesto y produzco en torno mío el mayor desprecio, el cual opongo en vano la mayor desvergüenza. Pasión y camino de la amargura son con frecuencia mis tardes y mis noches. Amargura y pasión acentuadas por la burla y el sarcasmo.

Es evidente que si tomara en serio mi papel de dolorido personaje me sentiría acomodado en cierta zona de grandeza. Podría ser el más desagradable borracho de la ciudad. Pero no quiero ofrecerme el derecho a una posibilidad de falso orgullo. Para ser la suma de todas des miserias tengo de más la facultad de burlarme de mi mismo.

Todo lo que en mi experiencia parece dramático lo reduzco fácilmente a una frase grosera. Me siento mal, ciertamente, y me disgusta mi capacidad de provocar desagradables actos. A veces deseo hundirme de una vez en los hechos que hacen del asco una forma de ternura. Terminó siempre por vigilarme, por limitar el riesgo que traen consigo las situaciones comprometedoras.

Hasta en esto de escribir para pretender explicarme, la confesión debe respetar ciertos límites. Una narración como ésta que intento no tiene por qué llegar hasta la desnudez total; entra otras razones, porque desconfío de los resultados que pudiera tener el espectáculo. Un hombre de cincuenta años necesita un pasado de atleta y un esqueleto poderoso para poder exhibirse sin provocar sonrisas. Mi profunda verdad no es de payaso, aunque acepto fácilmente en torno mío cierta atmósfera dudosa.

. ...Estas páginas no han dicho aun lo suficiente para tratar el asunto que acabo de esbozar. Dejo el cuaderno. Me voy a pasear las calles de la ciudad el centro agitado y comercial de Caracas.

## **El relato de José Martínez**

### **DEBO PONER CUIDADO**

Detengo cada día mi contacto con el movimiento ciudadano. Debo poner cuidado a mi entrada en las calles repletas de gente bulliciosa, apresurada. Me producen placer los gritos, los pasos, el cambio de las formas que la multitud destruye y crea a cada instante, pero para mí personal seguridad, necesito considerarme separado de esos tumultuosos ajeteos. Me complace mirar la muchedumbre sin mezclarme a ella y encontrar una u otra compañía para observar el espectáculo de las gentes reunidas en grupos extraños, ajenos unos a otros en su revuelta intimidad.

Encontrar un rincón tras los cristales de un bar, fabricar una conversación y luego ir esperando los diferentes interlocutores que la ciudad ofrece. Es imposible calcular de antemano lo que va a ser la ciudad cada día para mí.

Aunque conozca los habitantes de un café, aunque mis amistades sean escasas – Arlequín, Cara de Piedra, Irena, Justo López, Luz Montero, Juan de Dios, Gregorio Cobos – existe siempre una pequeña posibilidad de sorpresas.

Hoy – digo hoy, pero se trata de un día cualquiera – subo al autobús que sirve mi barrio. Desde el momento de pagar la pequeña moneda del pasaje ya estoy metido en una aventura. El elemento dramático de mi existencia está en si encontraré o no los personajes que puedan estar armoniosamente unidos a las condiciones que presentará mi experiencia.

Nada hay de extraordinario en lo que digo: hay el día para hablar de política, el atardecer de la frivolidad, la hora literaria, el rato de la desvergüenza, de la grosería, de la tristeza. Nunca sé de qué va a estar hecha mi vida ni cuáles pensamientos van a ser los míos durante las próximas horas. A veces, aparece un personaje que correspondía a la noche anterior.

O a una lejana madrugada de suicidios.

Estoy en el autobús al lado de un empleado. Apenas si he tomado un traguito. Quiero sabor de una vez si me conoce este ilustre caballero cuyo trabajo consiste en verificar las menudas monedas, de la caja. Un fiscal. Le ofrezco un apoyo para que el individuo suelte variados razonamientos y me cuente anécdotas, experiencias. Es necesario tener largo conocimiento de las gentes para provocar en ellas la disposición de sinceridad que fabrica la confianza. Es necesario ofrecer interés para que el interlocutor crea que lo que dice es importante.

Ante el fiscal yo señalo detalles que pueden poner en movimiento su razonar. Indico, por ejemplo, bacia una pasajera:

-Mujer gorda.

El otro:

- ¡Hum! Ochenta kilos.

Yo:

¿Tendrá marido? Difícil casarse con una mujer así

-No lo crea. Hay hombres que tienen gusto por la materia.

Basta con eso. Así se inicia el diálogo. Luego vienen las teorías sobre el matrimonio, sobre el amor, sobre los anticonceptivos y las dietas para adelgazar... De cuando en cuando, completo lo que el otro ha iniciado y busco nuevos aspectos de los más diversos problemas. Así me aparto en un rincón. Mientras el autobús bambolea su carga a través de las calles fabrico el biombo que asegura mi separación: infinidad de consideraciones banales sobre política, moral, religión, sociología.

Tengo varios conocidos dentro del personal de los autobuses. A veces (y ciertamente, esto me atemoriza) me informan sobre mí mismo, sobre lo que hice o dije -y he olvidado- hace dos días o una semana.

Suelo olvidar las morisquetas y absurdos que en mí surgen cuando mi voluntad duerme su poder. Estas gentes de los autobuses, los choferes de plaza o cualquier otro desconocido compañero, me cuentan mis aventuras. Yo rio,

a veces; a veces me desagradó. Algunos de estos ocasionales amigos se burlan de mí como los otros, los que me conocen bien, porque me han visto sumergido en diversas maneras de descontrol maniático.

-El otro día-me dice el fiscal- el martes, creo, no: el miércoles, que terminó tarde mi guardia, estaba usted decidido a arrancarle el sombrero a una señora que tenía sentada en el asiento de adelante.

- ¿Si?

-La mujer tenía un sombrero con fruticas coloradas.

Yo concedo:

-A veces se pone uno raro. Hace cosas estúpidas.

-Usted estaba impertinente; se trataba de otro y lo hubiera hecho bajar.

Me duele escuchar esto. Una sensación me cae encima como de avergonzado desespero. Debería tomar un trago en seguida. No puedo romper con una risa la relación entre esto que estoy sintiendo y el hecho que señale mi interlocutor:

-Un sombrero adornado de frutas rojas.

Decía yo que quería tocarlas, tener entre mis dedos las pequeñas esferas color de sangre y había dentro de mí- creo saberlo con un recuerdo secreto- un doloroso y violento afán apasionado y la más absurda voluntad de payaso mezcladas en la intención más perversa.

En aquellas simples bolas frutales había bosques, selvas, ríos poderosos; olor de fango fecundo y ganas de gritar obscenidades, de mostrar que hay en mí un nervioso animal oscuro y anhelante. Hacía muecas y ruidos groseros-siempre sucede igual- y, al mismo tiempo quería ser una tormenta, mancharme de sangre, apoderarme de todos los colores del mundo. Siempre sucede así.

No sé qué respondí al hombre que me señala mi experiencia de hace unas noches. Digo:

-Cosas del aguardiente.

El no acepta excusas:

-Debería cuidarse: puede tener un disgusto en cualquier momento.

Yo me abstengo de responder que he tenido ya disgustos. Sobre todo el grave disgusto que ha destruido mi apariencia de hombre correcto, con seguro sitio en la sociedad.

Al bajar del autobús, al atravesar los corredores y subir las escaleras de la estación subterránea, siento odio por ese empleado de los autobuses capaz de hacer presentes mis experiencias de ebrio conmovido por un detalle rojo que le bailaba ante los ojos. Es un impertinente ese individuo que tiene un instante mío guardado en su bolsillo junto con las monedas de los pasajeros.

Subo hasta la calle. Miro con deleite el cielo azul entre las aristas del cemento. Al encontrar la brisa, la luz, el cielo abierto, cambian un poco los sentimientos desagradables. Como si corrieran en torno mío plumas de frescura. Necesito encontrar alguna manera para que las gratas

sensaciones horren el desorden provocado por las revelaciones del fiscal del autobús.

Resulta insoportable prever la soledad y se da el caso, a veces, de no encontrar persona amiga. La ciudad, a veces, esconde toda posibilidad de amistad. Y no hay sino encontrarse frente a la muchedumbre. A veces. Terrible el estar hundido en ese movimiento dentro del cual no habrá una voz que diga mi nombre, alguien que se individualice y niegue con su propia persona el montón impersonal que llena las calles. Sólo cuando estoy cierto de escoger entre todos los posibles encuentros una sola persona, cuando, apoyado en este compañero momentáneo, me separo de las innumerables posibilidades que forman la multitud, ya estoy tranquilo y puedo mirar el espectáculo de la ciudad desde la mesa del bar.

En general, mientras pasan las primeras horas de la tarde, los compañeros son gente más o menos sensata, gente que tiene ocupación, trabajo, familia. A medida que avanza la noche otros personajes menos ordenados, menos exactamente encasillados en las costumbres que impone el buen sentido, se incorporan a mi inmediato territorio y son aceptados como interlocutores. La soledad es insoportable.

El tiempo que se enmarca entre el atardecer y la madrugada define el sentido total de mi existencia. Inicio mi actividad frecuentemente al lado de antiguos compañeros que se siente obligados a aconsejarme, apoyados-dicen- en la vieja cordialidad de los años mozos.

Fernando González, por ejemplo, habla de los límites que debe imponerse a sí mismo todo ser humano. Yo lo dejo hablar; sé muy bien que, en un momento cualquiera aparece en la mirada del amigo González el sombrío juego

y la brillante castañuela que lo hacen resbalar la palabra en brinco y danza de lengua torpe. He visto a González irrespetuoso irrespetado de sí mismo- parecido a un mono, semejante a un perro, con sangre de grosera podredumbre y miedo de látigo en los lomos. Lo he visto castigado, con llanto y baba sobre su rostro estúpido.

Ahora, cuando lo encuentro alguna tarde, está vigilado por la mirada que pretende ser de autoridad y de orden. Lo dejo hablar. Es casado y tiene hijos. Igual que yo. Pero ha tomado en serio las condiciones que le ha impuesto la vida. A veces quiere romper los supuestos lazos que lo atan; me ha dicho en cierto momento:

-Vamos a hacer locuras como si tuviéramos veinte años. No lo creo. Lo vencen el cansancio, la dignidad, el temor. No se entrega a los demonios de antaño; tiene miedo a los perros, a los monos, a las serpientes de su alma. Pronto regresa a la seguridad de su casa, guiando por los caminos de la honestidad, de la seguridad, de la corrección.

¿Por qué no puedo yo hacer igual?

## **El relato de José Martínez**

### **HA HABIDO SIEMPRE**

Ha habido siempre dentro de mi cierta tendencia a menospreciar los peligros. Sobre todo ciertos peligros que no representan agresividad inmediata. Me agrada estar incluido dentro de grupos humanos en los cuales hay, apenas, una o dos personas conocidas. Creo que ya lo he explicado: me gusta establecer relaciones individuales-así sean absolutamente momentáneas-para separarme de la plural relación humana.

A pesar de que no soy lo que se llama un héroe, a pesar de que no he realizado nada semejante a lo que la gente considera hazañas, me he arriesgado en mundos peligrosos, en los cuales las fórmulas de cortesía y los ademanes de respeto son considerados como debilidad. Desde mi juventud he asentado buena parte de mis noches en sitios repletos de vulgar inquietud: en bares y cabarets desordenados y pintorescos.

He encontrado amigos en esos rincones del vicio pobre y violento. "Cara de Piedra" es uno entre mis camaradas sombríos. Lo he visto por las calles de la ciudad desde que ambos éramos niños. En la iglesia vecina de mi casa era personaje importante un muchacho (zambo, feo, de enormes anteojos) que acompañaba y respondía las frases litúrgicas con las notas del armónium y su propia voz oscura. Desde niño se me hizo presente la figura de Cara de Piedra.

Conservo ese recuerdo infantil y- años más tarde- cuando nos encontramos en el cabaret "El Caimán", me saludó desde su banco de pianista Cara de Piedra, mezclando alguna melodía de sabor eclesiástico a los ritmos que fabricaba con nerviosa agilidad sobre las teclas del piano.

Es feo Cara de Piedra y ansioso de todas las ansiedades del mundo. Los nombres del vicio lo hacen temblar. Drogas y anormalidades lo conmueven con inquieto deseo. Cocaína, alcohol, homosexualismo, marihuana, sadismo, morfina, masoquismo. Escuchaba Cara de Piedra una cualquiera de esas palabras y abría los gruesos labios anhelantes y brillaban sus ojos tras los gruesos cristales de su miopía. Sonreía entonces con un poco de baba en la comisura de los labios enormes, inflamados y resumía en una palabra exacta y procaz los desequilibrados deseos de los otros.

Es posible que Cara de Piedra fuera ascético individuo y sufriera como marcas infamantes sus fortuitos encuentros con las diversas formas del pecado. Es posible que ejerciera por sí y ante sí actividades de juez, maniática función inquisitorial que pretende discriminar y calificar los actos ajenos.

He creído entender que lo llamaban Cara de Piedra, porque, cuando no estaba en compañía de amigos, negabase a la más pequeña expresión y aparecía como un oscuro ídolo, cerrado a cualquier relación exterior como si estuviera fabricado en dura materia mineral. Apenas si aceptaba los tragos ofrecidos y los tomaba de un golpe mientras continuaba sosteniendo con la mano izquierda escalas y acordes.

Por Cara de Piedra conocí a Luz Montero ya Juan de Dios. Cara de Piedra me hizo entrar al raro mundo de la Sociedad de los Amigos de Dios, en la cual actuaba como sacerdotisa aquella flaca y nerviosa negra Luz cuya amistad respeto muy seriamente, a quien he aconsejado y a quien he pedido consejo con toda sinceridad en diferentes momentos de mi existencia. Por Cara de Piedra y Luz y los Amigos de Dios intenté hace algún tiempo, mi última experiencia de trabajo como reportero y me puse en contacto con Américo Arlequín.

Los "Amigos de Dios" se reunían en una vieja casa donde hablan arreglado algo semejante a una capilla. Si pretendiese responder en qué consistía la razón de ser de los "amigos de Dios" diría que su jefe -Luz Montero- era bruja católica y anticlerical. Creía en diversas manifestaciones heterodoxas, devociones prohibidas por las autoridades eclesiásticas, fantasmas surgidos de la tierra donde nació y de su propio cuerpo misterioso.

Durante mucho tiempo, las ceremonias de Luz Montero fueron una especie de sombría lección de serenidad en mis desordenadas madrugadas. Ocasión para dejar morir la fiebre alcohólica y buscar contacto con los estremecidos cuerpos de algunas mujeres que allí se congregaban. Posibilidad para regresar a mi casa, darme un baño y presentarme seriamente exacto a mis ocupaciones ciudadanas, al ajetreo de las cuentas del almacén donde trabajaba.

El aspecto de aquellas gentes que adoraban no sé cuál aspecto de la divinidad teñido, evidentemente, de remembranzas de negros campesinos y rezaban frente a un muro donde había espejos e imágenes piadosas, me producía la exaltación suficiente para quedar en paz.

He rezado también -y llorado unas cuantas lágrimas de dulce beatitud-dentro de las nubes de incienso que Juan de Dios hacía brotar de sus improvisados incensarios: pequeñas vasijas de barro, donde ardían las brasas perfumadas.

Me sería muy difícil explicar los discursos o imprecaciones que Luz nos dirigía. Muchas veces estaba besando a alguna correligionaria en cualquier rincón mientras la voz trémula de Luz se elevaba en tono de profetisa. Acaso pueda inventar de nuevo alguno de esos discursos a lo largo de mi relato. Ya veremos.

En las reuniones de los "Amigos de Dios" conocí a Juan de Dios Istúriz, el compañero de amor de Luz Montero y pude conversar también con Gregorio Cobos, ladrón, perseguido por la policía, quien tuvo a bien distinguirme con su amistad. Forman todos ellos- entre los cuales recuerdo a la señora Magdalena Paiva, al español Luis Pérez Rueca y al

vendedor de libros Gerónimo- una sociedad muy diferente al mundo donde se mueve-pongamos por ejemplo-Fernando González, el antiguo compañero que ha llegado a domesticar los perros, monos y serpientes de su sangre.

Voy a contar uno cualquiera de mis días. Comienzo a vivir un poco antes de las cinco de la tarde. Ya he realizado antes varias cosas, por supuesto. Me he bañado y afeitado (porque todavía soy pulcro, dentro de lo posible) y salgo a comer un sándwich, acompañado de unas cuantas cervezas.

Después me voy al centro.

Cuando comienza a parpadear el primer aviso de neón, mi corazón parpadea también y busca su ritmo nocturno. Me lanzo al encuentro de mi ciudad. Creo que nadie la comprende como yo. A medida que me he hecho hombre ella ha tomado fisonomía adulta. Me acomodo dentro de ella como en una peligrosa, intensa pasión. Desde el rincón de un bar vigilo y gozo su actividad, su turbia existencia, su respirar. Entiendo que este su aliento de hoy, este murmullo rezongón, este nervioso anhelo, estaba ya bien vivo en la pequeña ciudad que era ella cuando yo también comenzaba a establecer relaciones entre mi cuerpo y el cercano mundo inmediato.

Gentes conocidas me saludan; a alguno invito para oírlo charlar; prefiero, en general, los poetas y otros congéneres que aman la literatura. Esa gente habla de libros que conozco mal, pero su palabrería hace eco en mí. Bien puedo decir que estoy acompañado de personajes más o menos ficticios; igual me da pensar en sombras salidas de un rincón de la vida que en gentes indicadas por el título de un libro. Converso a veces con Madame Bovary, esa dolorosa

mujer que terminará suicidándose por haber comprendido mal el amor. Siempre afirmo mi solaridad por los desgraciados, por los equivocados; me produce muy grande admiración imaginar cómo un hombre puede creer que rozaba el cielo justamente en el instante de su caída mis profunda y aterradora.

Así han actuado los personajes que siento cercanos en la vida, los nombres de los libros a quienes admiro. Así me han sucedido a mi cuando he decidido escoger la libertad de esclavizarme a esta forma de absurda existencia. Así me ha sucedido a mí, empeñado en vivir a todo trance mi estúpida agonía.

## **El relato de José Martínez**

### **CUANDO ALGUIEN HA DECIDIDO**

Cuando alguien ha decidido contar su vida tiene que decir unos cuantos datos sobre su familia. No sobre lo inmediato. No merece la pena; basta afirmar que el padre era un borracho estúpido, que la madre era una sombra, que el hermano era el peor enemigo y la hermana un insecto, destinado a la muerte, sin excesivas complicaciones.

Mi casa era de menos que mediana fortuna, aunque muy estimada y con muchas amistades. Cerca de la familia había gentes ricas, hombres que intervenían en el comercio y hablaban de puertos europeos -Hamburgo, Amberes, El Havre, Liverpool-y calculaban en muy diversas monedas. He escuchado desde niño conversaciones sobre fletes e importaciones, precios de cosechas, condiciones de embarque, tarifas aduaneras, derechos consulares. Palabras como consignatario entran en los recuerdos de mis primeros años de existencia.

El grupo inmediato a mi- padre y hermano- estaba al servicio de los parientes ricos. Mi padre era cajero en el almacén de mis primos, los Stockel, la familia de comerciantes holandeses que era el natural apoyo nuestro. Francisco mi hermano entró a trabajar al almacén de los Stockel aun antes de la última enfermedad del padre. Su entrada fue como una sucesión en vida, como una anticipación a la sucesión, dada la evidente pérdida de facultades mentales del padre en los últimos años de su vida.

Yo me llamo José Martínez Berástegui. Mis primos, los Stockel, son Stockel Berástegui, nacidos del matrimonio del viejo Stockel con una hermana de mi madre: la tía María, tan hermosa y dulce.

La casa de los Stockel tenía ambiente extranjero y la tía María misma se había convertido en una señora distante y simpática en su lejana actitud. Creo que lo que de ella me agradaba especialmente era su manera de ser íntima y familiar, sin ninguna demostración excesiva de cariño. La he visto conversar con mi madre y ponía en su charla un vago tono de ceremonia que establecía puntos de diferencia con la charla llana y criolla de mis gentes.

Había pasado unos cuantos años en Europa. Viajaba a Holanda con cierta frecuencia, en compañía del marido holandés. De sus viajes traía innumerables objetos, muebles lujosos, cuadros que me apasionaban. Tenía, entre otras mil tonterías pintorescas, una muñeca en forma de botella que, al abrirse mostraba dentro otra muñeca más pequeña; dentro de la segunda había una tercera y luego así, basta la octava o décima que era ya una sólida muñeca pequeñita. No sé si este juguete venía de Rusia, de Italia o de Austria. A mí me encantaba. Después he pensado que

esa botella-mujer es, en su repetida disminución, la definición de la vida. Pero ya trataré de este punto en otra oportunidad. Américo Arlequín conoció juguetes semejantes a éste y tenía de ellos opinión semejante a la mía.

Lo cierto es que la casa de mi tía María me pareció siempre un mundo maravilloso. Olía a madera y a tabaco holandés. El piso estaba siempre pulido y tenía territorios prohibidos, como el escritorio del señor Stockel, donde se vislumbraba una penumbra dorada y comfortable.

De niño, me gustaban poco mis primos. Preferí siempre a sus juegos violentos el estar en paz junto a la tía María. Cuando se fueron a estudiar a Europa, los supuse rodeados de muñecas de madera que contenían la repetida imagen de sí mismas. Cuando volvieron, eran mis jefes en el almacén de Stockel y Cía., al lado de mi hermano Francisco.

Los Stockel eran cordiales, a su manera; con toda llaneza, establecían la enorme diferencia de tener dinero.

Puede creer alguien que escribo estas líneas dominado por un antiguo rencor. No es así: el hecho de tener dinero no implicaba en manera alguna que ellos poseyeran extraordinarias cosas mejores que las que yo usaba, se trataba de cómo tomaban entre sus manos, con elegante seguridad, las ocasiones, los objetos, la compañía de las personas que les interesaban. Eso era la esencia de la cuestión.

Yo podía alquilar un automóvil, ir de parranda cualquier noche de uno a otro cabaret acompañado por un grupo de cantadores, jugar a la ruleta mi salario. Los Stockel, por el contrario, median cuidadosamente sus gastos y se

divertían con sana alegría dentro de los límites que su propio dinero les señalaba. Esos límites eran bastante más amplios que los que la prudencia hubiera indicado para mí. Yo los sobrepasaba con el más absoluto menosprecio. Muy pronto hice importantes deudas que mordían mis pagos semanales.

Alguna vez quiso enredarse el más joven de los Stockel, Gustavo, en el mundo de mis aventuras nocturnas. Pareció como si se dejara llevar durante varios días en un viento de oscura audacia. Llegó a escribir algunos versos. Al parecer, un buen retazo de su alma estaba listo para las negras zonas del vicio. Alguna noche conversó largo con Cara de Piedra. Este me afirmó luego que Gustavo Stockel era homosexual y que se apasionaba por la cocaína.

No he tenido ocasión de saber si es cierto, porque Gustavo regresó muy pronto a su honorabilidad, y además, me presentó una lista de gastos en los cuales me supuso un cincuenta por ciento de responsabilidad. Lo acepté y, durante varias semanas tuve que reducirme a una cerveza diaria para hacer frente a lo que Gustavo consideraba repartición de estricta justicia.

Una vez en su vida fue capaz Gustavo de hundirse en el turbio río de la parranda populachera. El hermano mayor, David, nunca pudo lograr un solo momento de despreocupación. David heredaba exactamente las formas y gestos de su padre, la severidad y pulcritud del fundador de la casa comercial... Usa la sortija de oro con piedra negra donde está grabado un escudo con águila (Gustavo ha tenido derecho a una copia). La diferencia del viejo Stockel y David es la que se marca entre el cuello almidonado del padre y la más simple corrección del hijo. Por otra parte, la

casa comercial sigue siendo un excelente negocio. El escritorio de David fue el escenario de mi grave accidente.

Cuando iba de visita a la casa de los Stockel había allí también la figura de Marta, la hermanita. Marta era flaca, larga, de ojos claros y ha sentido una vida que creo dolorosa, aunque nadie tiene por qué decir algo especial sobre ella. Cuando Marta comenzaba a madurar-pasados un poco sus treinta años- yo creía, dados los chismes que hasta mi llegaban, que iba a escandalizar un poco y a adornar la ciudad como una flor excesiva y brillante. No hubo tal. Se casó y vive en el extranjero de Embajadora Consulesa al lado de un hombre vulgar y ambicioso, pícaro y malintencionado.

En la casa de los Stockel vi por primera vez un árbol de Navidad. No sé si el viejo Stockel sería protestante o judío; en todo caso nunca escuché en su casa una palabra relativa a religión. El árbol de Navidad era una de las costumbres que respetaba y de Europa le venía su pino. Tengo entendido que la tía insistía en tener también un pesebre y éste se reducía a pequeñas figurillas colocadas bajo las ramas del pino. En realidad, el árbol era siempre enorme, repleto de luces y de mundos multicolores, oloroso a bosques que nunca he conocido.

Europa es para mí ese pino, semejante a una catedral verde, a un palacio antiguo. El recuerdo del árbol es un lazo que me une a lejanos mundos que, por él, son míos. Esas agujas frescas y frías me cuentan una historia prodigiosa de puertos y brumas donde están mezcladas las cifras comerciales y los nombres de ciudades extranjeras, dentro del movimiento comercial de facturas, derechos consulares, monedas y porcentajes.

Tal vez llegaré a contar la historia de mi accidente, en el escritorio de David Stockel. Tiene relación tal vez con el árbol de Navidad. Mi cuerpo fue como un pino, como una catedral, como un palacio, como una ecuación también en el instante del accidente.

Otro día. Otro día lo contaré. Hoy no quiero. El cielo de la tarde está soleado, azul. No veo ningún interés en continuar este memorial destinado a mí mismo. Voy a caminar un rato, a sentir sobre mí el sol del atardecer y ya encontraré alguna gente que me ofrezca su experiencia y me diga sus tonterías mientras yo callo las mías.

Creo que no continuaré escribiendo. Mis recuerdos pueden regresar a ser nada. Me hará bien un poquito de actividad. Una rama de acacia destaca nítida su dibujo sobre el cielo de la ciudad donde nació. Es bello el cielo poderoso y maduro. Valen poco mis palabras frente a la gloria del mundo. Vale poco todo el género humano frente a la luz de este atardecer.

## **El relato de José Martínez**

### **LUZ, JUAN DE DIOS Y GREGORIO**

Notas para un reportaje

José Martínez ha sostenido larga amistad con Luz Montero; también con Juan de Dios, su compañero de vida y de amor. Durante algunos años creyó conocer los verdaderos motivos de la actividad permanente que habla en torno a Luz. Cuando se acercó al grupo por vez primera, ya Luz no estaba en su primera juventud; podía decirse (dependía de los días y de las circunstancias, de si la afligía la jaqueca o si la había curado San Juan Re- tornado) que,

entre los treinta y los cincuenta años, cualquier edad le convenia.

Su carne habia sido trabajada por la vida en muy diferente manera de la que suele realizar sobre los seres humanos corrientes. Era como de piedra, a veces, Luz Montero. Juan de Dios- su amigo, su marido, su compañero- conservó mucho tiempo la inquietud y la fuerza de un animal poderoso. Seguramente era mucho más joven que ella.

Si Martínez los hubiera conocido sólo en sus reuniones madrugadoras -cuando rezaban y cantaban frente a sus imágenes, frente a sus espejos- hubiera creído que formaban parte del mundo de sus fantasmas; pero también tuvo ocasión de hablar con ellos en la paz de las conversaciones amistosas y serenas. Mucho de sus vidas le contaron. En el reportaje que hizo para comenzar sus actividades periodísticas pudo relatar Martínez algunas de esas experiencias.

La primera vez, llegó hasta la capilla de los "Amigos de Dios" acompañado por Cara de Piedra. Como lo hubiera hecho en una iglesia cualquiera el organista titular, Cara de Piedra comenzó a hacer sonar el pequeño armónium con una serie de melodías que, sin ser exactamente religiosas, tenían grave y solemne cadencia, beatitud semejante a la de un Tantum Ergo. Improvisaba o recordaba a medias músicas aprendidas en los años infantiles. Había en aquellas frases una infinita congoja y como si la voz del armónium fuera una oscura corriente de aguas o de plumas; a veces, se hacía presente algún ritmo de danzas negras, como el tenso temblor de un tambor golpeado.

Luz Montero solía caer en trance mientras Cara de Piedra hacia correr sus dedos sobre las teclas o los apoyaba

largamente en las notas bajas, para lograr algo parecido al prolongado sollozo, a la persistente queja. Cara de Piedra recitaba también, con su profunda voz estremecida de alcohol y de angustia, frases litúrgicas apenas iniciadas y cortadas en seguida por murmullos desprovistos de toda significación, por hipos repletos de tristeza, de cólera, de sensualidad.

Luz Montero caía en éxtasis fácilmente cuando Cara de Piedra iniciaba sus cantos. Se admiraba Martínez de la dura serenidad de Luz, de su grave majestad durante aquellos trances. Cumplía su mensaje, su accidente, su éxtasis, con maravillosa exactitud dramática; entraba en diálogo con seres invisibles a quienes susurraba plegarias y posiciones. Los nombres de sus amigos, relacionados y compañeros asomaban entre sus labios y parecía escuchar luego consejos, indicaciones y fórmulas que alguien le indicaba. Los espejos del muro repetían su imagen de santa, bruja y sacerdotisa.

Pudo saber Martínez que, desde su adolescencia, Luz había sufrido esos arrebatos, de los cuales regresaba luego, ciertamente fatigada, pero segura y quieta, como asentada en una verdad prodigiosa. A los doce años le comenzaron aquellos ataques y tembladeras, después de los cuales quedaba sumergida en felicidad y llena de sonrisas. Entonces contaba cuentos maravillosos y decía que había visto jardines brillantes, palacios, gentes vestidas de seda, ángeles emplumados que se acercaban basta ella, le hacían reverencia y tocaban su vientre con espadas de plata. Para aquel entonces Dios no le hablaba todavía y los ángeles sólo hacían aquello de levantarle los vestidos, con mucha ceremonia y recato para tocar su vientre con espadas.

Cuando estaba caída en uno de sus ataques-tendida en un sendero de la hacienda cercana al pueblo- la violó el compadre Macario, personaje canallesco, casi anciano y cretino, quien se suicidó poco después, cuando estaba detenido en la Jefatura Civil de Los Robles.

Luz estuvo mucho tiempo avergonzada y rabiosa. Las gentes procuraban consolarla. A nadie le parecía grave que hubiese perdido la virginidad, pero el hecho de que se aprovechara de sus ausencias y desvanecimientos un viejo como el compadre Macario- con sus colmillos amarillentos, su tos y su torpeza de hombre tembloroso- significaba como si Luz fuera a tener mala suerte en la vida y además vino lo del suicidio y que había quedado muy feo el viejo Macario desnudo y colgado de una alcayata, ahorcado en sus propios pantalones. No faltó quien dijera que era castigo divino porque una muchacha como Luz estaba destinada a tener un primer encuentro de amor con un hombre completo y no con una espina de hueso temblón como Macario. Pero como a Luz le dio el ataque en plena hacienda y Macario estaba cerca y ella hablaba cosas de sus sueños, nadie podía acusar a un hombre que aprovechara esas circunstancias, aunque, el hecho de que Macario estuviera mezclado con los ángeles que Luz miraba en sus imaginaciones, era también como un sacrilegio. Luz era vista, un poco como santa y ya se sentía en ella el movimiento de ríos misteriosos, de luces y cantos repetidos frente a los espejos y las imágenes brillantes de un muro.

Cosas así contaban sobre Luz sus amigos, Juan de Dios, Gregorio Cobos, Américo Arlequín, los que venían del mismo pueblo que la jefa de los "Amigos de Dios" y se encontraban con Martínez, con Américo Arlequín, con Cara de Piedra, con Justo López, en las reuniones religiosas.

Lo cierto es que los hombres la buscaban como si miraran en ella un mundo de cosas que ellos mismos tenían dentro. Podía decirse que la mirada, los movimientos, el gesto de sus manos, su sonrisa, recordaban el calor, la almendra del cacao, el viento, la sombra de la noche en los pozos del río, el sonido de frases que están dentro de la cabeza, a pesar de que nunca han sido pronunciadas; esas silabas que forman el terror de las pesadillas el fondo de los sueños; palabras que se dicen lentamente, con gruesos labios oscuros y brillantes, como párpados cansados, como olas del mar que tenemos dentro. "Te quiero" -por ejemplo- o "desconsuelo" o "hambre" o, simplemente, "pan". Palabras que disfrazan, señalan y ocultan; sonidos que son como un beso, como una danza, como una canción. "Se la llevó", "mírale los dientes"... "la lengua"... "éste que te que..." Que no se sabe si tú dices algo... o si bostezas o si abres la boca para un mordisco dulce. Que no se sabe si tú eres un niño o un hombre y dices "teta". Es miedo, hambre, amor. Y Luz sabía dibujar estas cosas terribles con un mohín de los labios, con un gesto del dedo, con un mostrar el pie, sencillamente. Les gustaba a los hombres encontrar quien les dijera o les insinuara o les mostrara- en fin- de una vez, las palabras que sólo se dicen en la desnudez del amor. Luz era como una relación de cuero y balbuceo. Luego decía no y era como una piedra negra.

Estas cosas las contaba Juan de Dios con celosa sinceridad. Decía que, al acercarse a Luz un hombre, se encontraba como detenido por algo que le bacía difícil la respiración, como si ella se rodeara con humos que la defendían. No era raro -decía Juan de Dios- que los hombres que habían deseado ser compañeros de cariño de Luz se comportaran de manera extraña. Hubo uno que quiso matarla. Borracho, destrozó la puerta del rancho de Luz y llegó hasta su cama, con el puñal listo para romper el cuerpo de la mujer, sus sombrías carnes, sus huesos, su corazón.

Fue entonces cuando Luz sintió por primera vez que Dios la amparaba; cuando por vez primera dijo que era "amiga de Dios". Así lo cuenta su compañero: él estaba borracho y rabioso y quería matarla y los malos sentimientos se le cambiaron en temor y en flojedad en las piernas y en ganas de decir "perdón, perdón, te quiero, mi amor". Eso fue lo que dijo- él lo cuenta- de rodillas ante Luz, entre llantos e hipidos. "Perdón, perdón." Y Juan de Dios fue el primer hombre que siguió a Luz Montero, no ya como deseoso de estar dentro de ella, de romperla y hacerle crujir los huesos y los dientes y apretarle el corazón, sino como alguien que miraba en ella una maravillosa fuente de agua milagrosa.

Así lo dice Juan de Dios:

-Luz me cura de todas mis preocupaciones.

Juan de Dios fue mucho tiempo obrero del Aseo Urbano de Caracas. Uniforme, guantes, botas, máscara -pasaba en el enorme camión que transportaba las basuras y se sentía alguien. Cogía entre sus manos los grandes cubos de latón y los suspendía sobre sus hombros como un guerrero antiguo que sostuviera un escudo magnifico. Había algo en él de seguridad y espíritu de mando y si bien era cierto que su trabajo era de recolector de inmundicias y que estaba sucio de todos los detritus de la ciudad, manchado de cosas podridas, de aceitosos jugos oscuros, de zumos sin nombre, de líquidos surgidos de entrañas animales, Juan de Dios estaba contento de su trabajo.

Pensaba que hubiera sido conveniente ganar algo más que su jornal, pero le gustaba su trabajo, el paso por las calles agarrado al camión hermético, en actividad necesaria para la ciudad. El domingo era otra cosa. Gritar, discutir en el juego de pelota, tomar cerveza y estar muy limpio,

justamente porque los demás días andaba sucio de todos los sucios de la ciudad: naranjas podridas, cáscaras de huevos, tripas de gallina, papeles y trapos ensangrentados.

Juan de Dios era obrero del Aseo Urbano. Por las noches, solía recorrer las calles de su barrio basta que el sueño lo llegara. Siempre encontraba algo que hacer: la partida de dominó, alguna mujercita que deseaba hacer el amor, un cigarrillo, mirar la luna, nada, silbar.

Y una noche fue el encuentro con Luz. Juan de Dios lo cuenta. ¿Quién puede decir que los ojos de Luz eran diferentes a los de otras mujeres?; ¿que brillan en lo oscuro como si llamaran, como si lloraran, como si ordenaran, como si dijeran cariños? Luz lo miró como si lo sostuviera entre sus brazos. Una noche. Un instante. Como si él fuera un recién nacido y pidiera teta. Estaba poniendo una pieza del dominó (el 5-6, una pieza grande llena de puntos negros) cuando entró Luz Montero y pidió al italiano queso y mantequilla.

-Ella está comprando el desayuno de mañana- pensó Juan de Dios y se vio, no ya como un niño sino como el hombre que era, comiendo frente a Luz. Delgada ella, sonriente. Y sería, sin embargo. Diciendo, sin decirlo, que sabía besar y querer.

Una semana más tarde fue cuando se emborrachó y derribó la puerta y terminó pidiendo "perdón, perdón, perdón". Y quedó atado a la mujer. La escuchaba hablar. Ella contaba sus historias de jardines y ángeles con espadín de plata. Daba celos a Juan de Dios aquello de soñar con seres de pluma y brillo. Una noche le mostró Luz su altar. Él no había mirado nada la noche de su violencia. Luego no se había atrevido sino a escucharla. Ahora si llegaba a mirar

aquel Jesús, doloroso y fuerte y las imágenes de María Lionza, de San Juan Retornado, del Desertor de Guigue. Ante esos cuadros y ante mil espejos Luz encendía la inquieta selva temblorosa y dorada de diversas Lámparas y cirios.

Juan de Dios cuenta. Fuera de estar junto a Luz y escucharla, nunca más había intentado acercársele para el amor. Andaba muy mal, cansado, sucio, hasta llegó a sentir hambre y a saber que no podría comer. Y aquello coincidió con la huelga. Había gritos, brazos alzados en protesta. Y todo aquello sólo se calmaba cuando escuchaba a Luz.

El recuerda: "Te acompaño a la casa". "Ya entraste el otro día de mala manera". "Equivocan los hombres su tiempo". "Se olvidan de Dios". Juan de Dios recuerda. Ella hablaba con Dios. Contaba los sueños, los deseos de una persona. Guardaba secretos. ¿Qué decía Dios de la huelga? Luz responde: "Un hombre dice YO y Dios acepta en cuanto no tenga el hombre pensamientos de maldad".

-Entra

Juan de Dios se apretó a Luz. ¡No! (Se hizo dura la mujer). Ella no lo había traído para el juego de la cama y de la lengua. Juan de Dios no aprendía. "El hombre que vaya conmigo tiene que ser amigo de Dios".

"Yo soy amigo, yo no soy Juan de Dios", "Y si supiera que el nombre es mucho".

El cuarto estaba iluminado por la luz de las candelas, por la selva de las lámparas. El cromo de la Humildad y Paciencia estaba manchado de aceites y la boca de Cristo hacia una mueca triste. La voz de Luz susurraba. "Tú que padeciste

en la noche de los Olivos erando pediste al Ángel que apartara el cáliz de la amargura".

Dice Juan de Dios que un hombre es oscuro y sólo puede conocerse por ratos, como cuando se enciende un cigarrillo en sitio oscuro; si no, uno va a tientas por un pasadizo -se supone- aunque no puede saberse si hay paredes. El hombre se aclara por ratos; mira, digamos, el tejado de una casa, una rama sobre el cielo, la estatua de un héroe, la torre de la iglesia, los ojos y los dientes de la madre, una piedra blanca entre las otras piedras del río. Dice "cuando yo era niño". Y le dan ganas de dormir y siente en la boca un sabor dulce, de leche, se podría decir. Y está tranquilo porque siente a su lado el cuerpo de la mujer.

Pasa una nube sobre los tejados, sobre los pensamientos y el hombre dice "una vez, junto al laurel que da sombra al pozo."

Se encienden luces en el pensamiento del hombre, por ratos. Puede que eso suceda mientras levanta el gran pote de la basura. Puede que eso suceda mientras descansa junto a Luz, cuando habla de Gregorio Cobos, de sus amigos: Cara de Piedra, Justo López, el señor Martínez, Américo Arlequín.

Juan de Dios conoció a Gregorio hace mucho tiempo. En los diálogos que los jóvenes fabrican para buscar la verdad de la vida, para contar sus primeras experiencias. Por entonces era Juan de Dios un arisco animal de montaña mientras Gregorio ya estaba de vuelta de la ciudad. Misterioso Gregorio y como cansado (como si guardara dentro un gran miedo y tuviera necesidad de ocultarlo) cuando hablaba con Juan de Dios en la poza del río donde

se bañaban: había ido a Caracas con el padrino que desapareció luego en una rodada policial.

-Se lo llevaron no sé a dónde. Lo mataron, creo. Era hombre de respeto. Lo único que he tenido en la vida desde que se acabó mi mamáíta querida.

Se bañaban Juan de Dios y Gregorio en la poza del río y Gregorio contaba las cosas de la ciudad: los lugares llenos de luz, los almacenes repletos de lindos objetos, los cines, los lugares para bailar.

(Suceden maravillas en la ciudad. Las mujeres son como si estuvieran siempre a la orden y hay sitios donde un hombre encuentra que le ofrecen más de lo que solicita).

Entre una y otra zambullida, Juan de Dios escuchaba como si sorbiera todos los oros del relumbrón más encendido. Pero también era cierto que junto con la imagen de una mujer lista para dar más de lo que el hombre solicita, Gregorio señalaba muy graves condiciones.

-Odián al pobre. Les hiede el pobre. Quieren cobrarle al pobre todos los pasos que se atreve a dar. Al padrino se lo llevaron no sé a dónde. Está muerto, seguro.

Había feas historias enredadas en el brillo de las luces, en el movimiento de las gentes, en las mujeres que dan más de lo que el hombre solicita. Había esa historia del miedo a los que se llevaron al padrino.

Un día Gregorio pidió a Juan de Dios lo que hubiera querido rogarle desde el principio. En una lista de pequeñas preguntas iba preparando el camino

-Tú sabes dónde vivo? Bien lejos, en el monte. Rigo me ha hecho sitio en su vecindad. Yo vengo aquí porque me gusta una muchachita del pueblo. No te digo quién. Un día de estos me la llevo.

Venia la pausa donde el silencio se rompía junto con el agua golpeada.

-Tú eres amigo de los de la Jefatura? Enantes era policía Luciano. ¿Sigue?

-El policía es Luciano.

-El Secretario era el señor Paiva

-Sigue.

-Me dijo el otro día el negro Rigo que estaban buscando a un tal Martin Rivero, escapado de la policía de Caracas. ¿Será verdad?

-Y ¿qué importa? No conozco a ningún Martin Rivero en Los Robles. La zambullida de Gregorio duró largo.

-Será que se hace llamar así y su nombre es otro.

- ¿Quién?

-Ese Martin Rivero. Digo yo, ¿no?

-Puede.

-Quisiera saber.

- ¿Por qué?

-Yo soy ese.

El miedo puso dura la mirada de Gregorio, mientras esperaba cómo iba a actuar Juan de Dios. Miedo que parecía una amenaza. Juan de Dios devolvió una mirada limpia, de amigo. Si hubiera sido de otra manera, Gregorio le hubiera sacado la sangre gota a gota hasta el último pozo colorado. Así lo dijo. Luego continuó:

-Quieren llevarme lo mismo que llevaron al padrino. Y yo no me dejo matar. Los de aquí no saben; pero yo tengo que estar seguro para poder vivir tranquilo. Necesito saber si buscan a Martín Rivero. Necesito saber si me buscan.

-Quiere que pregunte en la Jefatura.

-No puede preguntar. Tiene que ir llevando la conversación y dejar que le digan sin que usted avance nada. Me parece que, aunque es todavía muchacho, usted puede tener viveza suficiente. Si comete traición no se me salva.

-Pero si desconfía, ¿cómo amenaza?

-Es lo que se debe hacer con carajitos como tú. Hazte el pendejo oye. Y me dices. Si sirves bien, somos hermanos.

Así hablaba Gregorio Cobos y Juan de Dios fue ciertamente su hermano, porque quiso y sin otra razón que la de servir bien. Gregorio supo por Juan de Dios que no buscaban a Martín Rivero, si es que alguna vez lo habían buscado. Lo que no podía saber era si también lo habían olvidado los de la ciudad, los que, allá en la ciudad, se llevaron al padrino

y lo hicieron desaparecer. Contó entonces que lo que hacía en la ciudad, lo mismo que el padrino, era robar.

-Robar...

-No se lo aconsejo a nadie. Es el peso más grande que puede caerle a un hombre. Más nunca se zafa de esa condena. Ya no puede respirar. Piensa que lo buscan para encerrarlo.

Los ojos de Gregorio se azoraban entre los párpados. Si: el agujón de la angustia como una espina, como la más incómoda arena, como un pozo también de negra agua inquieta en los ojos.

-Voy a volver a Caracas. Si pudiera lograr un golpe bueno y... Casi imposible. No puede un ladrón tener paz. Está enredado para siempre.

Tenía necesidad Gregorio de decir lo que por mucho tiempo habla tenido oculto. Soltaba sus palabras.

-Es como estar condenado. Se puede decir que es una brujería. Y también como el mandato de una hermandad. De pronto nos movemos muchos porque los jefes ban ordenado un golpe. Padrino era jefe. Lo llamaban Cara de Luna porque era gordo y redondo en sus facciones... No le aconsejo a nadie que se meta en estos negocios. Para siempre queda como enemigo y perseguido de la autoridad y no tiene ya posible ni el sueño ni el descanso. Hasta cuando está con una mujer le viene en veces el pensamiento de estar perseguido y se le detiene el placer en el cuerpo. A mí me ha pasado. Y el padrino me contó que le era difícil contentar a una mujer, que tenía que soltarse pronto en ella para calmar la angustia que le daba la idea de no poder

gozar completo. Todo como una brujería. Sólo que los brujos son todos. Pueden ser todos.

Hablaba Gregorio ante el amigo que merecía confianza, ante el hermano que había servido bien.

-Le digo que no hay vida de mayor zozobra. Ahora mismo, cuando usted me ha contado que en el pueblo no hay orden de buscarme, ya estoy pensando que me arman una trampa y me están enredando con embustes.

-Yo no soy hombre de traiciones.

-No es usted. Usted es mi hermano. Bien seguro que pronto estaré lejos. Ya sabe que tiene un amigo en Caracas. Podrá encontrarme con facilidad. Va diciendo entre las gentes que Juan de Dios busca a Gregorio Cobos y hasta mi llega la noticia, si es que puede llegarme y alguna forma se hallará para que nos encontremos.

Cierto fue que Gregorio desapareció de Los Robles. Un día no llegó a la poza del baño. Juan de Dios quedó con una especie de sueño y de ansiedad que lo bacía pensar en Caracas, ver la ciudad como sitio de magia donde se realizaba un juego de misterios, donde ladrones y policías tenían sus señas, sus reuniones, sus mandatos, sus persecuciones a balazos, sus miedos; un sitio donde había mujeres para ofrecer más de lo que el hombre solicita.

No deseaba Juan de Dios hacerse ladrón ni perseguir ladrones, pero quería estar cerca de esa lucha entre gentes que le había contado Gregorio Cobos. En la ciudad había los que trabajaban y otros, los que luchaban a través de las calles, en las oscuras encrucijadas, en los barrancos, debajo de los puentes. Una historia había entre las palabras de

Gregorio Cobos para contar el duelo a balazos con la policía y, aquella muerte del compa ñero que se rompió entre maldiciones.

Y había otros cuentos -mujeres, bailes, teatros, el cine- que decían otras formas de vivir, semejantes a una fiesta perenne, a una locura de todos los días.

Juan de Dios quiso estar cerca de esos sueños de miedo y de deseo.

Aunque parecía fácil lograr la llegada basta la ciudad tuvo que hacer muchas veces el camino hacia Caracas. Primero fue el trabajo en una lancha que navegaba desde el pequeño puerto cercano a Los Robles hasta el gran puerto vecino de la ciudad. Así fue asomándose a lo que deseaba: al mundo terrible donde la luz era cosa distinta del sol, donde estaba negado y preso el árbol, donde habían amarrado el río, donde las gentes hablaban a medias, donde el golpe de tambor se había trocado en ritmos de rocola. Donde los misterios eran otra cosa y ardían en la entraña del mundo los fogonazos y los focos de luz amarillenta sobre la piel de las gentes.

Sin embargo, Juan de Dios insistía. Lo que Gregorio Cobos había dibujado en sus palabras continuaba dirigiéndolo. No faltó quien le dijera que no era más que un ladrón, un bandido de la peor especie. Eso ya lo sabía Juan de Dios.

Cuando ya Juan de Dios se asentó en Caracas, cuando fue a vivir en un rancho donde le hizo sitio un compañero de trabajo, continuó preguntando por Gregorio Cobos. Así había dicho Gregorio. Ese era el método indicado para entrar en contacto con él. Los resultados no fueron siempre gratos. Había quienes indagaban por qué Juan de Dios

tenía interés en encontrar al negro ladrón más temido, de quien hablaban los periódicos como de un gánster peligroso contra el cual toda persecución era poca, si es que se quería apresarlos por fin.

Para Juan de Dios, Gregorio era el centro, el sello, la marca de la ciudad. Juan de Dios pensaba que en la ciudad debía haber ladrones y, aunque la policía los persiguiera, seguiría habiendo ladrones. Pero eso no lo entendían las gentes. Muchos se negaban a continuar hablando cuando se trataba de Gregorio; hacían huir la mirada y terminaban por decir que quien tanto empeño tenía en encontrar a Cobos tenía que ser cómplice o enemigo o agente de la Secretaría. Tuvo que darse cuenta Juan de Dios de que, entre la gente pobre, había la decisión de no tener nada en común ni con los ladrones ni con los policías.

El mundo de los perseguidos y de los perseguidores estaba como hecho de miasmas que se filtraban los otros hombres. Había signos y amistades de uno y otro lado y todo eso se entrecruzaba como un misterio. Alguien dijo que una vez había hablado con Gregorio Cobos. Otro afirmaba que tenía odio contra Gregorio porque, por ayudar una vez al ladrón en una de sus faenas ahora lo consideraba la policía sospechoso de encubrimientos.

Un día cualquiera, un desconocido se acercó a Juan de Dios y le dijo:

-Si quieres ver a Gregorio Cobos, él estará esta noche con amigos en "Las Tres Lunas".

Entre la baraúnda de "Las Tres Lunas"-baile, dados, alcohol- apareció de pronto Cobos en persona. Una mujer rubia se dormía sobre su hombro mientras bailaba.

-Nos encontramos en el reservado. En el cuarto del fondo.

Fue observado muy despacio Juan de Dios antes de que lo dejaran entrar. A poco llegó Gregorio. La mujer continuaba pegada a él como si durmiera y se acomodó sobre las piernas del negro. El saludo a Juan de Dios y comenzó a jugar con la mujer -flaca, de largos cabellos rubios, de boca muy grande y muy pintada. Gregorio enredaba entre sus largos dedos negros los amarillos pelos brillantes, besaba a la mujer, le hacía cosquillas.

Los amigos- dijo Gregorio- se asombran de que usted me busque con tanto empeño y desde hace tanto tiempo. Ya les he dicho que estoy en deuda con usted, por la ayuda que me prestó cuando estuve en Los Robles

-Si-dijo Juan de Dios- Yo no tengo más interés que el del amigo.

- ¿Quieres cerveza?

-Un ron, mejor.

-Un brandy será; ¿y luego?... Estoy a la orden. ¿Necesita algo?

-Yo trabajo, señor Gregorio.

-Trabaja. ¿Y entonces? (Río a carcajadas, besó a la mujer en la nuca, le rodó los labios hasta la oreja, para preguntar, en susurro, pero lo suficientemente alto como para que todos los operan). ¿Qué tiene que buscar con Gregorio Cobos un hombre de trabajo?

Rieron los amigotes y la mujer se apretó al negro como en un grave afán de ternura y pasión. Le dijo:

-Tú trabajas por ratos mucho más que cualquiera.

Juan de Dios reafirmó en tono grave:

-Ya dije que lo he buscado nada más como amigo; para demostrarle que no desprecio.

-Que no desprecia-repitió Cobos y tragó una copila de brandy- Yo tampoco desprecio. Si quisieras... Pero no creo. Usted ya ha dicho que es un hombre de trabajo: ¿Qué hace?

-En el Aseo Urbano.

- ¡Adiós, caray! Cargando basura...

-Es un trabajo.

-Y te da la comida... Mira... (Entre las manos de Gregorio Cobos rodó un chorro de oro, un montón de sortijas, un reloj, las piedras relumbrantes.) Esta es la basura que recojo yo. Te regalo lo que quieras.

- ¿Y por qué?

-Coge para ti cualquier cosa. Para mí no es sino el riesgo que corrí una noche.

-El musiu se puso blanco-afirmó uno de los amigotes. No quería soltar.

-Defendía lo suyo - dijo otro.

- ¿Quieres? -insistió Gregorio- Te adornas. A las mujeres les gusta una mano de negro con el relumbre del oro y el punto colorado de la piedra. Luego, si no lo pierdes en el camión de la basura, te sirve un día cualquiera si estás en necesidad. Acéptalo. Cree, viejo, que es nada para mí. No desprecié, como dijo enantes, porque viene de un ladrón.

Acercó hacia Juan de Dios el grueso anillo con la piedra roja y se echó sobre la mujer. Era cómoda y extraña Marisa. Como si estuviera lejos y regresara sólo cuando un gesto del hombre exigiera su presencia, como si fuera ya un recuerdo, como si estuviera ya floja de una muerte reciente y se moviera apenas lo suficiente para complacer los deseos del hombre.

-A si, catira Marisa, le voy a matar una noche de éstas, porque me da la gana; oiga, Juan de Dios. Deje que le hable en serio. Yo sé que usted no vino a buscar nada. Y sé también que usted es amigo para cualquier momento. Quédese con los compañeros. Esta noche no tiene peligros, no trae riesgos; hemos arreglado todo de manera que estamos en seguridad. La policía no puede sorprendernos. Para eso está Justo López bien comprado con los

polvos de la coca. Todo está seguro a menos que haya una traición. Y nadie puede haber que nos traicione, porque nadie se va... Usted si, Juan de Dios, si a bien lo tiene...

-Yo tengo que pegar en el trabajo mañana bien temprano.

-Lo dejamos en el trabajo. En la puerta misma del Aseo Urbano. Mire: esta noche, déjeme que le pague como pueda el favor que me hizo. La hembra que quiera. Todo el aguardiente del mundo; ¿ah, Juan de Dios? Marica, ¿a quién conseguimos para que acompañe al compadre Juan

de Dios? A la hembra más linda que tú conozcas, Catira. (La mujer hizo un gesto de infinita repugnancia: "¿Quieres buscarme problemas? Por ahí está Carmencita")

-El compadre merece más que Carmencita.

(Y Juan de Dios pensaba que estaba mirando la manera de vivir que explicaba allá en el río Gregorio, hace ya muchos años; una manera de vivir de acuerdo con todo lo demás, con las sortijas, con las escapadas, con el miedo. Le llegaban las palabras de Gregorio "no prede un ladrón tener paz" y, por eso, cuando lograba una noche como la de hoy, compraba licor y conseguía mujeres y las repartía y era como si fuera el Rey del Mundo.)

-Una mujer de lujo para el compadre Juan de Dios. Que la busquen por todo Caracas. Que vayan a buscarla al Trocadero, al precio que ponga el musíú René. Y, además, por si él quiere, cocaína, marihuana: ¿A usted le gusta la cocaína, mi hermano? ¿Tiene apetencia por la coca?... Ni sabe. ¿Qué puede saber un hombre como usted, un campuruso apenas salido del monte y trabajando en el Aseo Urbano? Emiliano, pida por teléfono una mujer en El Trocadero. Como esa. Y usted, Catira, deme la boca un sato; despacio, así como yo le voy diciendo las palabras. Una noche como esta vale por todas las noches. Una mujer como la catira Marisa no se encuentra a la vuelta de cada esquina. Es una señora la Catira, aunque sea "de la vida". Una señora. Solamente una señora hembra sabe besar, así como si fuera ignorante de toda la vagabundería que lleva en la punta de la lengua. ¡Vea, Juan de Dios, ¡para que vaya aprendiendo! Usted signe siendo un campuruso. Un hombre de trabajo conocedor de la tierra, que tiene por gran placer un baile de tambor. Esta catira Marisa es como un chupón del río; como un remolino que te sorbe el

cuerpo. Cuando uno está con la catira Marisa es como si se hundiera en una poza caliente. ¡Catira de mi vida!... Una noche como la de hoy y dice Gregorio Cobos: "Soy el Rey del mundo." Vamos a tener cena de millonarios. Ya Valeriano organizó todo. Las mujeres y la comida son lo mismo: todo de El Trocadero. Tenemos pavo y ensalada de gallina, jamón, champaña y un brandy de maravilla. Para estar preparado y gozar largo a una mujer. Soy el Rey del Mundo. Puedo decir que tengo todo lo que pueda tener el hombre más rico de este país. Me río de los que manejan negocios, de los amos de las haciendas. Hasta hemos pagado. El lujo de un ladrón es poder pagar. Raro eso, pero es verdad. Valeriano ha traído todo de El Trocadero. Hasta la sopa de cebolla que se toman los ricos parranderos hacia la madrugada. Nada hay que no tonga el negro Gregorio Cobos.

-¿Diga, Valeriano, todo listo? Ya se está poniendo vieja la noche; ahorita ya va a salir al sol,

-Todo. Sólo que no se pudo conseguir otra mujer.

-No importa. Carmencita servirá para Juan de Dios. (Sacó un montón de billetes.) ¿Qué es el dinero para un ladrón? Lo que sirve para no robar, para pagar como un señor. Fijate tú, Juan de Dios: No se puede robar una cena en El Trocadero. Hemos debido traer orquesta. Una música mejor que la de la rocola de "Las Tres Lunas". Somos amos del mundo. Tenemos el mundo entre las manos. Si queremos, podemos meternos en veinte apartamentos. Sabemos todo. El policía Justo López nos asegura la tranquilidad por unas papeletas de cocaína. Sabemos todo. Sabemos quiénes se han ido para la playa. La familia Hernández del Country Club. El doctor Ruiz en el Paraíso. Sabemos en cuales casas podemos entrar. Sabemos dónde

hay perros y en donde está lista la sirvienta para abrirle la puerta a Gregorio Cobos. Podríamos robar esta noche en la casa del Ministro de Educación. Sabemos... Hasta me había olvidado de la Catira. Vamos a bailar, Marisa. Llame a Carmencita para que acompañe a Juan de Dios. Lástima que no haya encontrado nada mejor que Carmencita. Pero mejor es no complicar las cosas. Tiene razón Marisa. Ande, compadre, ahí está la mujer. Se la proporciono con el mayor gusto. No diga que es cabrón el negro Gregorio Cobos.

Así fue la noche del encuentro de Juan de Dios con Gregorio, a quien había conocido en la poza del río cerca de Los Robles. Hasta "Las Tres Lunas" llegó enredado en las palabras del ladrón. Bien sabía que no podría ser nunca tercio de pandillas, alzado contra la autoridad. Sólo por escuchar las peripecias de un atraco ya el campesino Juan de Dios sentía el cuerpo frío como pellejo de gallina. No: Juan de Dios nunca sería ladrón. Su propia piel arrugada de espanto era suficiente para impedirle el goce de tener entre las manos un montón de dinero, de joyas; por su propio cuerpo inquieto le estaba vedado decirle a una mujer que le iba a regalar vestidos de seda, un collar, una pulsera de oro macizo; saber que el día siguiente sería de miedo y de angustia no lo dejaba decir "esta noche soy el Rey del Mundo". Pero admiraba a gente como Gregorio, capaces de todo eso.

Después de aquella noche de "Las Tres Lunas" apareció el retrato de Gregorio Cobos en los periódicos, señalado una vez más, como ladrón, solicitado por la Policía. Todos los componentes de la banda figuraban en los diarios y constaba en la información cada uno de los detalles de la serie de atracos y robos realizados con perfecta organización. También se hablaba de la cena donde comieron sopa de cebollar, ensalada de gallina y pavo y

buen jamón y bebieron los mejores licores. Se decía que el pedido había sido hecho en El Trocadero y que las copas eran de cristal y los platos de porcelana fina. Juan de Dios sabía que apenas habían tenido tiempo de divertirse unas horas y ya andaban corriendo caminos-los caminos del miedo, los que están hechos por la fatiga y el horror, por las pisadas que van una tras otra como un parpadeo; las veredas de la fuga, las que jamás rozan un poblado, las que se esconden entre malezas y atraviesan montañas; los caminos sombríos de miedo, igual que los hombres que los utilizan.

Probablemente se acercaba Gregorio al rancho de Rigo en la montaña de Los Robles para pedirle al negro brujo las yerbas que destruyen las pistas y confunden la sana del enemigo; buscando que Rigo tapara con humos de tabaco los senderos y formara nubes para ocultar el comienzo de las picas; solicitando que Rigo hiciera la suerte de los caracoles y fabricara arcoíris y tempestades como abanicos de marfil para esconder la carrera de los que escapaban.

Valeriano andaría por Oriente, tal vez y Pablo Yanes quién sabe en cual recoveco de los barrios de Caracas, quién sabe en cual quebrada, corca de alguna boca de cloaca, escondido en Caracas misma, porque Pablo no podía apartarse de la ciudad.

De todo eso se había hablado al final de la cena triunfal. Pablo Yanes era una molestia en los caminos del monte. Ya una vez se vio que era un estorbo. Se quejaba del cansancio. Lo herían las yerbas. Encontraba animales que lo picaban. Estaban contra él todos los seres. Lo acosaba la fatiga. Hombre tan rápido y fino en las peripecias de la ciudad, se convertía en un peso cuando andaba corriendo el monte. Hubiera sido necesario atenderlo como a niño bonito y no

son los momentos de la fuga los que pueden dedicarse a estar pendientes de un hombre, así sea este hombre compañero tan seguro como Pablo Yanes.

Lo malo estaba en que la Policía supiera todo esto, como las demás cosas de la pandilla. Y, entonces, cuando se trataba de un caso de gravedad, se echaba a buscar a Pablo Yanes, a dar la noticia por la radio, por los periódicos. En los automóviles de los patrulleros se escuchaba el nombre, corrían las señas de Pablo Yanes moreno claro, de bigotes, pequeño, con su 1,60 de estatura, marcado con la cicatriz que le hacía camino desde el rincón del ojo izquierdo hasta rompiere en dos la barbilla. (Por eso le decían sus compañeros "el Zorro", en recuerdo de la película "La marca del Zorro".) Si a Pablo Yanes lo cogían preso...

Pero era difícil. Cuando se decía que Pablo se conocía a Caracas como la planta de sus manos, se decía verdad. Conocía Pablo la ciudad con las rayas de las quebradas y de las cloacas, con los callos de los cerros, con los puntos de las casas amigas, con la marcas de los sitios donde se podía hacer reunión o guardar el botín; con la huella del lugar donde llegaban los encubridores que se encargaban luego de vender las prendas en las cercanías del Pasaje del Capitolio; con la sombra de los negocios importantes, de los hombres sabios en el arte de cambiar las formas del oro y vender piedras o hacer nuevas joyas.

Pablo Yanes conocía la ciudad, así como a todas las gentes que podían ayudar a vender. Era Pablo Yanes quien tenía relaciones; Pablo Yanes quien podía dirigirse a la señora Eulalia para ofrecerle un buen lote de prendas finas. Vivía Eulalia en La Pastora muy seria ella, al parecer, con su punta de bigotes y la boca arrugada por la falta de dientes; mujer que había sido, según se comentaba, trapecista en un

circo, querida de un General, mujer de muchas aventuras; puta mientras pudo y cabrona luego y ahora, al parecer, beatona y prestamista y hábil en menudos negocios.

A esa señora Eulalia le llevaba Pablo Yanes lo que consideraba de muy difícil venta. La señora Eulalia vendía fuera de Venezuela -en Panamá, en Colombia- y con ella se hacía el negocio, en malas condiciones, pero con toda seguridad. Cuando era necesario deshacerse de una mercadería porque era mejor basta regalarla que dejarla en manos de la policía- ahí estaba la señora Eulalia. Se decía que algunas de las joyas habían ido a parar a las iglesias, porque la mujer regalaba de cuando en cuando alguna piedra para rogar perdón de sus pecados.

También era amigo seguro de Pablo Yanes el doctor Gaspucci, el abogado. Por el doctor Gaspucci se lograba siempre la libertad o, en el peor de los casos, una condena suave. El doctor Gaspucci era muy correcto: Un viejecito severo, sonriente, cortés, muy hábil para citar las leyes y los artículos del Código.

Todo eso estaba pensado, preparado, arreglado por Pablo Yanes a lo largo de muchos años. No podía inventarse de pronto tantos hilos, tantas amistades. La Policía sabía que Gregorio Cobos, Valeriano Guaregua, Pablo Yanes, Cruz García, Luis Pinto, trabajaban juntos, pero la prueba de sus delitos siempre fue muy difícil. Pablo Yanes era el hábil para detener la acción de las autoridades.

Gregorio fue condenado por vez primera cuando Cruz García habló demasiado en los interrogatorios. Dijo como excusa Cruz que lo habían torturado, como si fuera preso político. Usaron contra él los servicios especiales de la Secreta. Eso dijo. Por las palabras de Cruz se perdió la

relación del pulpero Valdés, el español, a quien expulsaron y también fue imposible tratar durante muchos años con Borman, el que tenía burdel por la esquina de La Cochera; hasta la señora Eulalia se negó a recibir durante varios meses nada que fuera enviado por Pablo Yanes, así fuera presentado por persona insospechable.

Los robos que celebraba Gregorio Cobos la noche del encuentro con Juan de Dios habían sido planeados en serie y realizados con toda felicidad. Habían visitado una joyería del centro, también a un pagador de obras públicas para cogerle la paga semanal de los obreros.

A las diez de la noche ya estaba Gregorio Cobos con la catira Marisa en el reservado de "Las Tres Lunas". Ya se había hecho el reparto. Pablo Yanes estaba encargado de colocar diversos lotes en sitio seguro. Hacia la media noche se apareció para dar cuenta de que todo estaba en orden. Y a la madrugada se hicieron los caminos de la fuga. Aunque buscara la Policía lo robado, ya el oro había pasado a los escondites. Así lo dijo Pablo Yanes en "Las Tres Lunas". De las propias manos de Gregorio Cobos recibió diez paquetes de billetes: Veinte mil bolívares que debían ser la reserva de todos para cualquier mal momento.

Muchos meses pasaron -basta más de un año tal vez- antes de que los periódicos hablaran nuevamente de Gregorio Cobos y su pandilla. Nadie puede saber si fue una sorpresa, una denuncia o el destino, pero lo cierto es que se encontraron ante una patrulla de la policía. Valeriano tuvo la mala imprudencia de echar a correr y le pegaron un balazo en la pierna. Gregorio pensó que podría hacerse pequeño; recordó al negro Rigo y sus mañas y oraciones para salvar de los enemigos; por un momento pensó que podría ser cierto que los policías no lo miraran, que se

hiciera transparente como de vidrio y casi estuvo seguro cuando uno de los policías apuntó con el revolver y dio la voz de arresto a Cruz García y luego a Luis Pinto, como si no pusiera atención a él.

Pero eran muchos los de la autoridad: salían de la camioneta policial como si hubieran estado apretados. Uno de ellos agarró a Gregorio por el cuello de la camisa:

-Carajo! Pero si es Gregorio Cobos en per...

No terminó la frase porque todo fue un montón de golpes, de empujones; varios se echaron sobre Gregorio y fue entonces el momento que aprovechó Pablo Yanes para escurrirse. Cobos lo miró, vio cómo iba alejándose, mientras sobre él caían y lo dominaban. Gregorio supo que no sería nunca capaz de esa serenidad. Se dejó llevar. Tenía en los bolsillos, junio con el revólver sin disparar, los billetes del robo.

Cuando lo interrogaron aceptó su responsabilidad en no menos de veinte atracos y robos, como también estuvo de acuerdo en que había hecho muchas veces oposición violenta a la autoridad. Ante todos los personajes de Comisarias, Jefaturas y Tribunales se levantaba y eran como adornos sus afirmaciones. No se detenía a pensar si era cierto lo que decía. Hablaba como si quisiera para sí todos los robos del mundo y llegó hasta contar como propias algunas de las aventuras que el padrino le había relatado. Su defensor-el abogado de Pablo Yanes- utilizó este absurdo empeño para lograr un examen mental de Cobos y habló de mitomanía, neurosis de abandono y necesidad de ternura. El psicólogo solicitó que Gregorio hiciera un resumen de su vida.

Esto fue lo que contó Gregorio Cobos:

El único cariño que había habido en su vida era el de su mamaíta adorada. Y el único respeto, el de su padrino Alejandro, quien lo trajo a Caracas cuando Gregorio era ya un zagaletón y lo hizo aprender a leer y escribir y a sacar las cuentas.

La madre había muerto temprano o lo había abandonado. (Siempre se iba así, de repente, para una fiesta, para un tambor, y, a veces, encontraba a un hombre para comenzar de nuevo la vida con ese compañero de una noche que se convertía en compañero de muchas noches y del trabajo de todos los días hasta que llegaba otra fiesta: un golpe, un joropo, un velorio de angelito.)

La vida de Gregorio fue, desde el principio, angustiada. El padrino no sería mujer fija. Llevaba de cuando en vez al rancho a una y la hacía trabajar para él y para Gregorio en la comida y en el aseo de la casa y en lavar la ropa que se había amontonado en cualquier rincón.

El padrino tenía siempre bien arreglados los trajes para salir de día. Muy cuidadoso en eso. Decía que, para hacer negocios, era necesario estar bien presenciado. Por el contrario, cuando salía de noche a sus correrías, parecía un percusio y regresaba-si es que regresaba- muy tarde ya, cuando alumbraban las primeras luces de la mañana, sucio y roto, como si se hubiera arrastrado por la tierra, por el monte, entre un montón de espinos, herido también, a veces, manchado de sangre. Escondía en esos casos los trajes sucios hasta que llegaba una mujer para lavarlos y ponerlos en orden.

El padrino se llamaba Alejandro Guánchez. Decía que su nombre venía de la hacienda de cacao de los Guánchez, mucho más allá de Los Robles decía que por ahí la gente tenía nombre de acuerdo con el sitio donde nacía, como si fueran parte de las propiedades, de la hacienda donde habían trabajado los padres y los abuelos, donde ellos nacieron y se criaron.

No hay para qué preguntar para saber que Alejandro Guánchez nació en Los Guanchez, así como Gregorio Cobos nació en una posesión más lejana -La Cobera. Los viejos recuerdan el nombre, aunque ahora forma parte de la posesión de los Carpio y por eso unos se llaman Carpio y otras Cobos. El hecho de que Los Robles haya crecido y se haya convertido en cabeza de municipio no impide que en ese sitio estuviera la propiedad de la familia Robles, hace tiempo desaparecida. Todavía mucha gente se llama Robles allí.

Gregorio podría contar lo de la mujer que lo embrujó. No era su madre. Imposible creer tal cosa. Lo único que Gregorio ha adorado en su vida es su mamáíta querida. Fue una de las mujeres que el padrino llevaba a la casa para que lavaran y asearan, para la comida y para la cama también.

Claro que Cobos recuerda haberse despertado miedoso una noche y basta preguntó un poco, lo suficiente para que el padrino dijera si era tan inocente para saber que los hombres y las mujeres se juntan en la cama para lograr su placer. Sólo que a un niño le parece aquello como una lucha de odio en lugar de un encuentro de gusto.

Pero a lo que iba Gregorio era a lo de la brujería y lo contaría por lo menudo si no fuera porque nadie va a creer en esas cosas y dirá cualquiera que él anda buscando

excusas y claro que él no piensa sino que estaba en in destino el ser ladrón -porque la vida está hecha aunque no se sepa por quién- sin embargo, de que es cierto que hay brujos y el negro Rigoberto el de Los Robles tiene mañas que mucho pueden contra los enemigos y en defensa del hombre que necesita ayuda, pero no llegan a cambiar el destino ni a convertir en ladrón a un hombre de trabajo ni a hacer honrado a quien nació para robar.

De todos modos, bien puede contar Gregorio que una de las mujeres del padrino Alejandro lo descubrió cuando le quitaba unos centavos que ella tenía guardados y lo maldijo. Le gritó: "Te voy a encender una vela para que siempre seas ladrón." El vio cuando encendía la vela y cuidaba la luz guardándola del viento con la mano. Tenía mucho miedo Gregorio y no podía hablar siquiera porque el padrino estaba fuera esa noche- si no, nada hubiera sucedido- y pasó muchos días sin regresar.

Cuando estuvo de vuelta en la casa, Gregorio le dijo que la mujer lo había embrujado para obligarlo a ser ladrón. Los chaparrazos que le dio el padrino a la coima sonaron como candela. Después se acostaron en el caire y estuvieron buscando el placer toda la noche. A la mañana siguiente la mujer se fue.

-Me he conseguido una mala enemiga- dijo el padrino- Petra es mujer de mala intención.

Gregorio propuso que la trajera de nuevo y el padrino se negó:

- ¿Cómo puedo aceptar yo una persona que es mala para usted? Usted es como hijo mío, Gregorio, y yo quiero que sea hombre de bien; hombre que pueda tener paz en su

casa; hombre que sepa defenderse en la vida, no como yo que siempre ando a salto de mata.

Poco tiempo después fue la desaparición del padrino. Gregorio buscó a la mujer. A la que lo había embrujado. Fue la primera mujer que tuvo en la vida: Petra Solórzano.

Ya para entonces no existía el padrino. Desaparece pronto un hombre cuando las autoridades se encarnizan sobre él. Pero si un ladrón desapareció, comenzó a actuar otro, así, como por arte de brujería. O por cosa del destino. Gregorio Cobos siente que nunca encontró ayuda. Apenas si el consejo del padrino y la adoración por la mamáíta querida. Pero todo eso terminó pronto y Petra Solórzano encendió una vela y cuidaba la llama con la mano para guardarla del viento. Y fue el robo. Y el placer también. Alguna noche.

La detención de Gregorio Cobos fue un acontecimiento periodístico. Le inventaron los reporteros a Gregorio el mote de "El Murciélagu" y todas las personas que tenían sueños de angustia y miedo o sufrían alucinaciones encontraron entre sus fantasmas a ese Murciélagu terrible que entraba en las alcobas y se llevaba en la punta de las uñas, entre la seda de las alas de ratón volador, un collar de diamantes.

Señalaron a Gregorio como el negro desnudo que había entrado en los sueños de una solterona; como el que había perseguido a unas colegialas entre las luces del atardecer a lo largo de una calleja; como el que había amenazado con una pistola al caballero que salía de la iglesia; como el atracador de sesenta negocios; como el autor de más de cien robos; como el que amenazó al cura de Petare y el que robó la alcancía del Nazareno de Santa Teresa.

Gregorio aceptó que había intervenido en robos, atracos y violencias; en los actos donde se pretendía arrebatarse el goce del amor por sorpresa y fuerza, negó con vehemencia:

-No tengo por qué andar inquietando mujeres y obligándolas. Tengo mujeres que me quieren. Y en el peor de los casos pago. O engaño. No soy hombre tan ruin como para no conseguir de buen grado una hembra buena. No tengo manías raras ni me gusta enredarme en cosas oscuras. Demasiadas preocupaciones tengo ya con las angustias de la vida para buscarme otras. Esos abusos no son propios de un hombre como yo.

Cuando Juan de Dios pudo, fue a la Cárcel para ver a Gregorio. Ya por entonces eran pareja de amantes Juan de Dios y Luz. Juan de Dios pudo asegurar a Gregorio que la opinión de Luz-la que le dictaban sus santos y sus ángeles- era que iba a salir con bien de sus dificultades, que un personaje poderoso lo iba a proteger y que su sentencia no sería de las que rompen la vida de un hombre.

-Luz Montero?

Y Juan de Dios contó quien era Luz; sus historias de santos, sus comunicaciones con los seres que no existen.

-Tendré que conocerla. Dígale que desde ahora tiene en mí un amigo. Basta que sea mujer suya.

-No es por eso.

-Por eso es. Y porque se ha preocupado por mí. Un hombre preso sabe apreciar que alguien piense en él. Dígale que no soy como dicen los periódicos; que he sido, simplemente, un hombre sin ayuda y mal aconsejado. Un hombre que ha

querido tener lo que otros tienen. Voy a escribir mis memorias, ¿sabe?

-Memorias...

A contar mi vida para que pueda servir de ejemplo a otros hombres. El camino del delincuente es mal camino. Yo voy a corregirme. Voy a aprender a trabajar y a vivir en paz. Con un jornal ganado, con una mujer segura. Con hijos, que sepan quién es su padre. Y no se avergüencen. Aunque..., bueno... Yo no tuve sino el padrino y la adoración por mi mamaíta querida.

Mucho tiempo más tarde -condena corta, vigilancia suave, trabajo- Gregorio Cobos cumplió lo que había dicho. Muchos años pasaron en su tranquilidad. Fue obrero y compañero en la sociedad de los Amigos de Dios.

Luz lo tenía por individuo en cuyo juicio se podía confiar. Le preguntaba cosas que Gregorio respondía siempre como si entendiera más de lo que mira el hombre corriente. Preguntaba Luz cómo andaban los seres de la montaña, cómo se reflejaban los encantos en los espejos del río.

Las respuestas de Gregorio eran cambiantes y extraordinarias. Decía lo que estaba sucediendo entre las yerbas de los llanos, entre los bejucos del monte espeso, a las orillas de la laguna, en el borde de la mar. Cuando las imágenes de Cobos no coincidían con las que ella fabricaba, Luz discutía. Había entre ellos, lucha de fantasmas y encantos, de ánimas y desaparecidos. Gregorio solicitaba también consejos.

-Me tienta, Luz, la vida de ladrón.

-No regreses al camino que dejaste. Te aseguro mal fin.

-Es duro estar sujeto al mal jornal. Quisiera a veces, como enantes, una noche de gloria, así me costara lo que fuera.

-Ya no está en tu vida esa noche. Tráeme a tu mujer. Estarías obligado a estar al lado de ella y ella te daría fuerzas contra tu mala intención. Le enseñaría las palabras y las acciones que una mujer debe tener siempre para lograr que su marido esté deseando quedarse junto a ella.

-No sé, Luz. Me está tentando demasiado el deseo de una noche grande, la que no es posible conseguir con los centavos que gana un obrero.

-Te lo digo; ya no hay en tu vida esa noche de oro. Gastaste todas las que te correspondían.

-Tengo miedo. He hablado con los viejos compañeros. No han encontrado jefe desde que yo estoy quieto:

Cuando Gregorio Cobos intentó nuevamente la aventura del robo, cayó en manos de la Policía sin haber tenido su noche -la que él deseaba- como una bomba de goce y poder. Todo sucedió como si estuviera preparado para su infeliz término. A pesar de los balazos que disparó, de la furia que puso en su torno, de las palabras que inventaba su rabia. Cuando se dio cuenta de que ya no había nada que hacer, se dejó llevar manso, tranquilo. Ya no tenía el exaltado deseo, la voluntad poderosa. Tranquilo, Gregorio Cobos: uno entre muchos negros altos y taciturnos, uno igual a otros negros que juegan con la idea de tener entre las manos una noche brillante como una bola de oro; un negro -Gregorio Cobos- semejante a otros negros que se alzaron para alcanzar la gloria de una noche resplandeciente. Como

el negro Miguel, el que quiso ser Rey hace un montón de años; como otros negros que se han alzado sobre la tierra venezolana y han sido jefes de re- vuelta y han querido tener para si las ciudades, los campos, las mujeres, la noche; como uno de esos negros a quienes se ha encerrado en circulo de acero, a quienes se ha dominado en un muro de fuego, a quienes se ha destruido en su ansia de retener la noche y el poder con el orden que limita y vence. Igual a otros negros caídos de su deseo. Gregorio Cobos, preso.

Luz le mando buenas palabras y un regalo de mucho valor: la cuerda donde se anudaban diversas piedras contra el mal de ojo y la mabita, azabaches y corales y una imagen de Santa Helena la que deslumbra y hace fácil las fugas.

Gregorio Cobos no tenia palabras, ni siquiera para amigo tan seguro como Juan de Dios. Estaba preso no solo de la cárcel sino de su cansancio, de su desolación, de su tristeza. Como hace muchos años, pudo afirmar que escribiría sus memorias. Igual que hace muchos años, Juan de Dios pregunto:

\_ ¿Memorias?

\_ Voy a contar mi vida. Tal vez me sirva de ejemplo para los hombres jóvenes que sueñan con el relumbre...

Las pocas palabras que todavía decía no se reunían para expresar lo que sentía en su adentro de angustia y lo que Juan de Dios le contaba se le perdía también en los caminos de la fuga.

Yo quería hablarle algo- dijo Juan de Dios- Se ha presentado un peligro para Luz. La esta engañando el cura Verde, con esas historias de la Iglesia Nueva, de la Religión

Libre. La esta asombrando. Quiere quitarle todo. Le esta pidiendo la casa y la capilla. Le dice tonterías y Luz esta encandilada.

Gregorio tardo en responder. Como si estuviera profundamente cansado. Como adormilado de presagios. Como si no hubiera en el ninguna gana de establecer relación con algo que no fuera el pasado desorden que llevaba dentro. La imagen de Luz – lo que era el recuerdo de sus conversaciones, el contrapunteo de sus imágenes- se le desvanecía entre la barabunda de su mundo oscuro. Por fin dijo:

- Dile a Luz que tenga cuidado. Ese Cura Verde quiere ser el perico que se come el maíz.

No deseaba decir eso. Estaba hablando nada mas y lo que pensaba era un camino sin fin dentro de la maraña de todas las montañas.

- Se acabo Gregorio Cobos, Juan de Dios.

Eso era lo que tenia que decir, nada mas que eso. Lo demás entraba como reflejo innecesario. Que hubiera un cura vestido de sotana verde y que Luz estuviera deslumbrada por ese cura verde, era apenas noticia que la atención no recogía.

- Tendría más que decirlo, Gregorio. Me parece que está fabricando un alzamiento, una revolución. Luz está recibiendo visitas de militares todos los días. Un capitán. Quién sabe si usted puede aprovechar el desorden del momento.
- Se acabo Gregorio Cobos.

- Vienen a cada rato, hablan largo con Luz. También el cura. Yo he llamado al señor Martínez. Y también a Américo Arlequín. Luz no escucha a los viejos amigos. Está brava porque las autoridades le han prohibido sus rezos. La han llamado a la Jefatura. Yo la acompañé ayer. Le dijeron que no tenía derecho a abrir capilla ni a vender oraciones. La gente sigue yendo.

-Se acabó Gregorio Cobos.

-Usted podría aconsejarla. Hacerle llegar conmigo un recado.

-Que tenga cuidado. Se acabó Gregorio Cobos.

Algunos guardias se lo llevaron tras las rejas.

Más tarde llegó la noche de la muerte.

Días después. Semanas después. Con lo oscuro de sus pensamientos, con el desorden y la confusión y, tal vez, con otras fuerzas de locura, hizo Gregorio el episodio de su muerte.

Estaba en el calabozo, como un animal de dolor y de cansancio, escribiendo, por ratos, lo que llamaba sus memorias. Lo de la mamáita querida y el padrino respetado y la otra mujer, la que lo había embrujado para hacerlo ladrón y la que lo enseñó a buscar el placer; lo de su primer robo y su primer atraco y lo del asalto, cuando puso en la espalda del joyero el miedo; cuando rompió de un puñetazo la jeta de un policía; cuando hizo gritar a la señora a quien arrebató la cartera; cuando rompieron entre varios la

ventana del apartamento, cuando envenenaron a los perros del doctor Ruíz, cuando...

Era como una letanía.

El mismo recuerdo repetido mil veces; la decisión de apoderarse de todo, de tener entre las manos la vida como un globo de oro y ser, por un momento, el Rey del Mundo, aunque se supiera de antemano que no iba a ser verdad.

Estaba en celda aparte y muy vigilado; con guardia permanente ante la reja. Ni le importaba. Sólo tenía dentro ese desconsuelo de que toda mentira había terminado, de que ya no podría ser nunca, ni siquiera un segundo, el Rey del Mundo, señor de la noche de gloria. Encerrado, terminado.

Y de pronto, en mitad de la noche, como si saltara de su sueño, decidió una vez más que sí, que todo estaba ahí tras de la reja, al alcance de la mano que empujó al guardián, entre un estrépito de peltre y acero y la carrera entre las celdas, a lo largo de aquel pasadizo que no terminaba y las voces de los otros presos que gritaban "se fuga Gregorio Cobos" y el disparo y su muerte y sus últimas palabras:

-El cariño de mi mamáíta querida..., se acabó Gregorio Cobos.

## **El relato de José Martínez**

### **LARGO TIEMPO DE AMISTAD**

Largo tiempo de continua amistad tenía yo con Juan de Dios, con Luz, con Cara de Piedra, con las demás gentes de los "Amigos de Dios", cuando sobrevino el incidente que

terminó con mis actividades en el almacén de los Stockel, cuando rompí mi matrimonio, cuando me convertí en el desastrado personaje que ahora soy.

Mucho antes, durante mi noviazgo con Betty, consulté con Luz y ella me dijo:

-Te vas a casar con esa muchacha y deberías tener mucho cuidado, porque hay un mal procedimiento en tus historias con ella.

Y años más tarde, después de haber vivido junto a Betty, a quien hice dolorosa, flaca, hiriente y desagradable como sólo puede ser una mujer desgraciada, cuando la abandoné junto con mis hijos, supe que Luz Montero había tenido razón. Tal vez no era difícil saber lo que yo podía fabricar dentro de una unión matrimonial con Betty o con cualquiera otra mujer.

Porque también es cierto que Luz se equivocaba en algunas oportunidades. Se equivocó, por ejemplo -y muy seriamente- cuando estableció sus tontas relaciones con el Arzobispo cismático, el que pretendió organizar una iglesia nacional, dentro del catolicismo. Luz le ofreció su amistad y su apoyo a pesar de la oposición de Juan de Dios, de Américo Arlequín, de Cara de Piedra, de mí mismo y se encontró por fin desvalijada, destruida en mucho de lo que más deseaba. Gerónimo, el vendedor de libros, cretinoide, pederasta y estudioso de toda clase de filosofías, sirvió eficazmente a esa dolorosa equivocación de Luz, ayudó a sus erradas relaciones con el falso arzobispo. (Estaba muy ligado Gerónimo con el heterodoxo eclesiástico y sólo más tarde- por quien sabe cuáles complicaciones de sus historias- se hizo enemigo del Obispo Verde e hizo pública declaración de sus divergencias con la llamada Iglesia

Nueva, a la cual había entrado como candidato al sacerdocio. Había descubierto Gerónimo muy graves delitos de sodomía en el seminario de los cismáticos. Para descubrir tales lacras le había sido imprescindible convivir con la mugre y llegar a un pleito entre invertidos. Eso fue lo que, al fin describió en sus notas polémicas contra el Obispo Verde).

Era un tiempo muy complicado aquel. La ciudad estaba conmovida. por muy contradictorias acciones de diferentes líderes políticos y por el ascenso al poder de un grupo que agitaba banderas revolucionarias como si quisiera engañar al pueblo igual que se engaña a los toros bravos en las faenas del circo. Había muchos grupos políticos, tan pronto amigos, tan pronto destructivamente violentos desunidos.

Es posible que yo no entienda esos juegos del poder. O que los entienda demasiado bien. La política me repugna. Y esto no significa que me sienta extraño al destino de los humildes. Los grupos de gentes que no se individualizan me causan desconfianza. Los hombres capaces de actuar dentro de una acción común para gritar, para llorar, para cantar, me irritan. Por el contrario, de quién a quién, en la conversación que llena el rato cordial, puedo ser absolutamente sincero y entenderme bien con personas cuya educación es diferente a la mía y cuyos intereses son completamente distintos de los que deberían mover mis actos. La prueba está en que me siento unido a los "Amigos de Dios".

Mis intereses... Cosa de reír. Como si yo tuviera otro interés fuera del de acercarme cada día a las copas y besarlas para el robo de la embriaguez. Tal vez sea eso un interés. El que me separa de las muchedumbres. El que me hace buscar las

individualidades para escuchar cuentos y establecer -a veces- intentos de diálogos.

Mis intereses...

Por aquel tiempo (y digo, claro está, el del Obispo Verde y las otras cosas) ya había sucedido el accidente que me produjo mi separación de la familia y éste mi estado actual de desvergüenza. Fue para mí una época muy dolorosa. Cuestión de dinero y de dejarme ir. Después del primer accidente habían venido otros accidentes y bien cierto es que llegué a participar en muy asqueantes escenas de las que ni siquiera puedo arrepentirme. Fui llevado a la policía innumerables veces y alguna noche me arrastré entre basuras y anduve en compañía de seres innobles y asqueantes, mientras reía de mi propia decadencia.

No sé por qué -un día cualquiera, bacía el atardecer- pensé que podía ser periodista. Ya había intentado vender automóviles, terrenos. Siempre había tenido aficiones literarias y tenía guardado en mi escritorio el comienzo de estos cuentos míos. Podía ser periodista.

Llegué entonces a la redacción del diario "Mañana". Era casi la noche. Estaba cansado y sucio como sólo puede estar cansado y sucio un hombre que ha pasado varios días en la más desesperada embriaguez. Pero yo era amigo del director de "Mañana" -nos habíamos conocido en el colegio- y ese director amigo decidió probar si yo podía servir para un cargo vacante.

El director -Luis Mendoza- se dirigía a mí con cierta repugnancia. Hacia la impresión de que, en el caso de tener que tocarme, hubiera deseado tener la mano enguantada y, sin embargo, creí comprender que guardaba por mí

verdadera simpatía. Una simpatía condicionada por sentimientos de superioridad y de asco.

-Mañana te haré entregar camisas, calzoncillos y un traje. No te doy el dinero porque lo gastarías.

Contesté con esa frase de silabas sin sentido que suelo utilizar para no decir nada preciso. Una frase que he aprendido entre gentes que ya no tienen idioma.

-Ay, este que te que- le dije.

Ya entonces hablaba así: un chorrito de sonidos que puede significar diversas cosas, de acuerdo con la mueca de los labios, de acuerdo con un gesto grosero o pícaro.

-Mañana- repitió Luis Mendoza-. Y te bañas. No se puede trabajar en ese estado. Nadie te soportaría, ¿cómo te has permitido abandonarte de esa manera?

-Ay, este que te que...

- ¿Tienes dónde dormir?

Ni le respondí.

-Quédate en algún rincón. Tú conoces al jefe de redacción. Tienes que conocerlo. En aquellos grupos de la Universidad: Américo Arlequín... Si los correctores de pruebas te dejaran un rinconcito para dormir. Pero no lo creo. Mañana te bañarás. Hay baños en el fondo del taller.

-Bañadito mañana, este que te qué. Bañadito y sabrosito le dije y chasqueé la lengua.

Luis Mendoza salió hacia la calle. Cerca de la puerta se detuvo a hablar con alguien. Evidentemente hablaba de mí. Al principio no reconocí al interlocutor del director. Ni él parecía hacer o escuchar especial mención relativa a mi persona. Yo casi podía inventar el discurso que se estaba desarrollando. Luis Mendoza señalaba mis cualidades. Inteligencia. Cultura. Perfecta educación. Y los defectos. Siempre capaz de pegarse unos traguitos, pero siempre también cumplidor de sus deberes. También hablaba de que había sucedido algo que me había desorganizado completamente. El escándalo en el almacén donde trabajaba -la Casa Stockel-, cuando había llegado hasta el escritorio del jefe y me había desnudado ante él y la secretaria para demostrar al mismo tiempo que Dios existe y que los Stockel nos estaban robando a los empleados siempre. Y entonces -decía Luis Mendoza- yo había querido encanallarme cada día más. Se asombraba mi amigo, mi antiguo compañero de que hubiese podido yo intentar siquiera un regreso hacia una actividad cualquiera. Después del escándalo no había logrado salir del paso. Las consultas con los psiquiatras no tuvieron buen resultado. Todo eso decía, seguramente, Luis Mendoza el director y terminaba:

-Hágalo trabajar en informaciones fáciles hasta ver cómo soporta las responsabilidades y cómo se desenvuelve. Puedo asegurarle que es un gran muchacho.

Algo de eso escuché o supuse en las palabras del director. Estaba Mendoza en ese cargo por razones puramente políticas, pero quería hacer ver a su jefe de Redacción que poseía capacidad para cumplir y corazón para comprender los problemas humanos. Un líder, un técnico, un hombre, mi amigo Luis Mendoza, director de "Mañana". El jefe de Redacción oía que decía Mendoza con cierta calma sarcástica y silenciosa.

-Sé quién es José Martínez.

Y yo también lo reconocí: Américo Arlequín, con quien he estado unido desde los lejanos tiempos juveniles. Al día siguiente me enteré de que cuando quiso hablar conmigo le fue imposible traerme a la vigilia. Yo estaba dormido -con el sueño gigante de varios días de borrachera y de cansancio- sobre un gran montón de periódicos viejos en un rincón del taller.

## **El relato de José Martínez**

### **REVISA EL MATERIAL**

Américo Arlequín revisaba el material en un ancho escritorio, repleto de todos los papeles que allí habían de llegar. Américo Arlequín dejaba que sus pensamientos tomaran los caminos de la niebla y de la inconsciencia mientras cierta menuda atención se concentraba sobre las informaciones que tenía delante. Pensaba -es un decir: le llegaban imágenes sobre los momentos de su llegada a la ciudad, en cómo había gastado su juventud y se encontraba ahora -en la raya de los cincuenta- y con las manos vacías. Unos libros de poesía escritos y publicados hace muchísimo tiempo y el eterno proyecto de "La Misa de Arlequín". Le parece raro encontrar en sí mismo el eco de los sentimientos que movían sus años mozos. ¡Qué absurda melancolía inactiva!, y así había sido siempre. La vida la había gastado y de ella no le quedaba más que la sensación de haber sido engañado, de no haber sabido oponer resistencia a los hechos que lo dejaron seco y vacío.

Este hombre que entraba hoy al periódico, tal vez se daría cuenta de que ser reportero es como ser amo de la ciudad y sabría gozar el privilegio de tener entre las manos los

nervios de la vida ciudadana, el llanto y la alegría, la sangre y las angustias y la risa de ese gran ser que es la ciudad.

Américo Arlequín la había amado. Tal vez porque él venía de la provincia, tal vez porque había nacido en un pueblo pequeño, adoraba la actividad ciudadana y se sentía tranquilo cuando podía mirar el conjunto de los millares de seres en movimiento, sin detenerse en ninguno, cierto de que, entre él y aquel riquísimo montón humano había una misteriosa. relación más importante que la que podría hacerse en la compañía de una sola persona conocida. Más importante que el amor, más valioso que la amistad, ese sentimiento que lo unía al conjunto de las gentes.

Por eso le gustaba el periodismo: el interés por los deportes, la curiosidad por los crímenes, las conversaciones sobre política, sobre los bailes, sobre las empresas, sobre las fiestas, sobre la economía, sobre el arte.

Sentía lo que la ciudad pensaba en las inauguraciones, ante las iglesias, en los cines, en los estadios; por el contrario, frente a una persona -así fuera el más antiguo conocido- generalmente estaba como ante una casa inhabitada. Tal vez era cuestión de educación; desde niño había en él la decisión de no traspasar los límites de la intimidad ajena, la voluntad de que todo pudiera suceder dentro de sí mismo, en el mundo de sus disfraces y de sus componendas. Sentía cierto asco ante las confidencias. Le agradaba inventar una intimidad. No aceptaba tampoco ofrecerse como espectáculo, a menos de estar cierto de que lo que ofrecía no era en manera alguna su sinceridad, su verdad.

Odiaba el ridículo insoportable de las gentes que confesaban sus menudas tonterías. La inútil repetición del "yo".

A Américo Arlequín le agradaba ampliar el "nosotros" hasta abarcar, si fuese posible, todos los humanos. Desde su mesa de redactor está en relación con la ciudad y con lo que llega desde el mundo entero a la ciudad. Pero un reportero está más cerca, pertenece con mayor permanencia a la ciudad, a la comunidad de los hombres a los cuales sirve e informa. El reportero conoce todos los casos y hace el comentario que se va a convertir en opinión.

¿Sabrá el recién llegado cuánta vida tiene entre sus manos, cuánta vida pasará por su corazón?

Lucha de soledades parece la existencia cuando un hombre está seco y no puede ya echarse al mar de los hombres sin nombre, cuando está atado a los conocidos, a los raquíticos cariños de dos o tres compañeros.

Buscó al nuevo reportero. Se lo señalaron dormido en un rincón, sobre un montón de periódicos viejos. Era posible que fuera buena entrada al mundo de la ciudad ese sueño que pesaba sobre el bloque de muchos días de noticias. Supo que era José Martínez, antiguo amigo, quien dormía sobre una tonelada de información, candidato a reportero.

El contacto con el nuevo compañero le fue difícil, incómodo. Martínez actuaba como desde una ávida cercanía cariñosa difícil de soportar. Era como un niño (así pensaba Américo Arlequín) ese Martínez, decidido a hacerse dulce y melindroso para obtener ayuda. Cierto que habían sido amigos de los tiempos universitarios. Cierto que Martínez concurría a las tertulias universitarias y a las

reuniones conspirativas, aunque no era estudiante, sino empleado de comercio, que era lo que había sido hasta que se había enredado en un fantástica y perversa historia de complicaciones.

Después de algunos días, Martínez quiso explicarse delante de Arlequín.

-A usted no le gusta lo que hago.

-Para hablarle francamente, ni me disgusta, ni me entusiasma.

-No creo que estaré mucho tiempo de periodista.

-Si le gustara no pensaría así.

-Nunca he estado mucho tiempo con nada. Ni siquiera con una mujer. -Estamos hablando del trabajo.

-Ya sé que es usted un hombre de pocas palabras. Sin embargo, ¿me dejaría hablar a mí? A veces hay necesidad de contar.

-Vaya conversando, mientras yo reviso la información.

-Es difícil. Desde hace mucho tiempo no converso con nadie. Y no sé por qué lo he escogido a usted para echarle esta vaina. Será porque lo recuerdo en las tertulias de juventud...

(Arlequín piensa en los días de antaño. Mientras caminaba las calles, el cielo del atardecer se le convertía en el más profundo mundo acuático; la vida estaba sumergida en el agua azul, en el brillante mar de la tarde; había escamas,

algas, madréporas, medusas, en torno a los pensamientos, en el aire. Arlequín era el pez más lujoso, el príncipe del agua profunda. Un pez con capa de locura y gestos románticos).

-Será porque no me ha preguntado nunca nada.

(Como animal que nada y atraviesa las zonas del mar, Arlequín baja hacia la plaza. El pétalo azul de una flor, sostenida entre los dedos del aire, vive en la penumbra de la tarde, camina el decorado, inicia nueva ceremonia).

-Esto de trabajar aquí es lo último que intento, la última vez que me doy esperanzas...

(Esa dulce luz de la orquídea abierta a la brisa vibra en el pecho del árbol como el grito de un pájaro, como la llama de un metal, como la campanilla que hace repiquetear el joven ayudante en la ceremonia sagrada).

-Ya estaba listo para dejarme morir..., para dejarme podrir..., cuando se me ocurrió que mi ilustre compañero del colegio, el director de este negocio, podía echarme un salvavidas -Y aquí está usted de reportero.

-Sin ninguna cualidad para serlo.

-Como tantos otros.

-Si supiera que pienso que este trabajo podía darme ganas de vivir.

-Mire, Martínez: yo soy muy poco amigo de escuchar confesiones. Sobre todo, porque me repugna ver cómo la gente se miente y se adorna y se consuela con las mismas

tonterías. Pero comprendo que, a veces, es necesario vomitar. Usted ha pasado por un momento difícil. Vomite. Yo le prestaré la menor atención posible, pero tenga en cuenta que tengo mucha memoria.

-Y no se acuerda de mí; de cuando yo asistía a las conversaciones de la Universidad...

-Si me acordaba, José Martínez. Ya sé.

(Arlequín se acuerda de sí mismo. Su voz de joven está ascendiendo al cielo hacia el otro gran pétalo del cielo, el que la ciudad sostiene sobre su cabeza como un palio y su canto va creando la noche cargada de frutos de oro, olorosa y brillante, ansiosa, como si respirara en fervoroso aliento la corteza de la luna, hostia cuyo camino va a correr serenamente sobre la piel del mundo).

-Difícil hablar sin interlocutor- dice Martínez.

-Diga "yo" y lo demás sale sin que usted se dé cuenta.

(Arlequín dice "yo" e inicia el espectáculo de una tarde hace ya muchos años. Esa mancha azul dormida en la sombra del árbol lo convierte en el personaje que dice la endecha de la tarde, la oda retórica al crepúsculo, el discurso que se deja a los pies de la última luz del sol).

-Gracioso eso que usted dice, pero...

-O no diga nada. Escriba. Invente un personaje para recitar lo que usted quiera.

(El joven Arlequín recitaba: El color de ese pétalo que tiembla en el viento es un adorno que la tarde ha dado al

árbol de mano a mano. -"Ponme como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre tu brazo"- y Arlequín siente que desde el pequeño territorio azul del pétalo viene una frase de oscuro brillo donde hay cáliz, hostia, vestiduras doradas, campana de plata que suena como un pájaro y viene desde los años infantiles como el recuerdo de un sueño enterrado entre el perfume de los malabares de su casa pueblerina).

-Usted es reportero. Hágase novelista. Es casi lo mismo, con la diferencia de que el reportero escribe su novela sobre un tema designado de antemano.

Cuando Arlequín puede colocar su relación con un ser humano en el plano literario ya puede estar tranquilo. Ha sido siempre, a lo largo de la vida, su método para zafarse de sí mismo. Alguna vez, en la juventud, fabricó la ceremonia en honor de la tarde, en honor de la oscura tierra untada de sombras y de estrellas, para responder a la secreta voz de Venezuela. Todo eso es lo que él llama "La Misa de Arlequín".

-Me acerco al altar de Dios- dice Arlequín.

Y otra voz suya se une al pétalo, al cielo, al trino de la campana, a la corteza de la luna:

-Del Dios que alegra mi juventud.

Se desdoble Arlequín en los disfraces de la madurez y de la adolescencia, en los oficios del sacerdote y del acólito, en los encajes y brillos de la vestidura sacerdotal y el rojo fulgor de la sotanilla del ayudante. Las dos imágenes establecen el diálogo sobre el sordo rumor de la tierra en trance de atardecer.

-Júzgame, Venezuela, y aparta mi causa de quienes te hicieron mal. Yo digo tu canto: el himno de mi origen que es tuyo. Si, para otras gentes, en el principio fue la palabra, en mi está, viva y redonda una burbuja inicial.

De allí vengo de ti de tu oscura fuerza que sostiene la redonda piel apenas brillante, viva como una mirada, hecha de un reflejo que apenas permite el roce de la brisa.

Para otras gentes en el principio fue la palabra. O la semilla. Aquí, para nosotros, tú nos diste la burbuja.

Del agua quieta y fuerte -sucia de fango poderoso surgió la ceremonia de la vida: nuestro fango adornado de todos los oros del mundo.

(Habla Arlequín y canta. Las voces que surgen de sus labios y caen en el aire azul vienen de la burbuja y de la tierra y del pétalo que tiembla entre los dedos de la tarde y es sello sobre el corazón, marca sobre la piel del árbol).

- ¿Por qué no escribe usted, Martínez?

(Ciertamente, ¿por qué no dibuja su angustiada indecisión en la imagen de un poema, en el párrafo de una novela, en la escena de una comedia?... Trasladar un caso humano cualquiera a la literatura es como llevarlo a convertirse en muchedumbre y establecer con él la vaga relación sentimental que puede hacerse con la ciudad. Si este Martínez quisiera perderse en la multitud que pasa frente a las vitrinas iluminadas, entra a los cines, compra una caja de cigarrillos, silba una canción, mira el cielo nocturno o forma parte de la gran muchedumbre, de los personajes literarios, los que lloran en la línea del poema, discuten en

el capítulo de la novela, toman una taza de café en la escena de la comedia. Si quisiera no molestar...)

-Supongo -ha dicho Martínez- que no estoy hecho para llevar una vida como la de los demás.

-Sería lamentable, Martínez. Es necesario ser como los demás. O separarse de todos y mirar. Sobre todo, no pedir ayuda nunca.

-Yo no hago otra cosa. Usted me acusa. Ruego al director; ruego a Américo Arlequín, Jefe de Redacción, como antes rogaba al gerente del almacén, a la secretaria del patrón. Tuve una mujer. Tengo dos hijos. El hogar...

-Yo soy casado... Y, a propósito del reportaje, Martínez; es la primera información que usted logra de veras. Hay que completar la historia de la sociedad de los "Amigos de Dios". ¿Por qué no se pone en contacto con alguno de los sacerdotes del Palacio Arzobispal? Sería conveniente saber la importancia que dan las autoridades eclesiásticas a esta especie de secta. Me parece que usted ha establecido una relación interesante con Luz Montero y con Juan de Dios Istúriz. ¿Quién es ese caballero a quien usted no nombra y aparece como tan cercano a Luz?

-Ese personaje no existe.

- ¿Y entonces?... Necesito información exacta. Periodismo es información.

-Ese personaje puedo ser yo.

- ¿Qué? ¡Ah, vaina, Martínez! Está usted resultando más complicado de lo que parece. ¿Usted está en relación con los "Amigos de Dios"?

-Soy un "Amigo de Dios".

-Raro que no lo haya visto nunca en la casa de Luz. Nacimos en el mismo pueblo Luz y yo. Es un sitio de magia y de sueño. Soy hermano de leche de Juan de Dios. O de otro Juan de Dios cualquiera.

El Relato de José Martínez

## AQUELLOS DIFICILES MOMENTOS

Que haya logrado de nuevo buenas relaciones de amistad con Américo Arlequín fue caso de sorprendente habilidad por mi parte. Era ese momento de mi vida muy difícil, sobre todo porque no me había acostumbrado a las condiciones de vida que resultaban de mi accidente.

Fui despedido de la Casa Stockel de acuerdo con una serie de conversaciones que David Stockel mismo tuvo -como jefe de empresa- con diversos miembros de mi familia. Con Francisco mi hermano-claro está- y con Betty, mi mujer. A mi nada se me decía, excepto que estaba expulsado, que no tenía cargo alguno. Se me negó la entrada al almacén, por supuesto. Yo gritaba, en cualquier momento absurdo, que se estaba robando mi derecho de trabajador, que se quería impedirme cobrar mis indemnizaciones de despido. Además, maquinaba encuentros con David o con otro de los directores de la Casa Stockel-mis antiguos compañeros-. Pero pretendía entrar en contacto con ellos en mitad de la calle, cuando subían al automóvil, de manera tan

escandalosa que me negaba de antemano cualquier probabilidad de que me escucharan.

Una vez me presenté a las puertas de la Casa Stockel a la madrugada. Guardo muy bien los recuerdos de esa época. Todavía quería ser un caballero; pretendía tratar ciertos asuntos con grave serenidad y, aún antes de que comenzara a insinuarse el momento en el cual iba a actuar, me llegaba un desgano terrible, la más violenta agresividad, la pereza, el deseo de no hacer otra cosa que adormilarme sobre los sueños que surgen del licor. Todo eso junto.

Una vez llegué a las puertas de la Casa Stockel en plena madrugada. Era una de esas horas donde se mezclan la luz de la luna y las primeras luces de la mañana en un cielo oscuro azul relumbrante. Cuando estoy muy borracho, siento estos acontecimientos del paisaje como si fueran sucesos personales; como si yo tuviera relación de amor con la luna, como si la brillante penumbra azul pudiera ser una forma de cariño, de pasión carnal dirigida hacia mí.

Absurda contradicción. Juego de idiota.

Cuando releo lo que llevo escrito no puedo menos que pensar cómo todo es un trueque de contradicciones.

Lo cierto es que aquella madrugada el portero de la Casa Stockel me encontró dormido en el quicio de la puerta y me envió a mi casa en un automóvil de alquiler. No hay para qué hablar más de ello.

Alguna vez dije que no sé quién soy que ignoro lo que significa la persona que tiene por nombre "yo". El encuentro con Américo Arlequín me sirvió, entre otras cosas, para saber que tampoco en eso podía considerarme

ser excepcional. Hay muchas personas que no saben lo que son. Si, en el caso mío, el "yo" parecía una mezcla confusa, en el de Arlequín era una muchedumbre que se extendía a lo largo del tiempo, a lo ancho de la tierra venezolana. Los resultados eran también distintos. Arlequín se aferraba a sus disfraces y vivía, a ratos, diversas existencias literarias. Por el contrario, mi espejo mohoso destruía las imágenes en vahos imprecisos. La memoria iba tomando muy vagas capacidades.

Una noche me dijo Arlequín:

-Le voy a pasar lo que llevo escrito de una novela que pretende ser la definición de mi vida. La definición de la vida, la expresión de mi manera de ver el mundo.

Leer esa novela (así la llama Arlequín) fue mucho tiempo mi única tarea. He reflexionado sobre ese texto. He repetido mis observaciones al autor:

-Literario. Literario. Si yo pudiera escribir así no lo haría. Claro que no puedo, pero no es esa la razón de que no me agrade. No. No debe usted permitirse tanto adorno, tanta palabrería, tanto inútil regodeo, tanto estarse sobando usted mismo, para decir pequeñeces grandilocuentes.

Ya sé que no es verdad. Las cosas que dice Arlequín no son siempre tonterías. Me divierte molestarlo. Ya sé que ha estado rompiéndose la cabeza año tras año peleando consigo mismo para aprovechar los retazos de tiempo que le deja el trabajo en el periódico- descontento de lo que va realizando en literatura y esa su "Misa de Arlequín" es como una acusación, como una venganza de quien no ha podido realizar lo que más desea.

Yo, mientras tanto, he llegado a ser libre. Nada me ata. Los hijos, la mujer -y, además, afortunadamente, Francisco mi hermano- son ya poco menos que sombras insignificantes. Pequeños motivos de angustia, voces que alguna vez me llaman desde territorios que he olvidado, cosas de escaso valor si las comparo con las que me fabrico para entretenerme entre trago y trago.

El hecho de leer la obra de Arlequín no me va a convertir en fabricante de embustes. Sé que estoy hundido en muy grave empresa de insistente menosprecio y bien seguro de que no voy a mejorar. He terminado con todas mis obligaciones, con todas mis responsabilidades. Tengo para mis los centavos que la familia ha considerado suficientes. Han repartido la pensión asignada por la Casa Stockel como les ha venido en gana. Francisco ha intervenido una vez más y me ha dejado una miseria; además, controla mis gastos; paga por mí el hotel y la comida. Pretende que, si tengo menos dinero, tendré también menos posibilidades para beber. Infeliz que no sabe cómo se hace lo que sea para lograr una copa.

Ya he abandonado cualquier actividad permanente y he comenzado a mendigar un poco. ¿Es posible que me divierta señalar este hecho? He llegado a la costumbre pordiosera con muy lenta aceptación. Primero fue lo de dejar a los amigos que pagaran por mí; luego lo de rogarles la invitación al trago; por fin, la de pedirles, simplemente, dinero. Si yo quisiera ir describiendo cómo fue esa lenta marcha hacia la desvergüenza, tendría que dibujar un complicado camino con vueltas y revueltas. Un querer retroceder, defender ciertos atisbos de honorabilidad. Decir que nada valía la pena por encima del goce burlón de afirmar que despreciaba a los demás tanto como a mí mismo. De todas maneras, ya estaba previsto el final en las

primeras actividades desordenadas; ya existía el desvergonzado goce en el primer instante decisivo.

Eso es lo cierto. Luego del incidente en el almacén de los Stockel, vinieron días de muy variada naturaleza. Tuve necesidad de esconderme, de ocultar en mi borrachera todo el oscuro placer que me había llevado a asegurar que mi cuerpo desnudo servía como demostración de algo.

Me consta que -dentro de un oscuro túnel de inconsciencias- hube de pasar por diferentes experiencias, hasta que -un día- me encontré en mi casa entre las sábanas frescas.

Un pequeño regreso.

Todos hablaban en voz baja. Creo que tenía fiebre y muy profundo y tembloroso dolor de cabeza. Cómo escapé de todo ello y cómo logré que aceptaran mi decisión de vivir solo, fue fino trabajo de astucia. Estoy cierto de que insulté a todos: a mi mujer, a mi hermano, a mi cuñada. A ellas las traté de prostitutas; al cretino Francisco de invertido y loco.

Logré hacerles entender que los odiaba y que me era insoportable su compañía. Creo que me catalogaron para siempre entre la gente cuya ausencia produce la más grata sensación de alivio.

Asomó Francisco la posibilidad de que un psiquiatra me examinara:

-Una consulta. Un test. Un encefalograma.

- ¿Cómo es eso? ¿Un dibujito de los pensamientos? ¿Una línea que explica lo que está dentro de la cabeza como las

curvas de las utilidades de la Casa Stockel? ¿Y por qué no te lo haces tú Francisco? ¿Por qué no te lo haces tú que estás podrido? ¿No te fijas cómo se te derrama la cochinateda en todas las palabras, sobre todo en las que no dices?

Me reía. Llegué a asustarlos a todos con el auténtico pavor que producen los locos. Provocaba llanto de los hijos, terribles inquietudes de la pobre Betty. Yo me reía. Les inventaba danzas y comedias, les gargarizaba ciertos sermones mezclados con trinos de pájaros. Era la más sabrosa tentación:

-Porque habréis de saber, hermano, esposa, cuñada, trui-trui-trui que en todo ser está siempre este que te que, las ganas de refocilarse con la hembra placentera. El hermano Francisco no es de Asís precisamente trui trui y saca la lengua, se moja los labios, aunque no es capaz siquiera de tener boca sino una rayita, igual que todos los imbéciles castrados. ¡Este que te que, invertido, mocososo, sucio de lagañas y del poco semen que es capaz de fabricar en sus dos mínimos testículos, encogidos! Testículos este que te qué.

Dentro del plan que consideraba seguro, me distraía en la empresa de romper sus maquinaciones con mis métodos más refinados. A veces, les bacía creer que me convencían, que me habían dominado, que me tenían entre sus manos, que ya habían logrado retenerme. Yo les fijaba las frases de un acuerdo. Marcaba una cifra no aceptable.

-Si me dejaran mil bolívares mensuales, me retiraría.

Francisco entraba a afirmar:

-La jubilación que te ha fijado la casa es de ochocientos.

- ¡Ah!, pero yo necesito, ustedes necesitan, todos necesitamos. Trui, trui. Mis deudas. Con ochocientos no se puede. Este que te qué. Tú podrías completar, Francisco...

- ¿Y tu casa? ¿No vas a sostener tu bogar?

-No. Lo vas a sostener tú, Francisco. Te sale más barato. Saca cuentas, como en el almacén de los Stockel. Saca cuentas. Has tenido que pagar muchas cosas... Si me voy para siempre, nada tendrías que pagar. Nos veríamos poco. No soy un buen ejemplo para los muchachos. Un loco peligroso. Si se me ocurriera repetir delante de ellos la escena donde demuestro que mi cuerpo desnudo es el razonamiento de la existencia de Dios y de la injusticia humana...

Francisco pesaba los inconvenientes y los buenos aspectos de mis pro- posiciones. Yo actuaba con la certeza de conocer exactamente cuándo le aterrizzaba el escándalo y cuánto dinero podía gastar él en sostener a mi familia. Es un cretino Francisco. Un idiota más estupidizado aún por su4 solemne intención de ser hombre respetable, correcto padre de familia, honrado jefe de hogar, hermano vigilante.

Logré vencerlo a medias y por corto tiempo. Se quedó con mis hijos, haciendo el papel de papá nuevo, subrayando todas las posibles diferencias que hay entre él y yo, diciendo por qué había sido necesario apartarme, pintándome con todas las palabras grotescas y añadiendo, sin embargo, sus "pobrecito, pobrecito". Lo contrario justamente de mis "este que te qué".

Mientras estábamos en estas discusiones, la amenaza de repetir el "accidente" de la Casa Stockel era señalada frecuentemente por mí; la demostración por el sexo de la

existencia de Dios y de la injusticia humana podría hacérsela de nuevo.

Francisco se enredaba con estas cosas. Sentía vagamente que mi inteligencia podía fraguar cualquiera pintoresca jugarreta. Y sentía-tal vez- que había en mi cierto fondo de honradez que podía haberme llevado a desvaríos, razonables, sin embargo, como puede ser razonable la locura.

Era muy ignorante Francisco-bastante más que yo, lo que no es poco decir- y tenía cierto respeto por los modos de pensar reservados a los filósofos y a los científicos.

Un día me dijo:

- ¿Pero tú crees que demostraste la existencia de Dios al desnudarte?

-Francisco, tú sabes que yo no creo en Dios.

Por fin aceptó las condiciones que yo proponía. Fue tan grande la sensación de alegre libertad provocada por la salida de esa casa que -lo confieso me desbordé. Fue como si sintiera necesario rebajar esa libertad hasta las más oscuras y ridículas formas de vivir.

Una noche, me desperté de mis torpezas tendido junto a una de las cloacas de la ciudad en compañía de seres que se me acercaban con degradante e irritable afán de sacarme dinero. Eran lo recuerdo muy bien- como una bandada voraz de peces o de gelatinas. Proponían cualquier forma de actividad -sexo, hambre, alcohol- para obtener de mi cualquier forma también de pobre goce miserable.

Tuve miedo al siguiente día y fue entonces cuando llegué, sin un céntimo, manchado de todos los sucios al periódico donde mi antiguo amigo el director del diario "Mañana" me señaló trabajo de reportero con Américo Arlequín.

Fue entonces cuando trabajé, cuando hice el reportaje sobre la sociedad "Amigos de Dios" y Luz Montero.

Fue entonces cuando Arlequín me entregó sus notas de novela.

Fue entonces, mi tiempo de la última ocupación, del último trabajo.

## **La novela de Arlequín**

### **ERA HIJO DE ROSARIO PAZ Y DE UN ITALIANO**

Américo Arlequín nació en el pueblo de Los Robles (Estado Miranda, de Venezuela) a comienzos del siglo XX. Era hijo de Rosario Paz-quien recitaba muy bien y tenía un álbum de versos empastado en terciopelo rojo- y de un italiano, de quien poco se ha logrado saber, porque desapareció muy pronto de la aldea donde había tomado sitio junto a Rosario la recitadora, como marido de un instante apenas marcado en un mínimo sitio del tiempo.

Los viejos que conversan al amparo de los laureles de la plaza de Los Robles, tuvieron por muerto a ese italiano de Rosario Paz tan pronto como se ausentó del pueblo ya la sombra de los laureles al mediodía o en la tertulia del atardecer o en la lenta conversación de los insomnios hablaban del difunto marido de Rosario, aun cuando hubiera sido igualmente probable suponer que todavía

anda por el mundo y extiende por lejanos caminos sus actividades de comerciante.

(Los viejos confunden muchas veces el recuerdo de las cosas que han visto con los cuentos, chismes e imaginaciones creados a lo largo de mil conversaciones fabricadas a la sombra de los laureles de la plaza.)

Lo cierto es que Rosario Paz nunca fue considerada como libre para casarse y el proyecto sólo el proyecto de nuevas bodas de Rosario, hubiera sido motivo de escándalo. Era viuda, evidentemente, de acuerdo con los dichos que dejan escapar, junto con el humo de sus cigarros, las desdentadas bocas de los viejos que charlan bajo los laureles, frente a la iglesia, en los bancos de madera carcomida; pero era una viuda que continuaba unida a la forma de un fantasma: el italiano Giacomo Arlequín.

Es posible -había alguien para afirmarlo- que Giacomo hubiera sido vendedor ambulante de los que llevan a los pueblos telas brillantes, collares, pulseras. También puede ser cierto que fuese "santero", dedicado al comercio de imágenes, novenas y medallas. (Luz Montero, la negra que dirige en Caracas las sociedades de los "Amigos de Dios", afirma que fue Giacomo quien le vendió la imagen del Gran Poder de Dios, cuya influencia en la vida de Luz fue decisiva.)

De igual manera es admisible la hipótesis de que perteneciese a un pequeño circo y se dedicase a manejar las marionetas (de donde podría venirle el mote de Arlequín) pero también puede que fuera solitario titiritero o uno de esos gitanos que llegan a las poblaciones con un pequeño mono y lo hacen bailar y tocar la pandereta en mitad de la

plaza. (Tal vez Rosario Paz se enamoró de él al mirarlo guiar las vueltas de la danza de un mono.)

Américo aceptaba una u otra leyenda e inventaba nuevas historias. Al- guna vez dijo que su padre había sido político anárquico y pacifista, desertor por razones de conciencia cuando la guerra del 14. (Ello resulta a todas luces absurdo, porque Américo nació antes de que la guerra comenzase, lo que prueba que Giacomo estaba ya fuera de Italia en el momento de la su- puesta deserción.)

También sucedió que un hablador -Arlequín mismo o su madre Rosario Paz, quien era aficionada a decir versos y leer novelas- asomara la posibilidad de una ascendencia ilustre que enraizaba a los Arlequín con la histórica familia Halekino o Alekin, raro nombre austríaco de nobles tiroleses, arruinados por los Savoia cuando la unificación de Italia. El padre de Américo había reaccionado a destiempo y de manera harto estafalaria con relación a esas complicaciones y acaso había sido el autor de una "carta pública" dirigida a la Princesa Mafalda cuando ésta nació, documento político en el cual se trataba a la augusta criatura como traidora e hija de traidor.

Américo no prefería en especial alguna de estas hipótesis. Las había escuchado todas, vagamente, como quien no pone atención. Se las habían contado en el tono entre misterioso y sonriente que las gentes se imponen cuando refieren historias que pueden ser consideradas como graves acontecimientos -si las toma en serio quien las oye- o como divertidas imaginaciones si quien las oye no les da importancia.

La madre de Américo Rosario Paz- contaba cualquiera de estas especies como si narrara un sueño. Decía que, en

determinado momento -no sabía cuándo; algún tiempo después del nacimiento de su hijo recibido carta de Italia firmada por su marido.

A pesar de que Rosario Paz fuera la persona más instruída de Los Robles, su conocimiento del italiano no era más que dos o tres frases que le había regalado su compañero. Tres frases que ella no se atrevía a repetir, porque temía que expresaran desenfadada pasión erótica. (Las repetía sola para sí misma en los diálogos de la melancolía.) Esa carta fue traducida (es un decir, porque el zapatero apenas sabía leer y su español era apenas inteligible) por el zapatero del pueblo cercano, el viejo Pagliatti, el que terminaba todas sus frases preguntando: "¿capito?, ¿capito?"

Rosario Paz había llevado aquella carta, apretada entre sus manos ansiosas desde Los Robles hasta el pueblo costero donde vivía Pagliatti. Iba la mujer unida a los pliegos enviados desde Italia, en la canoa que seguía el río manchado por la sangre de las raíces de los árboles gigantescos. A su regreso, la carta contenía el cuento que el zapatero recitaba mientras leía (o decía leer) el misterio de aquella misiva. (¿Capito? ¿capito, signorina? ¿capito?)

Rosario Paz repitió aquella historia enrevesada que se enredó más a través de sus palabras, a través de sus recuerdos. Había en la narración del zapatero (en la carta de Giacomo Arlequín) un relato de castillos, joyas, monedas, una aldea cubierta de nieve, una doncella asesinada.

Los viejos de Los Robles enfurecieron al escuchar lo que decía Rosario Paz. Aseguraron con encendida pasión que sólo era cierto lo que ellos habían visto o suponían recordar-: que Arlequín, marido momentáneo de Rosario,

era gitano de argolla en la oreja, vendedor de baratijas, santero que ofrecía imágenes en venta, manipulador de marionetas en las ferias pueblerinas.

Para Américo, quien recibió a lo largo de la vida todas y cada una de aquellas hipótesis e inventó luego muchas otras, todo ello era, apenas, formas de niebla en torno a la indefinida imagen paternal. Una cualquiera de las siluetas que se le presentaban como memoria del padre podía ser verdad, mentira o simple "tal vez" detenido entre las aguas de un sí o de un no. Lo único admitido, en definitiva, es que Américo era hijo de Rosario Paz y de un italiano desconocido-o muy diversamente conocido de quien se guardaba en Los Robles indeciso recuerdo. La carta que recibió la madre podía ser considerada como novelesco ardid para obtener dinero, triquiñuela inventada para que la abandonada mujer enviara a su marido el precio de un sueño.

A pesar de que Américo sabía la poca consistencia de todas esas narraciones, acomodaba gustosamente su imaginación a esta clase de cuentos y muchas veces se consideró personificación de su antecesor de vida turbulenta (poderoso guerrero, señor de una aldea en la nevada montaña donde aúllan los lobos y una doncella muere asesinada) y, al momento siguiente, pudo sentir su vida unida a un mono que toca la pandereta en mitad de la plaza de un poblado pequeño que revienta de sol. También podía imaginarse listo para escribir un panfleto contra los Savoia.

Américo era hijo de Rosario Paz y de aquel italiano - Giacomo Arlequín, hombre de ferias o de circos o de más simple comercio caminante- quien pasó por Los Robles como sombra de sueño, arrastrado muy pronto al fondo de

los olvidos, de donde había mandado un escrito que decía la historia de castillos, joyas, monedas, heroísmo, una doncella asesinada, carta donde se pedía dinero para recuperar el tesoro enterrado por un antiguo Halekimo, allá en la aldea de la nevada montaña donde aúllan los lobos.

Le agradaba a Américo cambiar a su gusto los datos de las leyendas inventadas. Si aceptaba que un abuelo podía ser noble tirolés Halekimo, igual podía sentirse imagen de un pintor del Renacimiento, amigo de Sandro Botticelli, asistente al Triunfo de Amor de Simonetta Vespucci, amante -lejano enamorado, es cierto, pero finamente encendido de pasión dama veneciana que fue rojo adorno de la vida de un Médicis.

Si aceptaba que un abuelo podía ser noble tirolés Halekimo, también podía ser camarada de un navegante descubridor de mundos capaz de encontrar en los caminos del cielo guía segura para los caminos del mar, "estrellero" experto en distinguir la forma de las constelaciones y sus espejos (los que guarda el alma de los hombres y se copian sobre el verde lomo de las aguas profundas) o amigo de un tirano capitán de bandidos al servicio del Papa.

En lo inseguro podía caber cualquier seguridad.

La familia materna se inventaba también, aunque sobre ellas existieran datos fidedignos en los registros de la Jefatura y en las palabras de las gentes.

Américo tenía los labios gruesos, la piel morena y ello había de ser resultado de que, junto a brillantes figuras de marinos, caballeros, poetas, frailes, pintores o guerreros, se movían allá en los oscuros caminos del tiempo, en las

penumbras del olvido la danza de un negro y las tres notas dulces del caracol que un indio hace sonar.

Américo sabía inventarse vidas y vivirlas.

Cuando el niño Arlequín -hijo de Giacomo y Rosario- mira la plaza de Los Robles desde la ventana de la casa donde nació, sus manos aprietan los hierros de la reja. El perfil de sus dedos agarrados a los balaustres forma dos caras que sostienen un diálogo. Mano frente a mano, dos pequeños rostros blancos conversan. De la intimidad de la sala llega la voz de la madre que dice versos o frases de novela: "Mientras más torturado y abatido el corazón del hombre es más sincero" o "Esta noche nos batiremos en los jardines de Luxemburgo."

Ya entonces surgían dentro del niño las imágenes que formaban su realidad.

La plaza era un jardín suntuoso, la iglesia era un palacio, el movimiento de una rama entre la brisa igual a la tortura de un sincero corazón o al gesto de un ángel que roza con su espada de plata la oscura fuente que corre por los flancos de una mujer. (Más tarde, cuando conoció a Luz Montero, supo que, en los sueños de la negra que dirigía los "Amigos de Dios", había ángeles que tocaban con sus espadas la carne de la mujer.)

Le agradaba disfrazarse y disfrazar las cosas.

Bastaba para ese juego de los disfraces una mínima serie de instrumentos: una cinta, un papel, su voluntad. A veces, ni siquiera tenía que esforzarse en pensar: lo invadían formas extrañas a su propio querer. Se disfrazaban sus manos sin que él pusiera nada de su parte y se ponían a conversar,

sujeta cada una a uno de los barrotes de la ventana, convertidas en caras de viejos que cuentan la historia de un titiritero que hizo bailar aquí, en la plaza de Los Robles, un mono vestido de rojo que tocaba la pandereta y pedía monedas.

Un trozo de cinta podía ser un río, una serpiente, la lengua de un ahorcado. Jugaba con una cuerda y ésta se convertía en una letra, en un animal, en el cariño que se tiene a la madre, en ganas de comer, en el grito que se da a Juan de Dios para que venga a compartir el juego, en los verdes ojos de Genoveva la vecina.

El gato era el gato, naturalmente, pero también era un tigre enorme, de los que tienen la piel con vetas negras y amarillas y podía ser también un castillo, un elefante, un barco, una persona a quien se quiere mucho (Mariana o Juan de Dios o Genoveva). El pececito de la pileta del patio podía ser, además de rojo pez, viva flecha colorada que se clava en el verde corazón del agua (verde como los ojos de Genoveva) monstruo de colmillo voraz, sirena de las que se acercan a los barcos para enloquecer a los marineros. Podía ser también el pétalo de una rosa.

La madre de Arlequín era señora digna, triste y angustiada. Su zozobra esencial la ausencia del marido estaba presente en los quehaceres de la casa, en las tareas que hacía junto con la negra Mariana. Arlequín miraba a veces a su madre como una duquesa que iba a ser guillotínada y su hijo la salvaría y quedaba herido, muerto quizás, en agonía suficientemente larga para decir: "Madre, ¡me muero!"

Sentir eso era triste y apasionante. Sólo por orgullo podía soportar la dolorosa ansiedad de lo que imaginaba, igual que dominaba por orgullo el miedo al gato-tigre y por

orgullosa voluntad de triunfo era pirata victorioso ("¡Al abordaje, compañero!") o ladrón que corría las escaleras de un hotel apretando entre los dedos el encendido collar de una señora o general que entra a la ciudadela al frente de una revolución y apenas mira las gentes que gritan la gloria de su nombre.

Le agradaba disfrazarse (¿o era que multitud de disfraces demostraban interés en su amistad y tomaban parte en su existencia?) y gozaba al notar cómo también las cosas y las gentes, los animales y los árboles, el aire, el río y sus reflejos, la sombra y los brillos, se disfrazaban en torno suyo.

Era un caballo la cama o un barco o el trono de los Reyes de España. Una espía hermosísima podía estar mezclada a sus historias. Entre sus sueños era posible encontrar a una grave profunda mujer a la que, por doloroso sentido del deber, era necesario matar; Américo daba la orden al pelotón de fusilamiento y sufría por la muerte de la enemiga. (¡Dolor, dolor, amor, Genoveva, ojos verdes!)

Le agradaba disfrazarse y echar sobre las cosas y las gentes sombras y

máscaras.

Su costumbre de amistad con las mentiras y los sueños se prolongó a lo largo de la mocedad, lo acompañó en los pasos de la madurez, se extendió en una imagen más allá de las costas de la Muerte.

## **La novela de Arlequín**

### **SU PRIMER DISFRAZ: EL DE ASESINO**

Su primer disfraz fue de asesino.

Era culpable-vagamente culpable, pero, a fin de cuentas, todo es vago en el mundo de las imágenes y de las leyendas- por el hecho de que su padre hubiera desaparecido.

Apenas fue cierto que Américo iba a nacer- cuando Rosario sintió los primeros movimientos del hijo y dijo al marido la seguridad del nacimiento- el padre se colocó en la zona de lo que no está presente.

Cuando ya era seguro que Américo iba a nacer, desapareció el italiano Giacomo Arlequín y su figura de hombre se perdió entre cuentos y olvidos. Por eso la madre había quedado seca de leche, angustiada, triste de su unión a una voz que decía tres o cuatro palabras de significado apasionante. Por eso había sido necesario inventar historias donde andaban mezcladas la imagen de un gitano con su arete en la oreja; la figura de un caballero que -desde un lejano paisaje de nieves- lucha con los lobos, encuentra el cadáver de una doncella, escribe un panfleto contra los Reyes de Italia; el personaje de un estafador que solicita dinero para recuperar un tesoro.

Su primer disfraz fue de asesino y su primera aventura- su primer camino hacia las gentes que rodeaban la casa y entraban en ella- era la búsqueda de un pecho.

Américo cree recordar. Tras los barrotes de la ventana, un pozo de luz: la plaza de Los Robles. Sus manos apretadas a los balaustres de hierro. Su cuerpo. ¡Tantas cosas! Puede

recordar la fiebre, la sábana mil veces refrescada. El contacto de la encendida piel con las manos de la madre. La presentación de las cosas para el aprendizaje de los nombres. Las palabras de la madre. La canción del aya negra. El baño. El sueño. El hambre. ¿Podría recordar el pecho de la nodriza, mirar su redonda teta de negra y el duro pezón rico de leche?

La ausencia del padre su partida hacia el mundo de lo que no está presente había secado en la madre las fuentes de la leche. Por eso estaba en el fondo de los olvidos, en la materia pura anterior al primer recuerdo, la presencia de una negra: Mariana, la que ofrece el pezón en lugar de la madre y figuras de negras cantos, juegos, risas se mueven entre las primeras luces, en los rincones donde apenas llega la mirada en torno a la figura melancólica de la madre seca.

El haber provocado por su disfraz de asesino la desaparición del padre -gitano del mono, caballero de la doncella asesinada, estafador que ofrece el brillo de un tesoro mentiroso, político responsable de un panfleto anarquista- Américo tuvo cerca a Mariana la del pezón generoso, la madre de Juan de Dios, el "hermano de leche", el amigo moreno, el que brincaba como un mono como el mono de Giacomo en los juegos de la infancia.

Otro de los primeros disfraces de Américo fue el de sepulturero, el de sagrado enterrador de muñecos.

Era ya desaparecida experiencia este disfraz de sepulturero, cuando se le hizo presente y lo angustió apasionadamente, como si estuviera cargado de profundo significado. Un pequeño acontecimiento, brillante entre las penumbras, los murmullos, los versos de la madre triste y las canciones de la madre negra, entre el roce de las manos

de la recitadora y los brincos de Juan de Dios, el amigo moreno.

Como muchos sucesos de su vida, había surgido del olvido con el apoyo de ajenas historias. Narciso Espejo había contado una pintoresca anécdota de su propia adolescencia y, en seguida, Américo se había encontrado metido en el lejano juego del disfraz de enterrador.

En la tertulia de los camaradas universitarios, Narciso Espejo relató cómo, cuando estudiaba en el colegio de los jesuitas, donde se había educado, había robado una hostia consagrada.

(Robo -decía Narciso- aunque lo cierto era que había sacado la hostia de su boca y la había metido en su bolsillo. Robo -decía Narciso- cuando lo que había hecho era sustituir el acto sagrado de la comunión por un acto simple y corriente que hacía de la hostia un objeto perteneciente al mundo de las cosas habituales.)

Durante la clase de Química -contaba Narciso- había mostrado al amigo Juan Ruiz la redonda luna bendecida: allí estaba el Cordero, la víctima del sacrificio, el cuerpo de Cristo, metido en el bolsillo de Narciso, junto al pañuelo sucio, mezclado a una cuerda y un trompo y una metra de cristal.

Cuando escuchó estas historias, Américo pensó en el incidente que había olvidado y le llegaba de una vez, cuajado de angustia.

De niño, Américo había celebrado una ceremonia mortuoria, un "velorio de niño", como los que celebraban las gentes de Los Robles, como los que convocaba el negro

Rigoberto en su rancho, en redor de la imagen del niño Jesús. (Un niño Jesús vestido de sedas y de oros, un Niño Jesús propiedad del negro Rigoberto, quien lo ofrecía en espectáculo cada vez que se presentaba la ocasión, para realizar en torno a la imagen los cantos y gestos del Mampulorio y las recitaciones de las folías.)

La ceremonia que celebró Américo establecía copia de los velorios organizados por Rigo.

(Al negro Rigoberto lo llamaban Rigo para no gastar muchas sílabas. Era negro tristón, callado; un hombre de esos cuyas palabras admiran siempre un poco; como si se creyera que debía chillar como pájaros o ladrar o saltar, simplemente, en salto de oscuro insecto que extiende en el aire sus alas de acero; un hombre poderoso de magias el negro Rigoberto.)

La ceremonia que celebró el pequeño Arlequín tenía relación con los velorios de Rigo. Como en las reuniones del negro Rigoberto-donde se fabricaba la rueda de la conversación, el diálogo de las coplas y las recitaciones- el niño Arlequín dijo sus frases de verso, sus puntas de canción.

Lo acompañaba en su juego Juan de Dios, el muchacho que tenía su rancho a mitad de la montaña, del otro lado del río, el hijo de Mariana, la negra que le había dado su leche a Américo, cuando la madre quedó seca por la angustia y la soledad. Juan de Dios y Américo estaban unidos en la comunidad de la blanca gota que sorbieron del gordo seno redondo de Mariana; eran "hermanos de leche" y compañeros, de la misma manera que las madres estaban juntas en las tareas de la casa, de la cocina, de las compras. Estuvo presente Juan de Dios en el juego del velorio,

cuando el niño Arlequín enterró el muñeco de porcelana (velorio igual a los que el negro Rigo celebraba, pero añadido de la auténtica ceremonia de la sepultura). Es posible que Juan de Dios enterrara también ese día otro día cualquiera en la misma sesión de juego-o en nueva ceremonia parecida- el pececito rojo de la pileta del patio, el que podía ser tiburón o sirena, pétalo de rosa o movimiento de brasa viva, llama que cruzaba el agua verde de la pileta y había amanecido con la plata del vientre inflamada al aire, con la escama dulce y brillante en la rigidez de la muerte, bajo la luz primerade la mañana.

Es posible que Juan de Dios hubiera querido enterrar a Tiburcio (en la casa llamaban Tiburcio al pequeño pez rojo) al mismo tiempo que Américo celebraba el velorio del muñeco, pero ciertamente fue Arlequín quien dirigió los cantos y recitaciones como en el rancho del negro Rigoberto.

(Esos movimientos y conversadas palabras se realizan sin meditación -hágalos un niño o pertenezcan a la invención de un adulto y sucede que el rito se va formando en torno a quien lo vive y los gestos parecen luego aprendidos y obligatorios. Con el mismo sentido ritual de su velorio -de imitación de misterios realizó Arlequín muchos actos de su existencia: el amor, ciertamente y también las sesiones de la sociedad de los "Amigos de Dios", donde brillaban y se retorcían las plegarias de Luz Montero y temblaban los cantos de Cara de Piedra, con su mezcla de rumba y tantum ergo. Por fin, toda la vida fue para él ceremonia y rito, de acuerdo con el dictado de un espectáculo anterior, el que celebró con el muñeco de porcelana a la manera de los velorios del negro Rigoberto y consideró su experiencia sobre la tierra como el desarrollo de la obra titulada "La Misa de Arlequín".)

Cuando Narciso Espejo contó, en la tertulia de camaradas universitarios, que una vez había escondido en su bolsillo la delgada rueda de harina sagrada, Arlequín recordó (y le vino el recuerdo como oscura ansiedad) que había enterrado al lado de la palizada que limitaba su corral, entre el olor de las diamelas y del jazmín malabar el muñeco de porcelana que había pertenecido a su madre. A la historia de la hostia robada, respondió Arlequín con su cuento del entierro del muñeco.

Dijo:

-Siempre me ha gustado enterrar cosas. De niño, enterré ese muñeco. Era como si enterrara la infancia de mi madre, el sitio del tiempo donde nos encontrábamos ella y yo. Para el niño, ese muñeco era el amor de la madre y lo enterré junto a la palizada, entre el olor de las diamelas y el jazmín malabar.

Se enredaba Arlequín al hablar de aquel "velorio de muñeco". Le producía ansiedad ese recuerdo como si lo hubiera sacado de muy profundas tierras, como si estuviera cavando una vez más bajo los jazmineros y el muñeco enterrado fuera él mismo, la forma de su sexo, disfrazado con el disfraz definitivo de la tierra, hundido en la Muerte y en la madre fecunda.

Arlequín se enredaba. Su recuerdo infantil lo conmovía. El disfraz de niño enterrador encargado de la sagrada ceremonia mortuoria, le caía encima de los hombros como el más lujoso ornamento sacerdotal.

Ya era mozo de juventud plena cuando escuchó el cuento de Narciso Espejo en la tertulia de los camaradas y ni siquiera lo sorprendió la ilógica correspondencia que se

produjo entre el cuento de la hostia robada y su entierro de muñeco. La hostia de Narciso -pequeña luna de mínima blancura- pasaba de una a otra infancia (mezclaba la madre, el hermano de leche, el amigo de la ciudad) y corría por la aventura del niño campesino que daba sepultura a un muñeco (igual que corre la luna por la noche, sobre las montañas y sobre el mar) para regresar escondida por los nerviosos dedos infantiles, en el bolsillo, junto al pañuelo sucio, junto a los elementos de los juegos: una metra, una cuerda, el trompo, una caja de fósforos.

La hostia de Narciso hacía nacer el olvidado recuerdo de Arlequín, tendido hacia la tierra, hundiendo el muñeco de porcelana en el hueco que había hecho en el oscuro barro perfumado con el perfume de la diamela y del jazmín; un hueco que era, en cierta manera, forma de vagina maternal, igual que el muñeco podía ser, en cierta manera, forma e imagen de su propio sexo. Cerca estaba la figura de Juan de Dios, el que repitió la ceremonia del enterramiento con la escama de brasa del pececito de la pileta y todo-lo del muñeco y lo del pez- de acuerdo con el rito de los velorios de Rigoberto y en absurda relación con la aventura mística de un adolescente llamado Narciso Espejo, inquieto de milagros y de prodigios.

Se enredaba Arlequín. Era su vida entera aquel recuerdo. Su vida entera aquel olvido.

## **La novela de Arlequín**

### **PARA LLEGAR A LA CEREMONIA DEL ATARDECER**

Américo Arlequín pasó a la ciudad en circunstancias fabricadas por el azar y la soledad. De pronto, no hubo nadie en torno suyo. Nadie cercano. Pero algunas gentes - el cura, tal vez, o el boticario o el amo del abasto o un vago amigo de la familia- los empujaron hacia una casa, hacia un colegio donde sólo había sitios que no eran suyos, sitios su cama, el pupitre donde escribía que podían ser suyos de muy distinta manera a lo que llamaba suyo cuando estaba en su casa de Los Robles. No hubo de pronto- madre ni una negra como Mariana para cantar y relatar leyendas ni un Juan de Dios para inventar los juegos del pececito muerto y del entierro conforme a los ritos del negro Rigoberto. No hubo las voces de los hombres que regresaban del trabajo y formaban tertulia en los bancos de la plaza, bajo las ramas de los laureles.

Hubo eso sí gentes que indicaban, mostraban, señalaban. En el lugar de Mariana estaba un profesor de historia; en el lugar de la madre (de los poemas del álbum) un maestro que decía cómo se fabricaba la frase de acuerdo con la sintaxis.

Nada de particular, un muchacho que crece y estudia. Un muchacho a quien envían desde su pueblo llamado Los Robles a la ciudad, Caracas.

Pero lo cierto fue que Américo Arlequín andaba siempre con sus disfraces y sus ideas. En el colegio había curas que daban a la vida nuevas formas para los juegos de Arlequín.

La misa. El incienso. Las simples ceremonias para cantar las glorias de la Virgen. Nada de particular.

Nada de particular, si no se diera el caso de que Américo inventó nuevos mundos y se enredó en las historias y en los cantos para adornarse con ellos como antes se adornaba los dedos con cintas de color y ponía sus manos en el diálogo de los barrotes de la ventana.

Fue creciendo. Nada de particular. Como cualquier muchacho. Sólo que Américo vivía entre disfraces y cuando le contaban cómo estaba hecha la coraza de un insecto, inventaba para sí una defensa metálica como para un caballero poeta semejante a la del verde moscardón que se hunde entre los pétalos para ensuciarse la nariz con los oros de la flor.

Podría ser narrado el hecho de que pasó de unas casas a otras, de uno a otro Colegio y a la Universidad de acuerdo con las órdenes de un dinero que llegaba por diversos personajes, hasta que un día fue paga de un trabajo. Américo Arlequín, en sus veinte años, era ya ciudadano, con cercana experiencia de ritos y lecciones tras de los cuales continuaban vivos los recuerdos del pueblo.

Mientras caminaba las calles de la ciudad se le hacía el cielo del atardecer el más profundo mundo acuático: la vida estaba sumergida en el agua azul, en el brillante mar de la tarde; había escamas, algas, madréporas, medusas en torno a los pensamientos, en el aire.

Arlequín era el pez más lujoso, el príncipe del agua profunda. Un pez con capa de locura y gestos románticos, semejante al rojo y rápido Tiburcio, para quien antaño hizo Juan de Dios ceremonias de velorio y enterramiento.

Como animal que nada y atraviesa las zonas del mar, Arlequín baja hacia la plaza. El pétalo azul de una flor, sostenida entre los dedos del aire, vivo en la penumbra de la tarde, cambia el decorado imaginario, inicia nueva ceremonia.

Esa dulce luz de la orquídea abierta a la brisa vibra en el pecho del árbol como el grito de un pájaro, como la llama de un metal, como la campanilla que hace repiquetear el joven ayudante en la ceremonia sagrada.

La voz de Arlequín asciende hacia el cielo -hacia el otro gran pétalo del cielo, el que la ciudad sostiene sobre su cabeza como un palio-y su canto va creando la noche cargada de frutos de oro, olorosa y brillante, ansiosa, como si respirara en fervoroso aliento la escondida certeza de la luna, hostia cuyo camino corre serenamente sobre la piel del mundo y mezcla paisajes diversos, diversos sueños, infancias distintas.

Arlequín inicia su espectáculo. Esa mancha azul dormida en la sombra de un árbol (como la conversación de los viejos se duerme bajo los laureles de la plaza de Los Robles) lo convierte en el personaje que dice la endecha de la tarde, la oda retórica al crepúsculo, el discurso que se deja a los pies de la última luz del sol.

El color de ese pétalo que tiembla en el viento es un adorno que la tarde ha dado al árbol de mano a mano (¡Ponme como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre tu brazo!) y Arlequín siente que, desde el pequeño territorio azul de la flor viene una frase de oscuro brillo donde hay cáliz, hostia, vestiduras doradas, campana de plata que suena como un pájaro y llega desde los años niños con el

recuerdo de un muñeco enterrado entre el perfume de los malabares.

La ceremonia se fabrica en honor de la tarde, en honor de la oscura tierra untada de sombras y de estrellas, para responder a la secreta voz de Venezuela.

Dice Arlequín:

-Me acerco al altar de Dios.

Y otra voz suya se une al pétalo, al cielo, al trino de la campana, a la certeza de la luna:

-Del Dios que alegra mi juventud.

Se desdobra Arlequín en los disfraces de la madurez y de la adolescencia en los oficios de sacerdote y ayudante, en los encajes y brillos de la vestidura sacerdotal y el rojo fulgor de la sotanilla del acólito -pez en la pileta del incienso. Las dos imágenes establecen el diálogo sobre el sordo rumor de la tierra en trance de atardecer.

-Júzgame, Venezuela, y aparta mi causa de quienes te hicieron mal. Yo digo tu canto: el himno de mi origen que es tuyo.

-Si, para otras gentes, en el principio fue la palabra, en mí, las pala- bras buscan la forma de una burbuja inicial.

-De allí vengo de ti- de tu oscura fuerza que sostiene la redonda piel apenas brillante, viva como una mirada, hecha de un reflejo que apenas permite el roce de la brisa.

-Para otras gentes, en el principio fue la palabra o la semilla. Aquí, para nosotros, tú nos diste la burbuja.

-Del agua quieta y fuerte -sucia de fango poderoso surgió la ceremonia de la Vida: nuestro fango adornado de todos los oros del mundo.

Habla Arlequín y canta. Las voces que surgen de sus labios y caen en el aire azul vienen de la burbuja y de la tierra y del pétalo que tiembla entre los dedos de la tarde y es sello sobre el corazón, marca sobre la piel del árbol.

La tarde está pesada como si contuviera jugos de borracheras litúrgicas, vino de una misa cuyo sentido escapa de los dedos del sacerdote. La vestidura es falsa. El texto aprendido. Pero la ceremonia se realiza y Arlequín canta ante las puertas de la noche.

Propietario de todos los gestos de amor por la tierra donde nació se acerca a los habituales compañeros -Narciso Espejo, Juan Ruiz, Antonio Olivo, José Martínez, Luis Mendoza.

Está lleno de sombra azul. En momentos como éste produce tristeza, fabrica dentro de su cuerpo algo semejante a la ternura, devuelve al mundo el azul crepuscular, siente como disuelven los ríos de sus venas finos aceites melancólicos.

En la compañía de los camaradas ha perdido el texto sagrado de la tarde. Ahora está solo. Alguien -Olivo, Espejo, Vargas- habla a su lado, pero esas voces son un ruido más de la ciudad, un movimiento más entre los pasos de la muchedumbre, semejante al grito de un pregonero que chilla su inútil aviso (lotería, periódicos, algo para comer).

Arlequín está unido al crepúsculo por la tristeza y por la soledad. Desnudo de todo disfraz.

La vida pasa en torno suyo como el ballet donde algunas figuras marcan el ritmo de una melodía. Láminas que interfieren su relación profunda con la tierra donde nació. La gente de la ciudad, los compañeros -Vargas, Olivo, Espejo, Ruiz-lo separan de lo esencial: la tierra. Sabe que siempre habrá pantallas y ecos que vienen de otra parte y luchan con la sombría imagen brillante, con la burbuja inicial.

Está triste hasta el momento de escuchar lo que ha dicho a su lado este Narciso Espejo- o Ruiz, o Vargas, o Martínez- hasta que encuentra otro antiguo disfraz, otro texto sagrado.

Arlequín escucha:

-Mi alma os ha cortado a su medida.

Ávidamente coge para sí el antiguo poema, el antiguo eco que es también suyo. La mujer a quien amó Garcilaso reclina la cabeza sobre el pecho de Arlequín; al nivel de su corazón, la boca de la Amada repite lentamente la línea poética: "Yo no nací sino para quereros".

-Pásame el libro, Narciso.

Es grato comenzar a leer el soneto, decir las antiguas palabras:

"Yo no nací sino para quereros;

mi alma os ha cortado a su medida.

Por vos nací, por vos tengo la vida,  
por vos he de morir y por vos muero."

Hay un Arlequín que sostiene el libro de Garcilaso ("¡Qué buen caballero era! Si Garcilaso viviera yo sería su escudero"), cuya alma ha usado las tijeras para fabricar las medidas de la amada. Entre las manos de Arlequín el libro es el doble brillo de los aceros que se cruzan como ávidos cuchillos dóciles, para cortar la silueta de la mujer a la medida del hombre.

En tejido de sedas, de brocados suntuosos, de fino encaje de oro, se hace la figura de la Amada sobre el deseo de Arlequín poeta, nacido para quererla.

Arlequín es el amor de esta mujer a quien da la estatura de su espíritu. Garcilaso lo dijo hace ya muchos siglos y Arlequín crea de nuevo las líneas del soneto. Es soldado y poeta con un alma-amor a cuyo límite se fija la imagen querida de una mujer.

La soledad, la tristeza, la desnudez de hace un instante, la pasión de la burbuja y el diálogo de sacerdote y acólito ante el crepúsculo, el himno. a la primera oscuridad de la tierra, se han cambiado en el amor que da vida y procura muerte inevitable.

-Murió en Niza, Garcilaso -dice Arlequín-, guerreando al servicio de Carlos Emperador. Su fantasma no molesta a los turistas que hoy calientan sus cuerpos bajo el sol de la Costa Azul.

Garcilaso y su verso.

Aquella línea lírica es el ordenamiento de una escena, la exacta definición de una posibilidad, la frontera perfecta de la vida. Arlequín Garcilaso nació para querer a una mujer que está reclinada sobre su corazón y tiene la forma de su alma; en ella cabe la vida como en el traje cortado por el sastre más hábil. El hombre se cubre con los materiales de amor que le convienen. Arlequín está vestido de soneto, ceñido por el amor para el cual nació, por el cual va a morir.

Como las tijeras que cortan las medidas del amor y de la amada, cierra el libro. Ha muerto el personaje Garcilaso Arlequín. Es cínico y vulgar el hombre que va a hablar entre bostezos, el responsable de la muerte del poeta.

-Nadie iguala a estos dulces Garcilasos como fabricantes de porno- grafías... Si buscáramos una mujer... aunque no fuera completamente a la medida.

Y se va por las calles, entre los camaradas.

Allá arriba, por encima de las luces de la ciudad, la noche parece extraña, lejana y la tierra de donde surgió Arlequín -hostia, cáliz, burbuja, marca sobre el corazón, sello sobre la piel- lo inquieta con el poder de una frase olvidada.

Diversos disfraces le vienen de la sombra. Indio vencido. Rey Negro Miguel. También (y ¿por qué no? ¿No hay la historia del hombre que hacía bailar un mono en la plaza de Los Robles?) amigo de Dante Alighieri. Pero de igual manera sirven las formas de la vida corriente, el disfraz que puede ser elevado sin llamar la atención. Al salir de la Universidad se ha disfrazado de estudiante que sale de la Universidad. Fuma y silba una canción y mira la calle como si fueran falsos su silbido, su humo, su mirada. Es una mentira la realidad mentirosa. Está inventando el

personaje que los demás miran y lo representa con exacta naturalidad.

Se va diciendo a sí mismo:

-La tarde. La tierra americana. Va cayendo la sombra y las estrellas de oro señalan hoy igual que hace varios siglos los caminos del mar y de la selva, los caminos de Juan el estrellero, de Miguel el esclavo, de Arlequín el estudiante, del indio vencido, los caminos de Garcilaso y de su verso: "Yo no nací sino para quereros".

Alguien Olivo, Vargas, Espejo, Ruiz- habla a su lado. En la ceiba de la esquina un lucero se quema, furiosamente ávido de sí mismo. Caminos y disfraces que la noche fabrica para que Arlequín los examine. Ninguno es bueno para él ahora. Está disfrazado de estudiante que fuma y mira un lucero entre las ramas de la ceiba.

-Soy Arlequín, hombre simple y joven que mira las estrellas y silba una canción. Ni siquiera sé quién soy, tierra de cobre y de dolor. Arlequín el disfraz, el reflejo de la estrella en la burbuja apenas viva. La oscura noche sobre la tierra oscura y mía es apenas, mi capa de comediante. Soy Arlequín y camino las calles de mi ciudad y abro las puertas de la noche. Alegría de vivir este sitio, esta carne, este aire. Ritornelos antiguos. Sonetos de soldado poeta muerto al servicio de Carlos Emperador.

Alguien habla:

- ¡Arlequín!

Una mujer lo llama. Figura de penumbra, brillo de burbuja, frívolo sonido de un brazalete, luz azul en la sombra de un árbol.

-Mi alma os ha cortado a su medida.

En la entraña morada del cielo corren otras voces sobre las voces de la ciudad y otras luces se encienden para señalar infinitas relaciones de brasa. Estrella, foco eléctrico, un anillo dorado, una mirada.

Arlequín se detiene ante la mujer. Está solo frente a ella. Una burbuja sin contenido en cuya redonda, delgada superficie se pintan los reflejos de la ciudad que se alza de la tierra hacia el cielo maduro.

Arlequín abre las puertas de la noche. Solo, junto a una mujer. Solo, en la compañía de los alegres camaradas.

## **La novela de Arlequín**

### **ENTRE LAS ROJAS CORTINAS DEL TELON**

Arlequín entra a escena alguna vez como si se designara a sí mismo la personalización de la agudeza y de la picardía.

Ha asomado la cabeza entre las dos cortinas rojas del telón. Ha sonreído con la mueca precisa que muestra el filo blanco de los dientes. Su brazo aparta la púrpura teatral; su salto su pirueta- finaliza en la caída de una cortés genuflexión.

El personaje reúne en su aspecto sorprendentes contrastes: espadín de hombre de acción, remiendos de seda para el vestido de un príncipe pordiosero. En la vulgaridad de un

chiste va el comienzo de una frase poética. Canta fina copla. Sobre las cuerdas del bandolín hace sonar la antigua melodía que dibuja ritmos de travesura y melindre. Si dice una cuita sentimental hay en su comentario la reserva de una pequeña astucia, de un mohín o de una sentencia que dejan entrever sombras de burla.

Arlequín hace juego de apariencias al cual da su exacto valor. No se trata de echarse a llorar, a temblar, a reír; se trata, solamente, de hacer los gestos convencionales para indicar determinada situación. Otro gesto dirá en seguida la duda. Negará la sinceridad. Hará sonar sobre las cuerdas la nota de la ironía.

Igual puede mirarse su reverencia con la intención del respeto cortesano o como la marca de la adoración religiosa. Lo mismo que Arlequín lo ha hecho, se inclinan el sacerdote para cumplir el rito y el adulador que fabrica agasajos para el poderoso. Ha bastado el añadido de una sonrisa para que lo que podía ser ceremonia se convierta en burlona pantomima. Ya había -es evidente un grano sarcástico en la genuflexión.

Arlequín puede luego cantar una romanza, decir el cuarteto del triste amor. Puede afirmar su cercanía por el poeta que expresa su cariño hacia cierta mujer a quien llama con el nombre de Muerte, señora semejante a cualquiera de las alegres damas que parlotean de amor, dulce niña a quien ama con pasión que se mueve en las alas de oro de una llama, de una caliente flor, de una hoja mordida en sus orillas por la rosada boca del otoño.

Arlequín es entonces muy severo poeta para el cual la Amada no puede ser jamás el simple goce de una aventura; su deseo se hace razonamiento y es la razón quien dice

con sus labios de plata el fuego del Amor. Ya se presiente en la canción el concepto que ha de lograr en otras obras Arlequín Alighieri: "Ben è con quella donna quello Amore lo cual mi face andar casi piangendo". Ella es el paraíso antes de que el poeta ande los caminos de la Selva Oscura en el medio de la Vida y al lado de Ella está el amor que lo hace andar así, llorando.

Amigo de menudas disquisiciones, Arlequín. Y de mezclar diversas sustancias contradictorias. Al más melancólico y fino decir puede añadirse una vulgaridad, un eructo, una alusión a los excrementos. Se puede pensar en Dios como el fuego más puro del corazón del hombre y juntar esa imagen con la del acto sexual. Romper todo concepto de pureza al colocar ambos materiales (Dios y sexo) en el terreno de la picardía o en los retruécanos de un chiste para adolescentes curiosos, de inocente perversidad. El vuelo hacia la divinidad, igual que el impulso de amor, se destruyen enredados en el arabesco de una payasada.

En caminos de poesía marchaba Arlequín con el amor que hacía andar a Alighieri "así llorando" y en la imagen del grato verso del poeta que fue capaz de correr los círculos del Infierno y del Paraíso, le ha caído la tonta cuarteta de un clérigo travieso y vicioso, aprendida en la confidencia de algún compañero de colegio, mientras ambos esperaban el turno para una partida de billar:

"Acúsome, Padre, de un mal pensamiento que en las Ursulinas me inspiró Satán, al ver en el vasto jardín del Convento pasearse una monja con el capellán".

La estúpida frivolidad de la cuarteta no esconde el hecho lamentable de cómo dos seres destinados a la plegaria, a la cercana contemplación de Dios, se encuentren, en un

momento de inquietud, privados de la relación divina, encendidos en sus cuerpos por los rubores del deseo, decididos en un instante de sorpresiva ansiedad a cubrir la imagen venerada con la encendida explosión de su desnudez.

Piensa estas cosas Arlequín y está presente -hoy como hace mil años: monje medioeval acosado de súcubos frenéticos, seminarista masturbador enloquecido de indeciso frenesí- en la terrible conversión del éxtasis de la lujuria.

Como el santo varón de antaño-un Fray Arlequín venido a tierras de Indias para la conquista de almas y la aventura del espíritu- Arlequín siente el trueque de la unión con Dios por la furiosa locura de su cuerpo y por la encandilada visión de todas las desnudeces del mundo.

Fray Arlequín, santo varón de cilicio y penitencia, ardido en la tentación de las mozas morenas amigas de la mar. "Era india bozal, más bien dispuesta..." Fray Arlequín está unido a una antigua sombra de humano color de barro que encendió la oscura noche del alma cuando el sonsonete de la oración se hizo canto lírico y ansioso alarido de hambre y de llanto, de lengua y de diente; cuando la flecha del espíritu fue ansiedad de la piel y los nervios, de las vísceras y la boca.

Una escena para hacer reír, para hacer llorar, para sonreír tristemente, alegremente, con menospreciativo sarcasmo, por la absurda condición contradictoria del ser humano, esa del aprendiz de santidad, capaz -en un mínimo trozo de tiempo equivalente acaso al que se gasta en suspirar- de romper lo que fabricó durante largos años: el olvido de su cuerpo. Empeñado -durante un segundo de brasa- en la tarea de borrar la eternidad (es decir, lo que quiso hacer

eterno) y vivir este minuto de terrible intensidad, de idiota locura incandescente, para quemar en ese instante todos los sueños de pureza.

Fray Arlequín venía a tierras de América a fabricar la ciudad de Dios, a luchar contra los falsos dioses, a colocar en el lugar de los dragones de piedra el sereno orden de la cruz, a mostrar a las paganas muchedumbres el camino del dolor y de la renunciación.

Fray Arlequín de ojos que sólo miraban los pasos de Cristo sobre la tierra. Fray Arlequín como un ejemplo de dura serenidad entre la violencia y la grosera ambición de los soldados castellanos.

Y de pronto (¿cuál yerba mágica, cuál sutil veneno, cuál poción de terrible poder llegó a su entraña?) la india bozal fue el camino de todos los demonios y Fray Arlequín bailó la danza de la aceptada abyección. ¡Cómo rieron los bravos soldados ante los pasos de su inocente y rastrera perversidad y cómo quedaron llenos de pavor cuando, al siguiente día, encontraron el cuerpo todavía tibio de Fray Arlequín colgado de un árbol de frutos de oro que todavía no tenía nombre cristiano! Las espinas del cilicio le rompían la garganta.

Divertido y gozoso Arlequín cuando termina el personaje que surge del tonto retintín de los versos escuchados en la confidencia de la misteriosa conversación entre adolescentes: la caricatura del desvergonzado y trágico instante que desquicia el sentido de una vida; ese vaivén de la voluntad que pretendió fabricar un ángel y lo convirtió luego en bestia de sollozo y de grito.

"Acúsome, Padre, de un mal pensamiento..."

El impuro cadáver de Fray Arlequín se balancea en la horca de un árbol maravilloso-manzanas de oro perfumado cuyo nombre no ha sido inventado todavía por la boca de los soldados de Castilla.

Cuando Arlequín actor ha terminado de crear la experiencia del fraile fracasado por razones de celo bestial, otra imagen ocupa el sitio de su presente.

Es Arlequín -sólo Arlequín- en el escenario que las gentes miran. Vive el fingimiento de una situación que le ha sido ofrecida (¿por quién?, ¿por cuál recuerdo?, ¿por cuál olvido?, ¿por el color azul de la flor o del crepúsculo?, ¿por la frase que habla de la hostia y la luna?, ¿por la Amada de Garcilaso o por la que hace andar a Dante "así, llorando"?, ¿por el verso idiota del clérigo vicioso o por la línea pura del romance que cantan y recitan los negros en sus velorios y en sus folías?). Acepta su situación y su espectáculo, su misa y su ballet. Explica a alguna crédula espectadora que su arte es sólo de mentira y fingimiento: todo es movimiento aprendido, como los pasos de la danza, como el texto que recita el comediante, como los himnos sagrados que cantan el sacerdote y el acólito.

Las gentes lo toman en serio. Señora hay para discutir que ha visto el brillo de una lágrima sobre la pintada mejilla de Arlequín comediante. El personaje dice:

-No distingues, Madama, entre la imitación perfecta y la imperfecta realidad. Es posible que el llanto verdadero no encuentre lágrima tan exacta como la que sabe dejar rodar el gracioso Arlequín. Tan perfecta esa lágrima que no es necesario enjuagarla para contar una historia de risa o pasar a un exagerado desbarajuste de histérica grosería. La misma líquida perla puede significar (si tú, señora, así lo

deseas) el éxtasis admirativo ante la belleza humana o divina, la aceptación del poder de Dios o de César, la imagen de la luz sobre el agua empozada o la sombra de la tarde sobre un pétalo. -Madama, Arlequín tiene los mismos problemas que tú. Ha aprendido a provocar las apariencias, pero es tan ignorante como cualquier otro mortal ante la sinceridad. Del escenario se le ha corrido a la vida la facultad de mimo y danzarín, de actor y recitante. Me he sentido obligado a ser mis personajes. He repetido siempre un texto.

-Escucha, por ejemplo, el relato del indio vencido. Está también en tí desde que la maestra te contaba la lección de historia americana. El indio vencido dejaba su palabra; relataba su cuento de dolor y desesperanza; una narración titulada: "El destino es un dios olvidado".

## **La novela de Arlequín**

### **EL DESTINO ES UN DIOS OLVIDADO**

Echado en la estera de finas fibras, quieto entre los lienzos que le trajo Bravo el servidor, indio Arlequín revisa sus recuerdos, se recoge en las huellas de su propia existencia, se esconde en los rincones de su infancia y su juventud.

Las imágenes de los dioses lo acompañan con absoluta claridad, como si escuchara aún las palabras de los ancianos que guiaban sus primeros pasos sobre la tierra, como si mirara los gestos de los sacerdotes, la mano, tinta en sangre de los sacrificios, tendida hacia las figuras sagradas: plumas del viento, piedra azul del agua, lengua roja del fuego, esmeralda inquieta y nerviosa del lagarto ancestral.

Todos esos signos vuelven a ser netos y perfectos, como si nunca los hubiera olvidado, como si hubieran sido almendra permanente de la vida y no adorno del pensamiento, línea inventada por el eco de las voces respetadas.

No ha podido dormir durante mucho tiempo, aunque tampoco puede afirmar que está despierto. Tal vez le han dado a beber el zumo de las yerbas que pesa en el hueco de los ojos y detrás de la cabeza. El dolor que le ha dejado la tortura le hace imposible lo mismo el descanso que la actividad y así ha pasado muchos días adormilado y, sin embargo, listo para observar exactamente las sombras que se acercan desde el oscuro mundo en el cual cae su peso.

Hace unas semanas vino Bravo, el servidor que fue siempre guardián seguro, amigo, hermano tal vez, hijo de la sierva a quien gustaba adornarse de plumas, la que sabía cocinar ungüentos y preparar los platos delicados; la que a veces era llamada a compartir el lecho del padre.

Bravo vino a lavar su cuerpo, a cuidarlo. Trajo vestidos, agua, una pequeña jarra llena de caldo donde la madre había cocido las yerbas y las tierras que cierran las heridas y evitan que la carne del hombre se convierta en podredumbre: el remedio que hace limpia y sana la piel adolorida.

Bravo lo lavó minuciosamente mientras le decía palabras de rabia y le aseguraba para pronto el regreso al ejercicio del poder, al derecho a pronunciar las palabras que crean hechos. Lo alentaba diciendo que nadie ordena lavar a un prisionero para darlo luego a la muerte, que no se hace limpio y fresco un cuerpo si se quiere romperlo y entregarlo

a las fuerzas de la noche, a las alas y las garras que engendra la sombra.

Pensó replicar a estos razonamientos. Decir que ni él ni Bravo sabían nada de las costumbres de los vencedores y que nada se oponía a que éstos pudiesen creer conveniente dejar puro de toda suciedad un cuerpo y hasta adornarlo con los colores y los brillos de diversos barro, de plumas y metales distintos, con la intención de ofrecer así una lujosa víctima a aquel dios absurdo formado por dos trozos de madera cruzados.

Eso quiso decir, pero no llegó al esfuerzo necesario para formar las palabras. Se limitó a sonreír y a quejarse un poquito, cuando Bravo, al pasar por su carne el paño húmedo, rozaba sin querer los bordes de la herida inflamada, con la flor amarilla del pus sobre la roja hendidura donde la sangre se había secado.

Era una dolorosa quemadura la que brotaba del sitio roto (un poco más abajo de la tetilla izquierda, como en un intento de abrir el camino de la fuente roja) y tenía que morderse la lengua para no gritar perdón ni chillar las incoherencias que suelen soltar los hombres cuando se les castiga la emponzoñada carne.

Bravo decía:

-Grita. No importa. Es tu servidor y tu amigo el único que te escucha. Te juro que los enemigos pagarán todo. Al que te vejó ayer -el vestido color de tabaco, el que parece ser guardián del dios hecho de palos cruzados- le voy a arrancar el corazón y lo quemaré ante el Gran Lagarto. Pero antes va a sufrir con los trocitos de oro entre las uñas, con la espina del cardón en la orilla de los ojos. Va a caminar

sobre las brasas antes de que le quiebre el espinazo. Va a llorar.

A Arlequín le parecían triviales las razones de Bravo. Ninguna importancia podía dar a esas palabras de honrado macho que saborea su venganza y la muerde entre los colmillos.

Cuando ya estuvo fresco por el contacto de los paños húmedos, habló a Bravo con vago cariño: le dijo que estaban todos a la merced de los enemigos vencedores y que sólo se podía esperar resultados diversos en cuanto fuera la cólera o fuera la compasión la que dirigiera los actos de los extranjeros que ocupaban la ciudad.

Dijo Arlequín:

-Recuerda el Canto del Vieto y de la Lluvia. Habla con Fino el alfarero que ha hecho para mí la figura en barro adornada de piedras azules. Él sabe que lo que está sucediendo es inevitable. Desde hace mucho tiempo, los sacerdotes repiten que la victoria acompañará a los que vienen del lado de la aurora. Los extranjeros tienen el color de la mañana, cuando las nubes tapan el sol.

Bravo enfureció; dijo, seco y respetuoso y triste:

-Los cantos antiguos sólo tienen fuerza cuando los hombres pierden la voluntad. Cuando el corazón flaquea, el pensamiento inventa canciones.

Bravo mordía sus frases de hombre rabioso mientras hacía las reverencias de la despedida.

Arlequín jefe herido y prisionero quedó en la penumbra del calabozo, entre los lienzos húmedos y tibios. Siente el calor de fuera como una manta más sobre la piel. Está fatigado y sereno como si su espíritu estuviera detenido apenas por el límite de la carne, por la delgada materia oscura que cubre los músculos. Bajo las uñas pálidas y amarillentas, cierto frío indeciso.

Piensa que va a morir. No le inquieta la idea de la Muerte. Está seguro ahora de que morirá serenamente y de que su pueblo recordará a lo largo de las generaciones las palabras y los gestos que compondrán los instantes de su agonía. Las gentes morenas unirán esos momentos a las leyendas sagradas. Recitarán el cuento de su despedida como parte de los poemas que narran el nacimiento de la nación y la creación de la ciudad. Las palabras que diga mientras luchan entre sus huesos los pájaros de la Muerte y las llamas de la Vida, serán semejantes a las que relatan las hazañas de los dioses antiguos y el encuentro con el Gran Lagarto.

Piensa que va a morir el prisionero Arlequín y se prepara. Inventa el sonido de su adiós; los gestos últimos y definitivos. Los alzarán sobre su muerte como una tela suspendida en la brisa de la tarde, entre los fuegos del crepúsculo.

Quiere pensar en las diversas formas que pudieran dar a su muerte. Si los pálidos enemigos razonaran de manera semejante a la que tiene el pueblo moreno para considerar estos negocios, su muerte sería la que tantas veces ha ordenado dar a los jefes vencidos en guerra. El sacerdote (en este caso, el del sayal color de tabaco) abriría de un tajo una buena puerta noble para sacar el corazón y quemarlo en honor del Gran Lagarto, el que tiene pluma y escama,

rabo y ágiles patas y lengua erguida y ojo vigilante. Para el caso de los vencedores de hoy, el Dios sería nada más los dos trocitos de madera: un pequeño dios, terrible y oscuro en su insignificancia.

Pero podría suceder cosa distinta. Hay pueblos que fabrican con su crueldad ritos violentos, juegos de sangre y atropello; gentes para las que la Muerte debe ser dolorosa y degradante, llena de brillos rojos y de negra ansiedad; pueblos para los cuales la Muerte es la Gran Prostituta, la que pide el precio de un hombre y espera seca, dura, enemiga, sonriente, su victoria sobre los deseos, la evidencia del sacrificio derramada sobre su vientre fulgurante, gozosamente intacto y exigente.

Podría suceder que los vencedores quisieran ofrecer un espectáculo, una fiesta, un gran juego, una ceremonia ritual, a sus guerreros cansados. Podría suceder que presentaran al vencido como víctima y le hundieran muy despacio en el costado una lanza calentada sobre los carbones del Templo.

Hace algún día comenzaron algo parecido a esto.

Arlequín guarda aún viva la herida, roja como el fruto del cardón, que señala el sitio donde nace la sangre. Cuando acercaron la lanza al lugar del corazón, se abrió la carne angustiada para sorber aquella terrible punzada de dolor y de asco. Cree que sostuvo la mirada con serena altivez para echar su desprecio sobre quienes le causaban daño tan poco noble. Seguramente es cierto. Si no hubiera actuado como jefe merecedor de respeto, Bravo no habría venido a cuidarlo y a demostrar ante él su rabia como sólo se hace entre amigos.

(Los extranjeros discutieron, al parecer, el método de tortura aplicable a un jefe vencido. No continuaron ese primer intento. No sabe Arlequín si consideraron execrable ese sistema o poco cargado de dolor o incompatible con la condición de guerrero y magistrado. Ha creído comprender que los extranjeros suponen que a uno de sus dioses lo hicieron sufrir antes de morir el suplicio de la lanza; ha querido comprender que ese dios es el mismo cuyo signo se encierra en los dos trozos de madera).

Arlequín vencido y prisionero piensa en las diversas frases que ha de decir ante las diversas formas de su muerte.

Cree que sabrá morir. Duda si ha vivido también de manera ejemplar. Desearía que su obra de gobernante el acueducto de la ciudad, la organización del taller de cerámicas, los estatutos de los que trabajan la piedra, la colección de los viejos cánticos y el orden de las figuras de los dioses y de los antepasados, la fijación de los precios en los mercados y en las ferias fuera respetada de igual manera que su última voz.

Está tranquilo y cansado.

Después de los cuidados que Bravo le hiciera han ido desapareciendo las imágenes que pasaban de la certeza del sueño a la incierta sombra de la vigilia a medias: la piedra azul del agua, las lenguas del fuego, las plumas del viento, la escama del Lagarto que se pinta de fango, han terminado su camino en el pensamiento de Arlequín vencido.

También han desaparecido aquellas peludas figuras de monos que jugaban con tizones y hacían bailar entre sus largos dedos negros una piedra encendida; los monos de risa estridente que mostraban, sostenida en la punta de un

hilo, la candela de un cristal, repleto de luz como la plaza entera en día de mercado, como el lago en la tarde, como el cielo en el oro del sol, como una gota de agua en el filo de una hoja, como una brasa, como un cristal cualquiera.

Está cansado el vencido Arlequín. Casi feliz, a veces. Diría gustosamente algunos de los antiguos cánticos, pero las palabras se le escapan de la boca y sólo dice viento, agua, piedra, arena, mientras piensa en la ciudad primitiva, la que los antepasados fundaron al lado de la laguna, en el sitio donde se congregaban los lagartos verdes en torno a la gran esmeralda del Lagarto ancestral.

Cuando Bravo vino a lavar sus heridas en la prisión, le habló de venganza y de triunfo. Su descanso soñoliento fue despejándose de las figuras de los dioses, de los inquietos demonios de la fiebre, de los monos saltarines que jugaban con las luces del mundo y eran burla y dolor dentro de su propio cuerpo destrozado.

No sabe Arlequín cuanto tiempo ha pasado entre la penumbra del sueño mientras su carne iba cerrando la entrada que abrió el hierro de la lanza.

De una noche cualquiera de su cansancio surgió de pronto una rabiosa flor de gritos, un ardiente flechazo de algazara.

Parecía que en algún barrio lejano (a su entender, donde se reúnen los comerciantes del sur, los que venden plumas y colmillos de fieras y las piedras verdes donde se esculpen los lagartos de los collares sacerdotales; los que ofrecen venenos de serpientes y diversos aceites y yerbas que curan o enferman) se había iniciado una gran fiesta, una intensa reunión de las que hacen correr en el aire la voz del pueblo, adornada de brillos como un pájaro, como un plato de

cerámica, como un montón de frutas, como una lluvia de estrellas, como una piedra de fuego caída en las aguas de la noche.

Creyó entender Arlequín vencido que se había iniciado una gran fiesta y que, probablemente, la tumultuosa alegría de los vendedores había degenerado en riña y clamor. (Los hombres del Sur suelen hacer desagradables escenas de embriaguez y desorden cuando vienen a la ciudad a vender sus misterios y a llevarse el recuerdo de una noche. Discuten y hablan los del Sur; no entienden la medida de los de la ciudad; no saben sacar el cuchillo en silencio y herir sin hablar).

Como en correspondencia secreta con el ruido de fuera, la prisión se pobló de movimientos y de susurros y de choque de hierros. La fiesta (se alegró el corazón de Arlequín vencido por primera vez desde hacía mucho tiempo y se hizo duro su sentimiento) era en realidad combate y los vencedores extranjeros estaban inquietos de miedo y zozobra. Se oía el grito de sus armas; corrían los guardas de un lado a otro según órdenes distintas. El guerrero que tiene en la cara pelos rojos de mono se detuvo ante la puerta de la celda y dijo a Arlequín:

-Mírame bien. Para que me conozcas y puedas decir que nunca te causé daño.

Voces y luces ocuparon durante mucho tiempo el mundo. Había incendios (parpadeaba un resplandor de llama hasta en la sombra de la celda) y la grito crecía y se desparramaba para alzarse de nuevo en lejanos sitios. Fue mucho tiempo como una gran hoguera de calor y de ruido que luego se desmenuzó en fogones aislados. Hacia la madrugada, sólo

hubo como una pequeña llama que creciera aquí y allá entre la ceniza de la quietud.

Con la primera luz del día llegó la calma. Un silencio tan grande que en él cabía en un mínimo sitio de su enorme callar la caída de una gota de agua. Daba sed aquello.

Pronto se acercaron pasos de gente armada. Los invasores gritaban de nuevo, pero ya no había choque ni combate; apenas, de cuando en cuando, un suspiro de dolor, un ay frenado por la voluntad. En su angustiada ansia, Arlequín se enorgullece al saber que su pueblo sabe callar el filo de su rabia para clavarlo de una vez en la odiada gente. Una voz apenas más alta que la conversación entre amigos, dice que ha muerto un extranjero. Arlequín aguza el oído para el rumor de fuera, como esfuerza los ojos para tener la débil lumbre que es el eco de la mañana entre las paredes de su calabozo.

Los guerreros enemigos regresaban a la prisión. Entre la seguridad de las paredes usaban sus palabras como si dejaran en libertad los animales de su altanería y empujaban con su voz, con sus manos, a los que ya no se les oponían. Dos hombres fueron entrados violentamente a la celda de Arlequín.

Un poco más tarde, la voz de Fino -el artesano que hace las jarras de tierra colorada- pintó en la memoria su figura.

Dijo Fino:

-Estamos vencidos.

Natural que fuera la palabra de un hombre como Fino la que afirmara verdad tan evidente, verdad que alguien

quería negar. Debía de ser mozo enredado en sus primeros juegos de guerra el que respondió:

-Está vencido siempre el que acepta su derrota.

Fino insistió tranquilo:

-Digo vencidos. No muertos.

Fino sabe hablar; por algo recita los antiguos poemas mientras sus dedos dan al barro las formas de las jarras y de los platos que colorea con dibujos eternos: con los signos de los dioses.

Ante la puerta, iluminada por una gran llama, se detuvo el enemigo que parece un mono rojo. Con la mano derecha tocó su frente, su pecho, el hombro izquierdo, el hombro derecho como si se cubriera con la absurda imagen de ese objeto que ellos adoran: los dos palos cruzados. Miró hacia adentro; escudriñó la celda donde apenas se distinguían las tres sombras tiradas en el suelo. Los nuevos prisioneros tenían olor de tristeza sangrienta, de sudoroso dolor. El mono rojo escupió; soltó alguna injuria, se fue entre sus hierros. Quedaron las tres sombras vencidas.

- ¿Qué ha pasado? -preguntó Arlequín. Fino comprendió quién preguntaba.

-Sucedió, Señor, que nos olvidamos un instante de que somos esclavos vencidos.

-Yo soy guerrero -dijo la otra sombra y moriré en combate para tener derecho a volar entre la luz del sol. Además, ¿por qué le dices "señor"?

Y respondió Fino:

-Porque es nuestro único Señor.

Una gran tristeza oscura llenó la oscuridad de la celda. El corazón de los heridos sonaba junto con la lejana gota de agua en la quietud de la cárcel, en el silencio de la ciudad.

-Perdón, perdón. No sabía dijo- el guerrero.

-Ya no hay señor- dijo Arlequín.

-No todos creen igual- insistió la voz joven.

Era el más amargo reproche. El mozo no aceptaba que Arlequín se negara a sí mismo y pretendiera dejar vacío su sitio. Cuando Arlequín preguntó por Bravo, la voz joven contestó con desagrado:

-Peleando estuvo, como todos. Listo para morir, como todos. Por creer que hay un Señor.

-Yo estoy herido y prisionero- dijo Arlequín.

-Bravo está muerto. Pero fue jefe una hora y esa hora la victoria fue nuestra y tuvo tiempo Bravo para ofrecer al Gran Lagarto el corazón del guardián del Dios extranjero, el que se atrevió a insultarte. Llevó al hombrecito del sayal pardo hasta el altar del Lagarto. Ahora, Bravo está muerto y ya se apoyan en su cuerpo los pájaros que gustan de la podredumbre. Lo han colgado en mitad de la plaza.

Fino interrumpió:

-Extraños estos hombres. No han celebrado sacrificios. Rompen, des- trozan, avergüenzan, exponen los cadáveres en la plaza.

-Estamos solos. Las ciudades amigas se han rendido.

-Necesitamos un jefe. Un jefe verdadero. El que sepa vencer desde la orilla de la Muerte.

Arlequín concedió:

-Mi voluntad está quebrada por la angustia y por la incertidumbre.

-Señala sucesor.

-No sé cuál de mis hermanos está vivo. Tendría que consultar con los' ancianos.

Por fin entró luz en la celda. Saludó Arlequín a Fino y éste le respondió en su máscara de cansancio, con sonrisa clavada junto a la marca roja de una herida. El artesano fabricaba algo entre sus dedos. A su lado estaba el joven guerrero, dormido al parecer, con muchas manchas de sangre y de golpes y una línea sangrienta en la frente.

- ¿Qué haces, Fino? -preguntó Arlequín.

-Hago una figura con tierra y saliva y un poco de sangre: el Gran Lagarto.

- ¿Cómo se llama el joven?

-Pájaro me llamo- dijo el que fingía dormir- y cuando muera en combate, volaré entre la luz del sol junto a Bravo mi jefe. Mi Señor.

Bravo está muerto. Fino y Pájaro y los otros- cuyos nombres no existen- han sido colocados debajo de la tierra o en los nichos oscuros de las prisiones o en las ignoradas tareas que no admiten revueltas ni gritos.

Arlequín, en cambio, ha sido trasladado a los lujosos departamentos del palacio que puede seguir teniendo como suyo. Ha vuelto a dirigir las ceremonias oficiales y juzga los asuntos y litigios como antes de la llegada de los extranjeros, pero, cuando actúa y decide, uno de los jefes vencedores está presente y es necesario comunicarle en su lengua un resumen del asunto tratado y de la decisión. El extranjero podrá oponerse si considera injusta la sentencia.

En realidad, el representante de los invasores ha ejercido pocas veces ese derecho. Es hombre curioso de las costumbres de los vencidos, cuidadoso de señalar las diferencias entre lo que estima justo el pueblo moreno y los usos del país de donde vinieron ellos, los extraños.

Se comprenden bien Arlequín vencido y el testigo de los vencedores; es raro que éste pida explicaciones de un texto a los traductores que anuncian el resultado de las deliberaciones. Arlequín vencido es, solamente, un intérprete más respetado que los otros. Tiene derecho a una pequeña reverencia.

Momentos hay para el respetado intérprete en los que la vergüenza le calienta las orejas y siente como si se detuviera su sangre. Le molesta la certeza de estar vivo, de comer, de

dormir, de haber llegado a pedir una mujer para sus noches.

(Se ha creído poderoso en el instante del amor, dueño de la oscura tierra humilde de la ocasional compañera -capaz, ella también de otro poder oscuro en la común comedia de la embustera ternura. Engañados los dos por el espectáculo de darse uno al otro como si fueran libres).

Está vivo. Siente asco de sí mismo porque está vivo. Ayer sorprendió su propia risa al escuchar un chiste del capitán de los guardias extranjeros -el de los rojos pelos de mono- y sintió bochorno, náusea de haber reído.

Sabe que la Muerte -una de esas tantas muertes que pudo imaginar como lección, ejemplo y leyenda de su pueblo- sería el único gesto que arreglaría la insignificante existencia que ha aceptado. Pero sabe también que ya no podrá escoger muerte alguna.

Ha sido perezoso y cobarde.

Todavía en raros momentos de esperanza desea creer que sabrá decidir la hora de su solemne desaparición. Cuando un hombre se desprecia a sí mismo, el efímero encuentro con una forma de esperanza es el engaño que le permite soportarse un poco más, siempre un poco más.

Hace algunos días le vino la idea de que la mujer que le conceden como compañera una de las que fuera sirvienta del Palacio, caída luego en prostituta de los soldados extranjeros, amarga y sonriente de rencor porque la han golpeado como a un perro vagabundo pudiera quedar preñada de un oscuro hijo para quien la vida sería nada más

que odio y desprecio. Casi insoportable esa terrible posibilidad.

Sin embargo, aunque asediado por todos los fantasmas de la vergüenza y de la tristeza, Arlequín vencido retarda el instante de su muerte voluntaria. Se defiende de sí mismo diciéndose que sólo ha de morir cuando haya examinado los acontecimientos que produjeron su aparatosa caída desde el brillante sitio del poder a la sucia realidad de la derrota.

Ha obtenido una flecha envenenada y la guarda siempre al alcance de la mano como indispensable apoyo, como señal de rango. Cuando despide a la mujer cuyo goce le conceden, coloca la flecha a su lado, en el sitio que ha dejado libre la amarga prostituta que lo acompaña en el amor. Allí queda la flecha, esposa delgadísima, con su carga de sueño en la afilada cabeza. Como si señalara el centro de su ansiedad, el agujón se acerca a la marca que adorna el costado de Arlequín, a la ya cerrada puerta de su corazón. Es una uña sagrada tinta en sangre, igual al gesto de los sacerdotes que señalaban las figuras sagradas: pluma del viento, piedra azul del agua, viva lengua del fuego, esmeralda inquieta del Lagarto ancestral.

Echado en la estera, Arlequín vencido revisa sus recuerdos, se recoge en las huellas de su propia existencia. Como cualquiera otro de sus dioses olvidados, su destino de gloria no significa más que un adorno de piedra. La forma verdadera de la vida es una palabra extranjera obligatoria y vergonzosa.

## **La novela de Arlequín**

### **EL DESTINO, EL AZAR, EL TIEMPO...**

Le agrada esta historia a Arlequín. Es este cuento -dice- una manera de existir sobre la tierra americana; una manera de entender la vida, también y también un disfraz, un bello disfraz entre los que Arlequín utiliza: el disfraz de indio vencido, el disfraz de hombre que olvidó su destino.

Se la repite a sí mismo Arlequín esa historia del indio que destruye su poder y se contenta con las migajas que le ofrece el extranjero vencedor. Así hubo indios ladinos en la lucha de la conquista, los que miraron su destino quebrado, roto, olvidado como los antiguos dioses que son sólo adornada piedra.

¿El destino? -se pregunta Arlequín. Ese posible Arlequín indio- jefe azteca, quechua, chibcha, cumanagoto, vencido por las gentes de Castilla, humillado por los sacerdotes de la Cruz -¿tenía ciertamente un destino glorioso, una muerte de dios?, ¿por qué no aceptar, por el contrario, que su destino era el de olvidar la Muerte, el de aceptar su oficio de traductor y de letrado al servicio de los extranjeros?

Ordenar los acontecimientos de una vida, dar sentido de destino a una existencia, puede ser valadero cuando alguien como Arlequín se inventa una experiencia y la recita. En el relato del jefe indio vencido estaba organizada una forma de vida más verdadera que la vida misma. Existió ese indio -el que olvidó sus dioses, su destino y su muerte- porque Arlequín lo vive y recita su historia mientras se desviste, se lava, conversa a solas bajo la luz amarilla de su cuarto. Una entre muchas historias propias

y personales -experiencias auténticas de Américo Arlequín- la del disfraz de indio vencido.

Arlequín ha vivido siempre como disfraz y entre disfraces. Las formas de su pensamiento son iguales al dibujo de un carácter. Mira una idea, como puede mirar el perfil de una hoja que mueve el viento. Hay movimientos del razonar semejantes a la grosera complacencia de quien come un trozo de carne. Se detiene a examinar una sensación -la 'de mirar el cielo del mediodía, por ejemplo- y ese mirar el azul anubarrado y caliente se le confunde con la furia de quien va a matar, con la música que surge de la caja de un violín, con la risa de quien cruza una ola, con el hipo de quien besa una copa de ron en la madrugada de la borrachera.

Si todas las experiencias son posibles y pueden ser organizadas como destinos, el destino no existe. O es un dios olvidado.

La vida de cada quien es una ceremonia que contiene muchas diferentes versiones- muchos distintos destinos- pero cada una de esas formas de la vida se provoca por la presencia del azar. Arlequín no cree en el destino, justamente, porque cree en el azar.

Lo único evidente, lo indestructible, es- para Arlequín- el azar y supone que el azar no es una serie incontrolable de movimientos injustificados, sino -por el contrario- un programa sabiamente dosificado, fabricado de acuerdo con las cualidades de cada individuo, para hacer la ceremonia de la vida.

Porque dice Arlequín- es necesario sentirse muy pequeño, semejante a sí mismo a lo largo de los instantes iguales,

para encontrar el azar como presencia extraña frente a la permanente realidad de cada día.

Arlequín niega su semejanza consigo mismo porque puede ser cualquier santo, guerrero, poeta, mercader, bandido y apartar la cercana certeza de la alcoba, del oficio, de los pasos cotidianos. Así, el azar es otra materia admirable, apoyo de mil formas diferentes, para mil vidas diferentes.

Arlequín completa su razonamiento cuando admite como buena cualquier posibilidad extendida en el tiempo. El tiempo mismo sólo existe en razón de nuestra aceptación. ¿Cuándo comienza este presente de hoy? Hace apenas un instante no existía y, sin embargo, puede haber un presente iniciado hace miles de años, tendido desde las brumas del pasado a las neblinas del futuro.

Un presente iniciado en un acto, en una frase, en un pensamiento de ayer, de tres siglos atrás, una frase de Fray Arlequín, un verso de Arlequín Garcilaso o de Dante Arlequín, una palabra del indio Arlequín, un recuerdo que pasa de la adolescencia de Narciso Espejo a las historias de Américo Arlequín.

Porque también es cierto que, igual que se va a través de los años, puede un acto ir de una a otra persona, desdibujarse en un sueño, reconstruirse en otro mundo. Arlequín es, en cualquier momento, cualquiera de los personajes que ha vivido. En cada una de esas figuras está el tiempo, desigualmente limitado por el deseo de enmarcar en él determinado trozo de nuestros actos.

Arlequín hace anotaciones en pequeños libretines. Conserva de uno a otro año -de una a otra libreta- sus observaciones, sus pequeñas frases, mezcladas con

direcciones, con números de teléfonos, con notas sobre el clima de la ciudad, el carácter de las personas, las situaciones y los personajes que vivía. Utiliza frecuentemente- como referencia o fórmula mnemotécnica- ciertos símbolos cuyo significado ignora cuando, más tarde, recorre sus apuntes.

Gusta de parecer misterioso Arlequín -ello forma parte del juego de los disfraces- y siente especial simpatía por los seres cuya actividad sólo puede ser explicada a través de un relato fantástico; le agradan las gentes que han pretendido ocultar el sentido de sus vidas-- si es que una vida puede tener sentido permanente, lo cual niega Arlequín; le agradan también los secretos: Leonardo da Vinci- el caso de los cuadernos escritos para ser descifrados en la luz de los espejos- era un ejemplo admirable de los hombres capaces de dejar datos sobre los cuales era posible crear una vida, obtener un disfraz, plantear un hermoso problema. Hallar un personaje como Vinci era tan importante como leer el Apocalipsis, como escuchar una explicación del Tarot de Marsella.

Una página de una libreta de Arlequín dice: "10 de la mañana. Bar Cristal. Esperando a José Vargas. Pretender que la vida sea algo de definido es negarla; sólo la muerte existe. - Carmen: teléfono 35353. Los números esconden su repetición unos tras otros. La suma pitagórica da 1. Hay muchas brisas vagabundas que hacen sonar sus cascos a través de la mañana."

El dibujo de una estrella aparece con frecuencia en esos apuntes volanderos. Una estrella irregular de cinco picos. (Es -cree Arlequín- una manera de decir su amor por la nocturna tierra americana.) A veces hay un árbol de lánguidas ramas. (Significa que duda de sí mismo.) En

alguna página hay una boca de mujer: una boca irregular y carnosa. (Arlequín la coloca en su libreta porque espera que, en algún momento, el azar le presente esa boca. Será entonces -Arlequín lo sabe- para toda la vida.)

Ciertos días, Arlequín copia los horóscopos que aparecen en millones de periódicos del mundo, para decir que todo va bien, que poderosas amistades apoyarán eficazmente y que habrá alguna dificultad hacia las tres de la tarde.

Cree Arlequín en el azar y busca signos que le permitan distinguir, en determinado momento, la dirigida predilección de las fuerzas oscuras y desconocidas que forman los acontecimientos, las presencias que indican las diversas partes de la sagrada ceremonia de la vida.

Ha buscado signos del azar desde los primeros años de su existencia. Ha encontrado huellas de lo que no se explica en los cuentos que dicen la actividad de un hombre que vendía telas y baratijas a lo largo de los caminos; las ha encontrado en las historias que contaba cierta mujer unida al fantasma que quedó en su memoria como una angustiada incertidumbre; en el recuerdo de un niño que celebró un "velorio de muñeco" las ha mirado, así como en la vida de un fraile pecador o en el relato del jefe indio que perdió su destino.

Muchas gentes son buscadoras de signos, anhelantes indagadoras de las huellas del misterio. Lo raro en Arlequín es que cree saber que él mismo es una huella del azar, el sonido de la campanilla que da comienzo a su Misa.

Busca el azar Arlequín.

No es un número más entre los clientes de las gitanas, aunque haya escuchado más de una vez con interés las frases de la buena ventura; no se empeña en mirar cómo las cartas de la baraja extienden sobre una mesa su mensaje multicolor, aunque haya visitado algunas cartománticas; no se detiene a revisar los caminos que van, a través de la palma de la mano, del Monte de la Luna al Monte de Júpiter, pero sabe que hay una estrella bajo su dedo anular -porque así se lo dijo quien sabía anunciar imágenes de futuro de acuerdo con las rayas de la mano-; tampoco ha realizado frecuentes ejercicios de geomancia (los que hacen los adivinos árabes golpeando con un bastón las arenas limitadas por un círculo de paz), pero alguna vez ha trasladado la operación geomántica al ambiente de su escritorio, cambiando en lápiz el bastón y en papel la arena. No ha escuchado jamás la traducción de las manchas de té al lenguaje de la pequeña profecía y desconoce las fórmulas de la Cábala.

De todas maneras, ha creído entender- con o sin ayuda de elementos mágicos- las sentencias del viento, de las hojas, de las nubes, de las personas que dan o quitan esperanzas o impiden la iniciación de una buena experiencia.

En el universo que lo rodea en los disfraces del mundo encuentra los motivos de sus propios disfraces: la duda que puede ofrecer una hormiga cuando cambia su camino, se detiene, regresa con su carga de yerba; el chillido que quiebra el vuelo de un pájaro; las huellas de un animal sobre la arena de la playa.

Cuando iba de vacaciones a Los Robles llegaba frecuentemente en sus paseos hasta el puerto vecino (donde vivía el zapatero Pagliatti, el que tradujo a Rosario Paz la carta de Italia en la que se hablaba del tesoro de los

Halekimo y se pedía dinero para rescatar la fortuna enterrada junto al pozo del antiguo castillo). Se acercaba hasta el recodo de la playa donde conversan los pescadores, para hablar con Dionisio. Este viejo trabajador del mar sabía de las huellas en la arena; decía los nombres de los seres que surgen de cada rasgo grabado en los granos de la playa: pata de pájaro, pinza de cangrejo, cola de lagarto, roce de ramas húmedas, paso de hombre, huella de caracol, dibujo de las olas, gestos del viento.

Dionisio tenía el pensamiento de estas cosas. Sobre la marca de tres dedos delgadísimos, fabricaba el inquieto edificio del pajarraco que chilla y corre a la orilla de las olas. Decía un nombre de bestia y explicaba con su voz calmada las costumbres, las habilidades y el poder-bueno, malo, indiferente- de un animal.

Dionisio era así (ya murió y está enterrado en el cementerio que entrega sus tumbas al mar, donde llega hasta los túmulos la arena repleta de marcas y signos). Dionisio observaba pequeños sucesos y los convertía en señales espléndidas: el viento, la noche, el trabajo, la lluvia, el amor, estaban amarrados dentro de las palabras de Dionisio a las más simples huellas.

Era amigo del negro Rigoberto. Dionisio decía que Rigoberto era para las cosas de la montaña y para la cacería lo que era él para la pesca y las cosas del mar. Sólo que Rigoberto conversaba poco y tenía, según Dionisio, poderes brujos. Capaz el negro Rigoberto de provocar lo mismo la caída de una bestia que el deseo de una mujer.

Arlequín conoció poco a Rigoberto. Era difícil encontrarlo, excepto cuando celebraba sus velorios de Niño Jesús, cuando invitaba a los amigos para el canto y la recitación

de las folías y del mampulorio. Un hombre de misterio, Rigoberto. (Un hombre "de oro", solía decir Luz Montero cuando se refería al negro Rigo.)

Muchos años después, cuando ya hace su vida de ciudad, Arlequín realiza ejercicios semejantes a los que Dionisio inventaba a la orilla del mar, en el rincón de los pescadores del puerto cercano a Los Robles. Invenciones parecidas tal vez a los encantamientos y profecías de Rigoberto, a su facultad para descubrir los caminos del venado y del váquiro entre la maraña de la selva y los caminos del deseo entre la maraña de la mujer.

Arlequín avanza a través del misterio de acuerdo con los apoyos que la ciudad le ofrece. Si el ciego billetero va a cruzarse con la señora de pluma en el sombrero; si aquella lenta anciana se detiene a contar las monedas que saca de su cartera; si la realidad de los pasos de la muchedumbre se marca en el ritmo de la canción que está tarareando, entonces, Arlequín sabe que aquellos signos pueden significar la realización de un deseo, la negación de una esperanza, la forma de un sueño.

Sabe Arlequín que ciertos actos serán irrealizables, porque los ha considerado como no coincidentes con las señales encontradas en el movimiento de la ciudad.

. Uno de estos signos es la impresión provocada por cualquier mínimo movimiento- un trozo de papel que se arrastra sobre el cemento de la calle, rozando el suelo como una imagen de cangrejo sobre la playa, y pasa de la zona solar a la acera de la sombra. De ese precipitado desplazamiento del papel le venía cierto desasosiego que, si se exageran las palpitations del corazón, podría llamarse angustia, pero no pasa de la certeza de que el aletazo del

papel arrastrado por el viento hacia la luz, implica la clasificación de un ingrato azar, la afirmación de un elemento perverso, inestable, torpe. Lo que haga Arlequín en seguida, tendrá mal resultado. Si llama a Carmen por teléfono (el terrible 35353 que oculta en sí mismo sus repeticiones) ella habrá salido. No estará libre el baño cuando llegue a la pensión. Las frases del poema que lleva dentro se le hacen secas como yerba quemada.

A veces, los señalamientos que encontraba en la vida de la ciudad le decían un mensaje claro; otras veces le dejaban inseguras ideas de peligro; en alguna ocasión le daban la certeza de que era feliz.

## **La novela de Arlequín**

### **TARDE, EN LA NOCHE, AL BORDE DE LA PLAZA**

Arlequín sale del periódico donde trabaja, pasada ya la medianoche.

La vida -el regazo de actividad de la ciudad- pasa en torno suyo, es un espectáculo donde algunas figuras marcan el ritmo de una melodía y dan a entender el sentido de un acontecimiento apenas existente.

Arlequín va a jugar con los seres y sus movimientos, va a fabricar con ellos la posibilidad de un hecho, va a crear sobre ellos el sereno desarrollo de una idea adornada de humana pasión.

Está iniciando una forma de vida esta hoja desprendida del árbol que se hunde en el cielo; se detiene la hoja en los giros del viento, va a caer, sube un poco, desaparece; es como si hiciera un gesto parecido a los que Mariana la criadora

hacia, cuando pasaba el pañolón sobre su cabeza, en las vueltas de la danza. Una hoja, un gesto en la noche, una mano que se alza hacia las estrellas.

Alrededor de Arlequín está viva la vida como un espectáculo ya conocido y, sin embargo, destinado a realizarse en muy diversas maneras. Como una sinfonía. Como un ballet. Como la sabia mezcla de colores que crea un pintor. Como una cantata. Como un relato. La vida de siempre, los mismos motivos, temas idénticos. El azar marca de gracia o de tristeza un instante maravilloso y comienza la ceremonia ritual en la cual sacerdote y ayudante (Arlequines que Arlequín resume) cumplen con ciertas fórmulas que no pueden ser cambiadas y que, de acuerdo con medios también conocidos, producen matices distintos de una idea repetida, de un antiguo sentimiento. El azar está allí, como insistente recordatorio de las partes del rito.

Esa hoja que vuela son las manos de Mariana en las vueltas del baile; esa hoja es la boca de Arlequín sobre el negro pezón de la criadora; esa hoja es la ola que cae sobre la arena en el rincón de los pescadores del puerto vecino a Los Robles; esa hoja es un acuerdo con el negro Rigoberto para la elaboración de un filtro de amor; esa hoja es el paso del padre por un camino polvoriento, su voz que ofrece a una muchacha un collar de vidrio -"Trabajo veneciano, signorina"-; esa hoja es la carta que hablaba del te-soro; esa hoja es un soneto, un relato, un ballet; esa hoja es el azar que marca el rito: la vida, las versiones de la vida.

Un rito que es- exactamente y nada más- una forma de conocimiento del mundo; igual a la Misa que es - exactamente y nada más- la afirmación de que podemos hacer de Dios una parte de nosotros mismos. (Eso es lo que

logra el sacerdote cuando sus palabras convierten el pan en el cuerpo de Cristo y comulga con él o lo da a otros.) La vida es como un rito sagrado -como la Misa-, pero también puede ser parecida a un texto que recitan los actores de diversa manera: con gracia alegre, con gravedad severa, con trágica ansiedad, con divertida burla.

Arlequín camina hacia el centro de la ciudad.

La noche está arriba, lejana, separada de los hombres por las luces. Un insistente aviso rojo ofrece unos labios de seda y de fuego, más importantes que la estrella de oro apenas viva en el fondo del cielo.

En las calles caen los pasos de los hombres, los pasos de Arlequín. A esta hora avanzada todavía hay fogones de inquietud en determinados sitios. Algunas gentes se sienten a sus anchas en los lugares de la estruendosa risa, otros en los rincones de la callada melancolía. Desde estos residuos de la noche se fabrica mucho de lo que parecerá mañana nuevo y vivo: los negocios, los crímenes, la cotidiana eficacia del trabajo.

Este oscuro individuo acodado en el barandal de la plaza se llama Amé rico Arlequín y quiere guardar para sí unos minutos de la noche y mirar los movimientos de la ciudad. El moverse de las gentes en formas superiores a cada individuo -el mirar a las gentes como si estuvieran haciendo ejercicios más significativos que sus propios gestos- apasiona a Arlequín.

Conoce el mar- la poderosa vida de la costa que se marca en la arena- y conoce los rumores que se pierden en el oscuro corazón de la montaña; conoce las llanuras donde la tierra se hace lisa como un espejo del cielo y conoce los ríos-

los torrentes de puro brillo blanco y los remansos donde nace la burbuja. Nada de ello le parece más poderoso que la existencia de los hombres como olas, como el viento entre los árboles, como las yerbas que lanzan sus puntas de verde, como el agua del remanso, podrida en sus finas películas brillantes.

El Bar Cristal está encendido en sus alegres brasas. Las frases pasan en el aire. Una palabra es voz viva y nerviosa de italiano: -Capito, capito (como el zapatero que leyó la carta de Rosario Paz). Viene de lejos esta voz que atraviesa el aire iluminado por las puertas del bar (capito, capito) como una hoja que rueda hacia los pozos de la noche y se mezcla al sonso- nete de un negro que mira a una mujer y suspira: "¡Ay Dios, qué vida!"

Pasa un grupo de jóvenes. Discuten algo de baseball. En sus palabras la pelota cruza el sol de la mañana deportiva, raya de blanco la yerba del estadio y va a caer entre las manos de un jugador.

Esta mujer que cruza junto a Arlequín sonrío angustiada y temerosa de todas las angustias y de todos los temores. Se llama Irena y conoció -cuando estaba en Europa- los horrores de la guerra y las prisiones de la Gestapo. El barrendero pasa la escoba a lo largo de las aceras con movimiento lento y cuidadoso, como si barriera una alcoba.

"A riverdecí. Capito." Parece la voz ahora hecha de ironía y de dulce superioridad.

"Capito." ¿Qué comprende este hombre? ¿Qué desea de la ciudad, de la noche americana?, ¿comprende que la vida es espectáculo, para mirarla, y rito cuando sale de nosotros

mismos hasta convertir nuestra hambre en mística confusión con Dios? "A riverdecí. Capito." De Florencia, tal vez este caballero. En su sangre- lejos, como la oscura noche presente allá en lo alto suena el verso de un mozo que inventaba una nueva manera de hacer versos para decir a Beatriz. "Ben é con quello amore quella donna lo que mi face andar cosí piangendo." El italiano está en la puerta del bar cubierto de luz de oro. "Capito." ¿es que comprende por qué el negro ha dicho "¡ay Dios qué vida!"? ¿es que comprende la noche cuya profundidad señala la torre de la catedral, morena de tiempo, como si estuviera hecha de secas cortezas?

Suspira Arlequín acodado en el barandal de la plaza. Esa mujer de angustia y desespero abre sus labios como el anuncio luminoso que dice A PRUEBA DE BESOS. Una pintura roja, brillante y seca. Una desesperada angustia en los labios de una mujer. "Ay, ¡Dios qué vida!", ha dicho el barrendero como si fuera el negro Rigoberto divertido ante la ansiedad que provocó con gotas de perfume, de yerbas y luna. Del grupo de limpiabotas viene la conversación tumultuosa:

-Me dio una propina.

-Fue un batazo de maravilla.

-Tengo hambre.

-No he hecho lo suficiente para darle a mamá.

Y el italiano: "capito" (sí: con quella donna quello amore). Esta mujer de angustia y desespero, ¿por qué no Beatrice o Simonetta, la que fue Venus apoyada en la bella caracola de nácar de su nacimiento? Simonetta como la pintó el

maestro Sandro. Simonetta -con quello amore quella donna- tan cercana al otro Américo que dejó su nombre a la tierra de la burbuja y del dolor, a la tierra de cobre y madura podredumbre.

-Ponme como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre tu brazo.

-Con quello amore quella donna lo que mi face andar cosi piangendo.

Le agrada a este otro Américo de hoy (¿y por qué no de hace cinco siglos?) un rato de espera aquí, antes de dormir. La ciudad está a su lado como el mar, como el viento en la montaña, como un animal familiar. Un automóvil se ha detenido junto a la mujer de la angustia; alguien le ha hablado y ella ha hecho signos negativos y ha corrido con nerviosa premura hacia las luces del bar. Del automóvil le han lanzado una insultante interjección alcohólica. El italiano, por el contrario, le ha hecho una reverencia, le ha regalado una sonrisa. "¿Capito?" También a él le dice "no" la mujer; se devuelve hacia la calle. La angustiada está esperando el encuentro con quién sabe cuál angustia, quién sabe cuál serenidad.

Ahora viene una pareja que encuentra en la ciudad el sitio donde ambos inventaron el amor. Él es Arlequín. Américo Arlequín. Conoció a esta mujer una noche de Carnaval. Era evidentemente necesario. Hombre de disfraces hubo de amar un disfraz y hablar a la mujer luminosa bajo una máscara nocturna.

Pasa esa pareja entregada al amor. Juntos Arlequín y su mujer, listos para las ceremonias de la vida, para los sueños de eternidad. Él es Arlequín, unido a la muchacha herida

por todas las inquietudes del mundo, encendida de amor como la estrella que se hace azul del fuego más limpio. Desde los más antiguos sueños le vino a Arlequín la compañera y él ya sabía que los ritos de su existencia tenían la marca de esa llama. A ella se acomodó con fervorosa serenidad. Ahora han tomado el autobús y van hacia los pasos de todos los días. Arlequín y la luminosa. Su mujer para siempre. (Cuando quiso imaginarse a sí mismo en el trance del Juicio cuando pretendió colocar su pobre figura de hombre ante el Juez Dios- esa única materia de eternidad poseyó y en ella apoyó sus esenciales razonamientos defensivos.)

Arlequín -ese Arlequín que ha subido al autobús apretado a la mujer que quiere- había echado todos sus disfraces sobre la Encontrada en la Fiesta de los Disfraces. La llama de la mujer quemó las formas que había fabricado para la vida. Con la ceniza de todos los disfraces rehicieron juntos el bello disfraz del amor: el rico traje que los vistió como una obra de arte maravillosa. Ante él dentro de él- miraba Arlequín esa prodigiosa fábrica. ("Mi alma os ha cortado a su medida.") Temblaba de ansiedad -temeroso de que se rompiera el sueño del disfraz hecho con los disfraces de todos los sueños-, y se desnudaba de cualquier apariencia que no correspondiera al amor. No tenía Arlequín ante ella palabra aprendida, texto de comedia, himnos de ceremonia. Sereno, seco, llameante, como cristal repleto de la imagen de luz de la mujer.

Ella le dio forma a la vida. La estrella señalaba el signo de la constelación propicia. Por ella encontró las raíces del futuro en las huellas de lo permanente.

A la brasa de luz entregó sus pobres experiencias: las leyendas de los Halekimo y los versos de Dante y Garcilaso,

los suspiros de la madre y la leche de Mariana, los juegos de Juan de Dios y los velorios de Rigoberto, las palabras de Dionisio y la mirada de Genoveva, el cuento de la hostia y el doloroso relato del indio vencido, la figura del padre con su mono y su carta y la triste cantata del Rey Miguel, el ballet de los coroneles y la misa entera de la vida de Arlequín. Ella en cambio, dijo el secreto que devuelve a la clara superficie las oscuras imágenes de la profundidad.

Ella tomó para sí todo el dolor. Arlequín quedó limpio como un niño: su corazón era la burbuja inicial donde nace la vida.

Arlequín se marcha en el brillante, colorado animal del autobús al lado de su mujer. Otro Arlequín los mira partir. En todas partes estarán guardados -su piel, su cariño, su amor- como en la más íntima alcoba. Arlequín queda acodado en el barandal de la plaza; quisiera decir todas las palabras de la noche. Hablar del aire y de una boca que da al cielo una inútil mancha luminosa de sangre y de los pasos de los hombres a lo largo de las calles entre las casas mudas. Hay cansancio en torno a los centros de actividad y se pre- siente el sueño. Américo Arlequín no existe. Es el personaje de una novela y se va a suicidar.

Pero ¿no es Arlequín también ese hombre, esa sombra que se desliza junto a las paredes? Arlequín lo diría: el mismo andar desgarrado y sonámbulo, la cabeza echada hacia adelante como si escuchara al corazón, los mismos sueños, seguramente.

Arlequín siente buena amistad por el otro Arlequín; una soledad vigila la otra. ¿Qué piensa Arlequín desdoblado en dos sombras mientras suena el alternativo golpe de sus tacones sobre el cemento ciudadano? Podría hacer una

frase lírica dentro de la cual cayera el golpe de los tactac. ¿Camino de dónde?, de un cuarto desordenado y una cama revuelta bajo la luz amarilla de la bombilla. En una esquina han desaparecido una sombra y su tactac. Arlequín podría seguirla. Descubrir el sitio donde el otro Arlequín hace sus sueños. ¿Qué importancia? Un hombre, sus pasos, su cansancio. Arriba, una estrella tiembla al mismo ritmo de los pasos del hombre para acompañar la cadencia de un poema: la noche americana, encendida de brillos y frutos, repleta de vitales burbujas, perfumada de oscura profundidad.

Arlequín ha llegado a su casa y se desviste bajo la luz amarilla. En noches como ésta le da lástima su cuerpo sin juventud. ¿Por qué no está al lado de su mujer, en el autobús que atraviesa las calles, guardado por la luz del amor?

Quisiera hacer nacer bajo su piel al adolescente de antaño, puro, triste y altanero. Antes de dormir coge un libro. El libro que ha escrito: "La Misa de Arlequín."

¿Para qué sirven estas páginas? Y Arlequín se responde:

-Para saber que existió Américo Arlequín. Para decir que es un personaje de novela. Para saber que no puede morir.

## **La novela de Arlequín**

### **BIEN CIERTO ES**

Bien cierto es que Arlequín pone especial cuidado en obligarse a colocar el pie derecho como apoyo del primer paso que, cada día, inicia su marcha sobre las calles de la ciudad.

Decir, por ello, que es un obsesionado, sería mentir. Arlequín cambia la angustia de un momento por la más sincera risa del instante siguiente. En algunas circunstancias podría creerse que es hombre grave, serio pensador; pasan una nube, una mujer, la brisa y cambia el rumbo de su pensamiento.

Puede ocurrir que critique el color de la corbata de un ciudadano cualquiera: un esguince rojo sobre la camisa blanca puede llevarlo a pensar en una tempestad, en el crepúsculo, en el pececito de la pileta -Tiburcio, el de su casa de Los Robles el que enterró Juan de Dios cuando jugaron a imitar los velorios del negro Rigoberto.

Casi siempre, sigue las frases que en su redor se forman y ellas le sirven, no para hacerse partícipe de una opinión, aunque también ello sea posible alguna vez sino para emprender cualquier aventura, cualquier camino, cualquier imagen de las que lleva dentro. Insiste ante sí mismo para afirmar que las más contradictorias posiciones son verdaderas a un tiempo mismo, en el mismo lugar y en circunstancias idénticas y pueden darse también a través del tiempo, de la geografía y de las condiciones menos semejantes. Tal vez por eso tiene pocos amigos y quienes lo conocen se niegan a mantener con él trato continuo.

Hay quien diga que Arlequín le produce asco. Quien así opina, debe ser hombre que teme al vacío. Arlequín se considera semejante a uno de esos juegos en los cuales hay una caja que contiene otra caja donde viene una caja menor y esta última guarda otra más chica, hasta llegar a una mínima caja que nada contiene. Es posible que, al hacer certeza suya ese hecho, Arlequín sienta asco también. O miedo. O tristeza.

Ha llorado algunas veces Arlequín. Cada vez que se ha dado cuenta de que ha perdido un disfraz. Cada vez que ha levantado una caja de su personalidad y ha encontrado dentro otra caja cuyo inútil contenido supone.

En cierto momento, creyó que había perdido el amor, que iba a ser separado de la Luminosa. Era en ciudad extraña. Estaba sentado en un café y miraba a través del cristal de la puerta un jardín cubierto de nieve. Una forma del Destino entraría a ese café dentro de poco tiempo. Seco caballero atildado, dictaría sentencia el visitante, de acuerdo con testimonios que eran puro espejismo, brillos, fantasmas, explosiones surgidas del más oscuro fondo de desesperanza.

Una forma del Destino diría la versión de un acontecimiento inexistente. Como un escueto pajarraco que pretendiera explicarse el rumor del viento en cuya fuerza vuela, la forma del Destino querría marcar para Arlequín y su amiga un camino distinto al que dos seres llevan en sí, confusa y simplemente, en desordenada violencia de disfraces y estrellas que pudiera ser -simple y confusamente- el espectáculo y el rito de la vida frente a la lejana llamada de la Muerte.

La forma del Destino no fue el Destino mismo, aunque con él se confundió un instante. En el jardín vecino la nieve aflojaba su blanda materia y corría en sucias manchas sobre las antiguas piedras. La forma del Destino se presentía en la desolada blancura del paisaje como en un cuadro de Breughel el viejo. Arlequín esperaba la llegada del escueto caballero emplumado de severidad doctoral como un pájaro heráldico que gritaría una orden incomprensible después de escuchar el sonido del viento.

¿Por qué ese trozo de jardín nevado tras el cristal de la puerta de un bar en la ciudad extraña? La silueta de un árbol sobre la antigua piedra de un edificio venerable sobre el cual rueda la nieve húmedas manchas oscuras, destacó su dibujo cuando entraba el escueto caballero doctoral, cuando la forma del Destino dictó sus condiciones y Arlequín se opuso al veredicto: No. No era aquél su sitio ni la voz doctoral del pajarraco podía formar dictamen valedero.

-No! ¡No es este mi sitio ni mi juicio -gritó Arlequín-aunque pueda ser el lugar de mi angustia, la voz que niega el milagro de los disfraces y de la luz!

Esas dificultades traen consigo el juego de los personajes. Entristece Arlequín y se angustia cuando el bello disfraz que creyó definitivo se trueca en otra forma de sí mismo. Goza cuando se sabe idéntico a la certidumbre de la felicidad: buen personaje del Hombre Feliz, desnudo de todas las camisas que el azar ofrece.

Caminar esta calle. Saber el exacto color del cielo enmarcado entre los muros de los altos edificios; sentir que sus pasos están guiados por un programa concebido para muchos años; estar cierto de que el gesto de hoy depende

de una decisión realizada en tiempo impreciso por lejano; conocer cómo el agrado producido por este perfume, por esta situación, por este rostro tiene su raíz en una antigua zona del olvido.

Bien claro está que la ansiedad provocada por el chispazo de una luz en el cristal de una ventana no corresponde a la simple realidad del reflejo sino que es repetición guardada en los pozos del ser a través de las huellas del misterio, a lo largo del camino donde se marcan los pasos del hombre.

La irrealidad del camino es apariencia de poco valor. "Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar que es el morir." Cierto es. Sólo eso es cierto. El agua que corre guarda sombras como peces que pintan la piel del río y su entraña profunda con colores y rasgos. Las luces que quedan en la superficie no tienen relación con el deslizamiento de la corriente. Acaso tampoco con los árboles de la orilla.

Sabe Arlequín que determinada actitud, determinado razonamiento, determinado asombro, no son en manera alguna respuesta a los acontecimientos con los cuales parecen hermanados, sino que surgen del fondo del mundo que, bajo la piel del agua, mantiene la penumbra de su sombría realidad.

Aunque no quiera aceptar la importancia de experiencias anteriormente fabricadas, siente que ellas han servido de base a actividades posteriores. El juego se hace cada vez más firme e intrincado, como una red que lo ata y limita la serie de los actos que es su vida.

Hay momentáneas sorpresas en el devanar los hilos de la existencia. El tono que se extiende sobre una larga época,

el color de ternura que tiñe ciertos actos, provienen -no puede ser de otra manera de un centro claro, de un fogón cariñoso que enciende sus brasas en un apartado rincón de la infancia.

El sentimiento de alegre encanto que le produce la mirada de la Luminosa brota de un segundo de la adolescencia, de las páginas de un libro que reflejó hace años la luz del atardecer. La risa de hoy está fincada en el frío de una mañana de oro, clavada en plena infancia.

Igual que en la sinfonía escuchada hoy, las notas corresponden a una partitura encerrada en las gavetas de lo desconocido. Si en un momento- intervienen notas falsas, ello depende de que una extraña melodía ha interferido el desarrollo musical previsto y cambiado profundamente el significado de los actos que debían desarrollarse de acuerdo con un plan preciso.

Eso le ha sucedido con frecuencia a Arlequín: que, cuando con mayor intensidad y más exacta seguridad realizaba las características de una situación, un gesto incontrolable iniciaba nueva escena incompatible con todo lo que, hasta el momento inmediatamente anterior, era verdad. Este gesto provoca, al mismo tiempo, toda clase de dudas sobre las innumerables posibilidades futuras.

Complicado y desagradable (aunque también satisfactoriamente previsible) el considerar la propia persona la actividad propia como inquieta mezcla a la cual contribuyen, por una parte, los apoyos desconocidos del pasado, y, por otra, una azarienta zona de acción, igualmente desconocida, que pone a la orden de la voluntad muchas circunstancias externas imprecisas.

Arlequín- ¿hace ya cuánto tiempo? -, es deportista. Ama su esfuerzo tendido sobre la yerba del campo de deportes, siente que hay entre su cuerpo y la yerba una firme relación cada instante interrumpido, cada instante reiniciado. Cuando su patada envía el balón dentro del aire azul es Arlequín mismo quien atraviesa la luz del sol y él quien estaba presente en el algo- donoso perfil de una nube.

¿Quién el responsable de esa actividad sensual que lo emparenta con el cielo, con la yerba, con su propio esfuerzo? ¿Por qué ha sido permitido que su cuerpo participe con tan poderoso amor en acción tan simple y hermosa? y por qué el mundo entero viene a ser testigo de su triunfo?

El arquero contrario se ha estirado inútilmente para atrapar el balón repleto de fuerza; la pelota ha hecho temblar las mallas; el tanto está marcado. Arlequín ríe por la yerba, por el sol.

## **La novela de Arlequín**

### **DESDE UN LEJANISIMO INSTANTE**

Desde un lejanísimo instante, la idea de la lluvia le viene unida a la imagen de una viejecilla que alza sus manos para ordenar que el tranvía se detenga. (Tal vez era la madre aquella mujer. Acaso habían viajado ambos a Caracas para algún negocio, para consultar si se hacía algo con relación al marido que había escrito aquella carta del tesoro.) La lluvia y una viejecita mojada que solicita, inútilmente, un sitio en el tranvía, formaban para Arlequín una sola escena patética, el vago roce de un acontecimiento que ni siquiera podía considerarse como recuerdo.

No sabe Arlequín cuando vio a la enlutada anciana y su inútil gesto de pedir al motorista que detuviese el vehículo; no sabe tampoco por qué puede sentir repetida tristeza de aquella figura destruida y la fuerza enemiga del aguacero tropical sobre las calles que fueron luego de la ciudad donde vivió; no sabe por qué la tristeza podía ser resultado no sólo de aquel falso reflejo de un recuerdo sino de la gota que nace al borde de una hoja en un florero cualquiera.

Lo que sí sabe Arlequín es que en su vida hay un gesto de vieja que solicita algo y no lo obtiene, un gesto de vieja dura y cruelmente tratada por las gentes y la lluvia. Ese gesto repite la tristeza de muy diferentes maneras.

Puede suponer Arlequín y dar confianza a la suposición que el irrazonado sentimiento melancólico es nada más que nuevo disfraz hecho para ocultar la más profunda verdad de otras angustias. Aquel húmedo brazo de vieja que solicita inútilmente una posibilidad de viaje puede ser una imagen de la relación de la madre con el marido ausente, la pasión de Rosario Paz por el hombre que hizo danzar un mono en la plaza de Los Robles y puede ser también simple y exactamente el símbolo de la ansiedad de quien mira alejarse su deseo: la sospecha de haber sido engañado, la sensación de que el derecho a obtener sitio privilegio le ha sido negado. Así el chirriante artefacto del tranvía se aleja bajo la lluvia sobre las mil carcajadas de sus rieles heridos.

Está cierto Arlequín de que en los más hondos sitios de su conciencia está grabada la noción conforme a la cual había un compromiso favorable a él, cuyo cumplimiento fue desacatado con el apoyo de una mentira burlona, con la ruidosa farsa de una risa estridente.

La conclusión definitiva, cuando Arlequín se detiene a pensar estas cosas, es que los sucesivos disfraces que ha llevado en su vida (la historia de las cajas que contienen, sucesivamente, una caja más pequeña) lo llevan de la mano hasta el vacío. Creer en la realidad última de la nada es confundirse con la angustia. Arlequín opone a esa última certidumbre las variadas mentiras que pueden ocultarla.

En toda esa mecánica del pensamiento dirigido hacia sí mismo hay un regusto amargo, no por la ansiosa sensación, sino porque esa sensación ansiosa impide el goce de las gratas sensaciones que la vida pudiera reservarle.

Si siempre hay un nuevo personaje posible, un nuevo disfraz, una nueva caja que contiene otra caja, ¿quién es el Arlequín que vive en este momento? ¿a quién dice "te quiero" la boca de la amada?, ¿hacia quién se dirigen los pasos del fantasma llamado Arlequín?, ¿quién dice que piensa?, ¿quién dice que ama?, ¿quién vive uno tras otro los sucesivos momentos de la existencia?

Un Arlequín se opone a la insistente, pesada oscuridad. Si suenan los cascabeles en los momentos de la danza, si el texto que debe repetir Arlequín el comediante está formado por las alegres frases de una comedia, ¿para qué averiguar si el acento de la sinceridad está en las palabras de la frase o si corresponde a la verdad del actor?

Arlequín cree sufrir a veces excesos de examen. Se aconseja complicidad con los disfraces, amor a las sucesivas apariencias a los instantes de alegría, a los ademanes de la pasión. No importa, si, además, el alma repite en voz baja una cantinela de sonriente incredulidad.

Arlequín dibuja con la punta de su zapatilla la curva del salto, el sitio de la reverencia. Se inclina ante el público de Arlequines que lo miran:

-Señoras y señores... Con el mejor espíritu burlón anuncio a ustedes que desconozco el sentido de la comedia que van a presenciar. A través de sus frases irán mirando ustedes a Arlequín, de quien sabrán a fin de cuentas que es apenas un personaje. La silueta de un disfraz.

## **La novela de Arlequín**

### **LAS FORMAS QUE OCULTAN EL MUNDO**

Llama y agua. Viento y arena. Piedra y flor.

Son los disfraces exteriores: las formas que ocultan el mundo.

Llama del sol que puede mirarse como brasa de fogón, como espiga azul del lirio, como amor de la boca que resplandece en la luz del neón para anunciar una pintura a prueba de besos, como rojo punto del cigarrillo, como encendido brillo de un vidrio cualquiera, como entraña de la estrella y de la mujer.

Agua de la gota y del torrente, de la ola y del quieto remanso, agua de la sed y del vaso.

Viento de las llanuras y de la costa, viento de la montaña como un aliento oscuro, ala de la brisa húmeda que entra en las calles como un gesto del aire.

Arena de las playas rubias que dice el gasto del tiempo; arena que es el desaparecer de las cosas, la destrucción de

todo lo que pudo creerse eterno. Piedra dura, enemiga y, sin embargo, capaz también de ser destruida por un pequeño roce persistente, por las plumas de lo que apenas vive.

Flor que abre su encanto su pequeño pétalo celeste para iniciar los cielos de la fecundidad y de la podredumbre, su reflejo sobre la luz de arriba, sobre la piel de la burbuja, sobre la muerte de la noche.

Llama, viento, flor, piedra, agua, arena.

Los trajes de la nada, el movimiento de las apariencias en ronda de colores y de formas; en ronda de gracia que alza en torno a los hombres su espejismo.

Arena, llama, piedra, viento, agua, flor.

Y, en lo que al hombre mismo se refiere en lo que se refiere a este Arlequín de burla y de tristeza el vestido cambiante y multicolor sobre la piel, sobre el íntimo disfraz carnal del cuerpo, también embustero; el flaco organismo capaz de decir que toca, huele, mira, escucha, saborea la gran mentira del mundo. Disfraz que se une a la rosa y besa sus pétalos y dice "yo no nací sino para quererte". Disfraz que puede recordar las tres notas de un

silbido y pensar en los ruidos del agua entre los mangles, en el rumor de las valvas de las ostras. Disfraz que clava los dientes en la carne de un durazno y es durazno mientras la lengua se confunde con la pulpa amarilla. Disfraz que se echa al mar y sigue el movimiento de la ola y se llena de sal y de agua fría y de algas podridas. Disfraz que roza con sus uñas la piedra y apoya sobre la dura superficie del muro la mano de angustia como una mariposa. Disfraz que razona

una relación y dice "llama, agua, viento, arena, piedra, flor" y sabe que cada objeto donde descansa la atención crea a su vez al hombre que quiere asentar sobre las apariencias su deseo imposible de perennidad.

La flor es fuego azul, luz azul en el viento, sobre la piedra, junto a la arena. El hombre crea sus propios roces desde la desnudez de la soledad y va utilizando los trajes y los disfraces del mundo.

Dice Arlequín que sólo son capaces de aceptar la soledad quienes saben guardar los reflejos del mundo y no la soportan los que, por el contrario, necesitan para saber que existen el roce, el contacto, las voces de lo externo; los que, para asegurarse su propia realidad requieren la experiencia de las cosas que rozan los sentidos.

Dice Arlequín y hay que creerle- que los solitarios aceptan y perfeccionan su propio mecanismo para salir de la nada y volver a ella, para disfrazarse y desnudarse a voluntad...

Desde la ventana de su cuarto mira una mujer -pequeño sombrero adornado de una escueta pluma blanca- que camina la calle central de este barrio con árboles.

Esa silueta femenina atraviesa la calle como una inquietud, mínimo color adornado de su pluma, a lo largo de la sombra verde y fresca. (Un pececito de plata en el agua quieta de la pileta del patio.)

Una diminuta, nerviosa sombra casi ridícula se escapa bajo los árboles de la avenida. (La madre pudiera ser así, deslizada entre las leyendas de Giacomo Arlequín.)

Una silueta apenas existente y, sin embargo, visible y pintoresca por el pequeño pico de la pluma. Un nervioso detalle del paisaje esa anticuada señora que se desplaza a la sombra de los altos árboles, ricos de todos los tonos del verde, de todos los alientos de la brisa. (Bajo más rica sombra conversan los viejos en la plaza de Los Robles y cuentan las historias del italiano que vendía imágenes y novenas por los caminos de la región.)

La emplumada silueta va lanzando puntas de luz hacia los territorios de la infancia, hacia la tierra toda, hacia la burbuja donde la vida nace ador- nada de los más hermosos reflejos. (Un viaje a ratos claro, a ratos misterioso; un camino de etapas ilógicas e incoherentes, entre las cuales hay espacios de silencio y de sombra, vacíos que cruzan el recuerdo como una antigua imagen emplumada.)

Arlequín cree recordar. Tras los barrotes de la ventana, un pozo de luz: la plaza de Los Robles con los viejos negros que hablan, inventan recuerdos y leyendas, recitan romances de Carlomagno y de Roldán.

Las manos del niño agarradas a los barrotes de la ventana dialogan también y se disfrazan de viejos que recuerdan o inventan. A esta plaza llegó, desde muy lejos, acompañado de su pequeño escudero un caballero Halekimo en noble empresa de libertar una doncella. (Los otros viejos de la plaza dicen que era gitano de argolla en la oreja y mono bailarín y la doncella esa tonta de Rosario Paz que se tenía por blanca y aristocrática - porque recitaba y tenía un álbum de versos empastado en terciopelo rojo, pero de quien podía contarse alguna cosa diferente.)

El más viejo de todos los viejos que conversan en la palaza-Ulpiano- dice que conoció, muy viejecita, a la madre de la

abuela de Rosario, la que había sido querida -barragana decía Ulpiano- del señor José Robles - de los que dieron nombre al pueblo. Fue José Robles quien dejó a la familia la hacienda que queda en la vuelta del río y ella, la vieja (María Ernesta se llamaba), se metió a bolera y tomaba aguardiente y bailaba malembe como la mejor, porque era negra manumisa de los Robles, hija de esclava que había comprado la libertad de su hija. Y esa negra María Ernesta que bailaba malembe y tomaba aguardiente y era mujer de la calle, mujer de todos en sus noches de locura y calor, casó por fin -¡quién lo hubiera pensado!- con el isleño Israel Martínez y nació la abuela de Rosario; Natividad Martínez -a quien muchos de los habladores de la plaza habían conocido- mulata de muy lindo pelo y un caminar de reina y su hija, Encarnación Pérez era hija del hacendado Pérez Díaz que trajo a la familia la otra hacienda grande de la montaña y todas juntas fueron una gran fortuna hasta que vino la ruina del cacao y la peste que arrugaba la almendra y la llenaba de gusanos. Esta Encarnación Pérez casó muy mocita con el más joven de los Paz, el que nunca sirvió para otra cosa que para gastar la plata en Caracas y comprarle a la mujer trajes de seda y blusas bordadas. Él fue el que regaló el álbum con tapas de terciopelo donde su hija Rosario copiaba versos.

Una mujer -pluma blanca en su minúsculo sombrero- se aleja bajo los árboles de la avenida. Arlequín la mira y recuerda su cuerpo de niño entre las sábanas: la fiebre, los cuidados de la madre. La presentación de las cosas para el aprendizaje de los nombres. El baño, el sueño. El hambre. Las canciones del aya negra que le había dado leche ("A las orillas de un río y a la sombra de un laurel..."), la madre de Juan de Dios, la que tenía su rancho al otro lado del río (... "me acordé de ti, bien mío, viendo las aguas correr"). Se decía pero era sólo un decir, que el negro Rigoberto había tenido algo que ver con Mariana, la criadora. Rigoberto

siempre vivió solo y era muy extraordinario individuo. Se asombraba de la gente cuando escuchaba sus palabras, como si esperaran que silbara igual que el cristofué. Era hombre de muchas facultades. Fue terrible aquella vez, cuando se presentó en la plaza, desnudo de la cintura arriba, Santiago Ávila, con el cuerpo quemado a latigazos. (Cuenta Ricardo Díaz, el "tocapalito", el tamborero de mejores manos de toda esta tierra, que se podía mirar cómo se rompía la carne de Santiago, en plena plaza, como si alguien -un duende- le estuviera dando látigo.) Y Santiago pedía perdón a Rigoberto. (Rigoberto no estaba allí sino en la montaña profunda, de cacería.) Y Santiago gritaba que devolviera a Rigo el bien que le había robado (una cuestión de centavos que le debía por un ensalmo o una cuestión de mujer, vaya a saber usted) y-dice Ricardo- que se sintió como una voz de que Santiago debía depositar la deuda en manos de Pedro López, el Secretario de la Jefatura, y Santiago luchaba por sacar sus centavos del bolsillo y, cuando pudo, se acabaron los latigazos y él quedó marcado sólo con una huella de golpe que se le enredaba a la cintura y muy dolorido. Le vino la culebrilla, dijo Rigoberto y lo curó con buen aceite y dijo que la gente se hacía imágenes y locuras y que él nada tenía que ver con todo esto, que no era látigo lo que sufría Santiago sino una mala enfermedad que marcaba la carne y que, si juntaba sus dos puntas - como una culebra que se muerde la cola- ahorcaba la vida dentro del cuerpo de la persona y que Santiago era buen amigo aunque se olvidara a veces de pagar sus deudas y que él Rigoberto, lo curaría con la leche de la yerbamora que es buena para esto.

Arlequín recuerda. ¿Es que podría imaginar la redonda teta llena, el oscuro pezón rico de leche?

La ausencia del padre- su abandono, su fuga hacia los países donde un caballero lucha por el amor de una

doncella, hacia la tierra de donde viene una carta igual a los romances que recitan los negros cuando dicen las coplas de folía (en los velorios de niño, en los que convoca el negro Rigoberto o en los velorios de muñeco que inventó Arlequín o en los velorios de pescadito muerto, escama entre los dedos de Juan de Dios, que parece un mono de gitano o un mono de pesadilla soñada por un jefe indio vencido o por un negro flagelado por látigos invisibles; un Rey Negro Miguel castigado por el Capitán Diego Losada en nombre de Castilla o un pobre negro Santiago a quien Rigo curó con un aceite después de haber recibido el pago de una deuda) una carta que puede ser considerada como una estafa para enredar a Rosario Paz, porque lo cierto es que no hay tal caballero sino un vendedor de baratijas o un titiritero astuto y desvergonzado.

Por todo eso hay en el fondo de los olvidos, en la materia de los recuerdos, el canto de una negra (Ay, elelé, eleló- todos los negros me gustan a mi Ay, tomé ay tó) y figuras de negras que se mueven en torno a las primeras luces. Negras y negros que cantan, ríen, rezongan, trabajan, se mueven como si bailaran. (Alza una los brazos y sostiene el pañolón sobre su cabeza con majestad de reina solemne y oscura.) La ternura silenciosa de la madre se pierde entre esos rezongos, entre esas risas (- ijajajay, Dios!) entre esos cantos (- iay, elelé, eleló!, ay tomé ay tó!, y qué tan bonita que era yo ay tomé ay tó - y tan fea que me he puesto ay elelé, eleló-) y la cadera suelta como una zaranda (ijajajay, Dios) y ese repiquetear que las hace caminar como sobre la punta de los pies y es que se mueve el mundo y no se cae. (Así decía y dice Juan de Dios cuando pasa una mujer de cadera floja y añade: ¡Ay, Dios qué vida!, y agrega luego que se siente como un Rey, aunque en ese momento esté alzando en los brazos el pote de la basura en su oficio de obrero del Aseo Urbano en Caracas. Así decía el negro Rigoberto y su figura se hacía brillante como un pájaro

lujoso y añadía ¡ay, Dios qué vida!, y decía luego que se siente como un Rey. Así decía Gregorio Cobos, el ladrón. Así dice Arlequín, a veces, y afirma que se siente Rey -Rey Negro Miguel.)

-Soy negro.

- ¿Por qué, Arlequín?

-Porque una tatarabuela era la negra María Ernesta y su hija manu- misa era Natividad, la barragana y bolera que casó luego con Israel Martínez, judío marroquí y luego vino la madre de mi abuela y después -esas mulatas que se llaman Encarnación y Natividad hasta que viene Rosario Paz, que parece blanca con su poquito de tabaco en la piel y su ojera morada. La primera mulata de la familia tuvo derecho a usar gargantilla de oro y cinta de terciopelo al borde de la saya. No podía, en cambio, usar mantilla que le pasara de las caderas. Ya la mujer de Israel Martínez, aunque su marido fuera un piadoso converso de ayer- iba a la iglesia de los blancos y era mantuana. Se había olvidado de su abuela negra. Yo no me olvido.

-Todo eso es mentira, Arlequín.

-Pregúntale al viejo Ulpiano.

-Ulpiano divaga. Tienes el labio fino y la carne blanca.

-Sé que, a veces, se me hace la boca bamba de negro.

Frente a su ventana, pasa por la avenida una mujer de emplumado sombrero, como una inquietud que lo lleva hasta la infancia, hacia las figuras de las negras que cantan, bailan y rezongan.

Y se siente la boca bamba de negro. Y escucha dentro de sí "La cantata del Rey Miguel" como un espectáculo que forma parte de su vida, un espectáculo encerrado en la gota que surge del pezón de Mariana la criadora.

## **La novela de Arlequín**

### **LA CANTATA DEL REY MIGUEL**

ARLEQUIN- ¡Señoras y señores! La divertida farsa del negro que fue Rey.

ARLEQUIN II - ¡Señoras y señores! La muy grave lección del negro que quiso ser Rey.

ARLEQUÍN III. ¡Señoras y señores! El cuento melancólico del Rey Negro Miguel.

ARLEQUÍN. Una farsa. Una burlona historia. Toda la Historia es burla y farsa.

ARLEQUIN II.-Una lección. Una lección triste y ejemplar. Toda la historia es lección y ejemplo.

ARLEQUÍN III.- Un cuento melancólico con su adorno de sonrisa. Toda la historia, todas las farsas, todas las lecciones, son cuentos de sonriente tristeza.

ARLEQUÍN. -Es una farsa. Grosera, violenta, popular, directa. Sollozo pudo haber. Alarido de espanto y de dolor. Grito de lucha, de rabia y rebeldía. Y una risotada de mofa para herir la inocencia del negro que fue Rey sobre la tierra americana.

ARLEQUÍN II. Es una lección donde se castiga la atrevida vanidad del negro que quiso ser Rey y robar los honores de Señor.

ARLEQUÍN III.- Un cuento melancólico: el gesto dulce de un esclavo que adornó su cabeza apenas un instante con el oro imaginario de su propia majestad. La invención de la grandeza asentada en la serena voluntad de quien juega a ser Rey. El sueño de un esclavo Rey del Reino de sus Sueños. ARLEQUÍN. Risa de la farsa.

ARLEQUÍN II. Ejemplo de la historia. ARLEQUÍN III. Cuento de un sueño.

ARLEQUÍN. -Presentes todos en la farsa.

ARLEQUÍN II. Presentes todos en la historia.

ARLEQUÍN III.- Presentes en el sueño y en el cuento.

ARLEQUÍN. Va a comenzar la farsa.

ARLEQUÍN II. La historia.

ARLEQUÍN III.-El cuento, el sueño triste.

VOCES. América. América. América. Un viaje. Una aventura. Sobre el mar iba un hombre guiado por las palabras antiguas y sagradas. La voz de Dios creaba en él la profecía y un mundo escondido en el mundo, una tierra escondida en la tierra, asomaba sus costas cargadas de color.

ARLEQUÍN. Farsa de mercaderes que buscan riqueza, que se cogen el aire, el agua, los metales, las frutas, los pájaros, los hombres.

ARLEQUÍN II. Historia del Descubrimiento. Por Castilla y por León, Cristóbal toma para Cristo y para España lo desconocido.

ARLEQUÍN III. ¡Atención! Hay que contar con toda exactitud. El sueño es la verdad. Cuentos como éste estuvieron haciéndose despacio en la boca de las generaciones. ¡Atención! En el comienzo fue el error.

ARLEQUÍN. De acuerdo. Esta es la farsa de los equívocos y de los errores.

ARLEQUÍN II. Esta es la historia del Descubrimiento y de la Civilización.

ARLEQUÍN III. \_Este es el cuento delicado donde se pesca siempre una mentira. Una mentira que es verdad del sueño.

VOCES América. América. América.

ARLEQUÍN. Alguien la marcó América, así, como el desgaire, con el sello de su sortija. Cuando dibujaba un camino en el mar dejó como en descuido su rúbrica. Un gesto gracioso, apenas pícaro y quedó allí la firma en un rincón de las tierras nuevas. Fue aquello como una réplica imitada de cualquier farsa de las que amaban los amigos de Florencia. Apenas un signo rápido y brillante como la escama de un pez en la corriente del Arno, como el reflejo de la seda en las verdes aguas del río, cerca del Puente Viejo. Y quedó América.

ARLEQUÍN II. Era la voluntad de Dios y de Fernando, el querer de Cristo y de Isabel: las Indias. Después fue América.

ARLEQUÍN III. El cuento con error. El error que entra a decir la primera línea verdadera del relato: América.

VOCES. América. América. América.

ARLEQUIN. - Desde el pasado, para el futuro de la farsa, América.

ARLEQUIN II. Contra la Historia, contra la voluntad de Dios, contra la gloria de Castilla y León, contra la voluntad de Isabel y Fernando, contra las Indias Españolas, América.

ARLEQUIN III.-Un error las Indias. Un error América. Un cuento melancólico.

VOCES. América. América. América.

ARLEQUÍN. Una farsa italiana en nombre de Castilla. El genovés y el florentino buscaban los caminos de la tierra en el mar. Pintaban caminos sobre los documentos. Por el error hacia el error, una farsa italiana.

ARLEQUÍN II. Por la verdad hacia la verdad, sobre los caminos de la Historia, una historia española.

ARLEQUÍN III. Por el error al cuento, al sueño. Por las Indias a América. Por el oro a Eldorado. Un cuento americano.

VOCES. América. América. América.

ARLEQUÍN. Vayamos a la farsa del negro que fue Rey.  
ARLEQUÍN II. A la historia del negro que quiso ser Rey.  
ARLEQUÍN III.

Al cuento del Rey Negro Miguel.

ARLEQUÍN. En la farsa, los españoles engañan a los indios y les roban el oro.

ARLEQUÍN II. En la Historia, los españoles dan los indios a Dios.

ARLEQUÍN III. En el cuento, los indios regalan a los españoles El dorado, como una fiebre, como un fantasma, como un sueño, como el amor.

VOCES. Eran mis pueblos sobre el escondido mundo americano: Chibchas, aztecas, caribes, araucanos, aimaras, cumanaquitos. Gentes morenas de amargo verde en la sonrisa. Gentes morenas de cansado opio en la mirada. Gentes de oscura desnudez fácil para la herida. Gentes de asombro y de frágil dulzura. Gentes de barro calentado al sol. Nuestra gente.

VOCES. Sagitario frenético, centauro de fuego, fuerza de caballo y de hombre, amo de la tormenta y de la coraza, el que vino rompió las piedras, destrozó las cerámicas, alborotó las plumas, quiso trueque de dioses, arrancó la carne de los hombres oscuros. Hizo suya la sangre. Hizo suya la tierra. Hizo suya la entraña. Cruz y pólvora fueron gajes para el triunfo del centauro frenético, de Sagitario enfurecido, codicioso, voraz. Obligaba a negocios: espejos por el oro, vidrios por perlas, látigo por trabajo.

Cuando hubo dificultades se recurrió a los negros. Fue negocio de ingleses. Yes, yes, sir. Business.

ARLEQUÍN. ARLEQUÍN II. VOCES. ARLEQUÍN II. VOCES. Oui, oui, monsieur. Oui, oui. ARLEQUÍN III.

Voz.

—Y también de franceses.

Fue un terrible negocio de maldad.

¡Vamos! ¡Un racimo de negros! ¡Una mazorca de negros! ¡Una espiga de negros! ¡Una rama de negros! ¡Una constelación de negros! ¡Una playa de negros: grano de arena por presencia de hombre!

VOCES. americana.

ARLEQUÍN.

los negros.

Las dos razas morenas fueron un solo dolor sobre la tierra.

ARLEQUÍN II.

ARLEQUÍN III. ARLEQUÍN.

a las minas de Buria,

Miguel llamaban a uno entre ellos. Un negro entre

Diremos que había sido jefe de tribu negra.

Diremos que era negro fino, alegre, soñador.

Un racimo de ochenta negros vino de La Española en tierra de indios bravos.

ARLEQUIN II. Bien pudo decirse que no se hubiera dado el caso de

la alzada revuelta del esclavo si no se diera antes el ejemplo del indio indómito y cerril.

ARLEQUÍN III. Negro e indio fueron juntos un solo ejemplo de libertad, un solo amargo dolor sin resignación.

ARLEQUÍN.

ARLEQUÍN II.

ARLEQUÍN.

ARLEQUÍN II.

Miguel era hombre respetado.

- Espiritu rebelde.

Se llamaba Miguel, con nombre de Arcángel.

Se llamaba Bembón, se llamaba Mandinga, se llamaba

Congo. Un nombre cualquiera de negro.

ARLEQUÍN III. Como negro ladino, hábil para palabras españolas, se llamaba Miguel. Para los otros negros era, tal

vez, jefe, brujo, médico, santo, dios. Acaso Obatalá. Obatalá en persona. El que rodó de la falda de su madre negra, desde la noche inmensa, el que está en el rayo y en el trueno, en las piedras que caen del cielo, en los fuegos que vienen del fondo de la noche, en la piedra-imán bruja.

Buria.

ARLEQUÍN. ARLEQUÍN II. Entre ellos, Miguel, el esclavo insolente. ARLEQUÍN III. Entre ellos el jefe, el Brujo, el Santo, el Dios, el Rey Miguel.

Había un racimo de ochenta negros en las minas de

ARLEQUÍN. El cuerpo de un negro, la voz de un negro, la vida de un negro: un grano en el racimo, un grano en la mazorca, en la espiga, en la constelación, un grano de arena entre las arenas de la playa. Mira el negro en su redor la organización de España sobre la tierra americana, sobre los hombres morenos.

ARLEQUÍN II. El esclavo encuentra un escalafón, un edificio sólido. ARLEQUÍN III. Mira Miguel el orden de los blancos.

ARLEQUÍN. Mira los ritos del poder, los oros eclesiásticos, las ceremonias de la administración, el brillo de la espada.

ARLEQUÍN II. El orden.

ARLEQUÍN III.

La dura jerarquía.

ARLEQUÍN. El y los suyos nada son. Si el Obispo dice una palabra, nace Dios entre sus manos

ARLEQUÍN II.

El y los suyos nada son. Si el Gobernador dice una palabra, nace la Ley entre sus manos.

-

ARLEQUIN III. El y los suyos nada son. Si el Capitán dice una pa- labra, nace la Muerte entre sus manos.

ARLEQUÍN.

de Miguel. ARLEQUÍN II.

negros esclavos.

ARLEQUÍN III.

torno a los negros.

El amo dice una palabra y nace un gesto en el cuerpo

El señor dice una palabra y nace el orden entre los

El blanco dice una palabra y nace una cadena en

ARLEQUÍN. - El amo habla y Miguel trabaja. ARLEQUÍN II. El señor habla y los esclavos son sus órdenes. ARLEQUIN III.-El blanco habla y los negros siembran.

ARLEQUÍN. Miguel es grano, semilla, arena, estrella.  
ARLEQUÍN II. Uno entre tantos, que quiere distinguirse.

ARLEQUÍN III. -El más fecundo grano, la semilla más fuerte, la

arena más pura, el más brillante de los luceros.

La mujer de Miguel se llamaba Guiomar.

ARLEQUÍN. ARLEQUÍN II. · Con nombre robado de rica-hembra castellana. ARLEQUÍN III. Grano junto al grano, semilla junto a la semilla, arena al lado de la arena, estrella unida al lucero más claro.

ARLEQUÍN. Y dijo Miguel: soy fuerte. Por mí crece el maíz, se hincha en la tierra la semilla, se alza el tallo, rompe la flor sus pétalos, se hace redondo el fruto.

Dijo Miguel: Puedo romper el orden.

ARLEQUÍN II. ARLEQUÍN III. Dijo Miguel: soy más y quieren hacerme menos. ARLEQUÍN. Dijo Miguel: soy fuerte. Por mí salen de la tierra los metales, por mí salen de la ostra las perlas, por mí se mueven en el viento las flores y los frutos. ARLEQUÍN II. ARLEQUIN III.

Dijo Miguel: romperé la unidad de Dios y de Castilla. Dijo Miguel: he de ser libre y dueño de mí mismo. ARLEQUÍN. Dijo Miguel: soy fuerte. Habló con los suyos; con todos los que se apretaban en el racimo, los unidos en la mazorca, los que formaban juntos la espiga, los que se encendían en la constelación, los que creaban juntos la igualdad segura de la playa.

ARLEQUÍN II. Dijo Miguel: con los otros esclavos formaré gavilla

y haré violenta interrupción del orden.

ARLEQUÍN III. Dijo Miguel: no puedo tener amo. Seré amo mío

y de los que me quieren.

ARLEQUÍN. - Dijo Miguel: seré Rey.

VOCES. Sacarramajestá.

ARLEQUÍN II. Dijo Miguel: seré Rey. VOCES. Sacarramajestá.

ARLEQUÍN III. Dijo Miguel: seré Rey.

VOCES. Sacarramajestá.

ARLEQUÍN. Fue fácil el asunto. Se apoderó de la espada, cogió la máquina de fuego y dijo las palabras que se convirtieron en órdenes. VOCES. Sacarramajestá.

ARLEQUÍN II. Se robó la espada, se cogió el arcabuz y quiso hacer la Ley.

VOCES. Sacarramajestá.

ARLEQUÍN III. Soñó que una corona rodeaba sus sienes y que una capa roja lo envolvía. Tomó entre sus dedos, como cetro, una campanilla de plata.

VOCES.

Sacramajestá.

ARLEQUÍN. Colocó a su lado, junto al resplandor de la corona, junto a la brasa del manto, junto a la campana de sonido y de brillo, a Guiomar su mujer, su Reina negra. Se apoderó de Dios y de la Ley.

582

VOCES. Dominus vobiscum. Sacramajestá.

ARLEQUÍN II. A otro negro hizo Obispo. Un gorro era la mitra y

la rama de un árbol el báculo obispal.

VOCES. Dominus vobiscum. Sacramajestá.

-

ARLEQUÍN III. Su hijo fue príncipe y cardenal. Lindo y sonriente, cuajado de gozosa aventura.

VOCES. Dominus vobiscum. Sacramajestá. ARLEQUÍN.

- Apenas un momento duró aquello.

VOCES. ¡Ay, ay! Sacramajestá.

ARLEQUÍN II. El orden, la ley, el Rey y Dios tomaron en seguida el sitio verdadero.

VOCES. Dominus vobiscum. Sacarramajestá. ARLEQUÍN III.

Apenas fue un sueño: la corona, la capa, el cetro, estaban hechos de la materia de los sueños. Apenas fue Rey y de sueño era el reinado. La Reina Guiomar era, no más, su negra reina. Su hijo era Príncipe suyo y el Obispo un loco brujo que mezclaba menjurjes y brujerías pequeñas y decía palabras de negro mandinga cuando quería bendecir en latín. VOCES. Dominus vobiscum. ¡Ay, ay, ay! Sacarramajestá.

ARLEQUÍN. Aquello duró apenas un momento. Pero el esclavo que ha sido Rey no puede volver al sitio de siempre.

ARLEQUÍN II. Para el insolente que se atreve a robar la corona y

el manto no se puede permitir el regreso a la tranquilidad.

ARLEQUÍN III. No se vuelve del país de los sueños.

ARLEQUÍN. Fue muerto Miguel, Rey Negro por un día.

ARLEQUÍN II. El capitán Diego Losada destruyó su pequeño poder y lo mató en justicia del Rey verdadero. En nombre de Castilla, por voluntad de Dios, se estableció el orden, se suprimió el alzado.

ARLEQUÍN III. La corona era apenas un trozo de latón. El manto de soberano era un trapo rojo. La campana de plata era su cetro y se rompió entre sus dedos en la última rabia, en el último grito de hombre que no quiso ser esclavo. Como Obatalá, cayó hecho piedra-imán desde su propia noche de Rey, brujo, dios negro.

ARLEQUÍN. Así termina la farsa del Rey Miguel.

ARLEQUÍN II. La historia, la lección del negro que quiso ser Rey. ARLEQUÍN III. El cuento melancólico del Rey Negro Miguel. VOCES. Sacarramajestá. Sacarramajestá. Sacarramajestá.

La novela de Arlequín

## EN LA PUERTA DE LUZ MONTERO

También podía Arlequín si lo tenía a bien- hablar del abuelo conquistador, el que comió carne de indio en la terrible coyuntura de la expedición desgraciada.

Capitán Arlequín que llegó hasta el gran río en busca de Eldorado donde los indios señalaban con sus dedos morenos el camino de la ciudad resplandeciente. (Un trocito de ese resplandor brillaba en la nariz del señalador de los caminos de oro.)

Capitán Arlequín tenía las manos como garras, como garfios de hierro. Y ansiosas de todas las riquezas, de todos los poderes. Era de los que andaba con Micer Ambrosio, el alemán. De los que miró en la laguna de oro al indio que se bañaba en oro y de oro se vestía el hueco de la oreja y la entrada del pecho.

Capitán Arlequín hacía rebaño de indios unidos con argollas en el pes- cuevo y cadenas entre uno y otro. Y, cuando alguno desfallecía para no romper fila ni desorganizar viaje, Capitán Arlequín le cortaba la cabeza.

Capitán Arlequín de dura entraña sólo endulzaba su altanería la esperanza del oro. Y enfurecía de mirar cómo

se alejaba el territorio del metal y cómo la brasa de su deseo se quemaba siempre más allá del horizonte de agua, de sabana o de montaña.

Capitán Arlequín clavaba sus espuelas sobre toda carne morena: en su caballo alazán o en el hijo del cacique que era como un potro de juventud y de fuerza.

Capitán Arlequín echaba hacia adelante su ambición y los rebaños de indios que organizaba y todo se iba alejando delante de su ansiedad.

Capitán Arlequín quería el oro en retazos de sabana, en picos de montaña, en venas como serpientes amarillas; hallaba apenas un pedacito labrado: la forma de un lagarto para adornar la oreja, la placa marcada de signos para cubrir la garganta. Lo otro, el gran incendio del metal, estaba sólo en el gesto de los indios hacia el sur. Más allá del agua, más allá de la selva, más allá de la montaña, más allá de la llanura, más lejos que la punta de todos los caminos.

Capitán Arlequín se encendía de rabia - el único metal que lo quemaba y le hacía más seco el corazón. A cada fracaso, cobraba su desesperanza aumentando el rebaño de los encadenados.

Cuando el Capitán Arlequín regresaba de la fuga del oro, como el hambre le mordiera las tripas, mató a un indio y tostó su carne para que le sirviera de viático.

Capitán Arlequín ya no podía vivir por el odio y el desagrado y la insoportable desazón cuando, en una sorpresa, los indios lo tomaron de entre las manos de la gente de micer Ambrosio, le rompieron la cabeza a

macanazos y se la llevaron. El cuerpo lo dejaron a sus compañeros.

Fundador de ciudades, encomendero, mancebo de Sevilla a quien Aguirre el Tirano mandó matar. Capitán General, alcalde cadañero y también - ¿por qué no? - pardo quinterón que luchaba con los blancos por el derecho a que la mujer usara manto, por el derecho a tener bastón e ir a la misa de la Catedral.

Tales y muchos más los disfraces que le regalaba a Arlequín su tierra, aventura de los hombres a lo largo del tiempo sobre la hermosa oscura tierra de Venezuela.

Capitán General Sancho Arlequín y también - ¿por qué no? - Juan de Dios Arlequín.

Su vida, perfectamente semejante a la de Juan de Dios, nacido, como él en Los Robles, hermano de leche surgido de aquel pueblo de montaña desde el cual, sin embargo, podía sentirse la presencia del mar.

Arlequín y Juan de Dios habían crecido en un mundo campesino, caliente, fecundo, podrido. En un pequeño pueblo, con su brazo de río que llevaba hasta el mar- sobre las angostas canoas planas, entre los gigantescos árboles de roja raíz que tiñe las aguas de sangre- las semillas del cacao, las mazorcas de maíz, las legumbres y las verduras y una carta que Rosario Paz quiere que le traduzca el zapatero Pagliatti.

En la casa de Arlequín -como en el rancho de Juan de Dios- eran muy estimadas las cosas del mar. Por la vena del río- desde el mar- venían los extraordinarios materiales maravillosos: los caracoles y las conchas de nácar, las

piedras trabajadas por la vida marina, por los dibujos que hacen los animales y el agua violenta, entraba a la intimidad de las gentes campesinas por el camino del río, como los pescados y las langostas.

En la casa de Arlequín -como en el rancho de Juan de Dios- un gran caracol sostenía y adornaba la puerta y un paisaje marino estaba pintado en la pared: una goleta sobre la mancha azul del mar y un pájaro sobre la otra mancha azul del cielo.

Es posible que la casa de Arlequín y el rancho de Juan de Dios fueran muy parecidos. Tal vez la misma casa, con el mismo perfume de malabares y diamelas. Pero también puede ser cierto que Juan de Dios nunca existiera -que fuera, simplemente, un personaje de novela igual que Arlequín- o que su rancho y él mismo fueran nada más imágenes trasladadas a las tierras del olvido. Nada costaba inventar una historia más, olvidar una historia más, entre las muchas que Arlequín había inventado y olvidado.

Una vez -comenzaba a existir entonces la sociedad de los blancos sobre la tierra americana- Arlequín viajó a España y obtuvo escudo para la ciudad: "en campo de plata, un león de oro de color pardo teniendo entre los brazos una venera de oro con la cruz roja de Santiago y por timbre un coronel de cinco puntas de oro". Arlequín poblador de Panaquire llegó rodeado de su gente a Caracas con cajas y banderas desplegadas y discutió con el Ayuntamiento y pidió "en nombre de todos los de la Provincia".

Con los negros de Coro -uno entre ellos- zambo Arlequín proclamó "la ley de los franceses" y fue condenado a muerte de horca.

El barbero mulato Arlequín anduvo en conversaciones con el sargento tartamudo y el comerciante inquieto. Tocaba vihuela, con mucho oído y bastante conocimiento, en las tertulias de la hacienda cercana, donde se encontraban los señores que gustaban de la música. Y en la reunión de los que fabricaban la revuelta inventó la bandera de los cuatro colores -blanca, azul, amarilla y encarnada- que era la unión de blancos, indios, negros y mulatos y la unión de las provincias de Caracas, Maracaibo, Cumaná y Guayana.

Al novato doctor Arlequín se le dio vejamen en la Universidad y -mozo de ambición clara y curiosidad por el estudio- leyó libros prohibidos donde se hablaba de las teorías que los franceses inventaban para acabar con los reyes.

Luchó por la independencia de su patria y en la poblada de 1810 arrancó de las manos del Gobernador el bastón de mando. Estuvo presente en el Primer Congreso sagrado opuesto a que figurara el nombre de Dios en la Constitución. Durante las revueltas de la guerra salvó algunas partituras que quedaron guardadas muchos años en la sacristía de una pequeña iglesia pueblerina.

El tiempo significaba una grande aventura porque estaba lleno de las actividades de un Arlequín y cada uno de ellos era el disfraz de su vida y el disfraz de su mundo sobre la tierra venezolana. Fue poeta -autor de una dulce balada "A la doncella de mirar sosegado"- y obrero albañil, hombre cuyo trabajo es asiento de la existencia de todos, hombre que alza muros y represas, que tiende puentes y caminos. Orador también, que decía las palabras de la justicia en la plaza pública y se veía reflejado en la muchedumbre de Arlequines entusiastas, hechos hermosa vida de pueblo. También hay un Arlequín diputado y un Arlequín Ministro

y un Arlequín Presidente de la República. La caída por golpe de Estado de este Arlequín se realizó -es un decir- cuando conversaba con Luz Montero a la puerta de la casa donde se hacían las reuniones de la sociedad de los "Amigos de Dios". Sí; fue aquella noche, cuando estuvo en compañía de Luz Montero, directora de los "Amigos de Dios" y amante de Juan de Dios. La que, hace mucho tiempo, en Los Robles, caía en trances y desmayos y miraba cómo un ángel rozaba su vientre con un espadín de plata. La que cuenta que compró a Giacómo Arlequín la imagen del Gran Poder de Dios.

Por entonces, los amores de Luz y Juan de Dios habían ido cayendo en difícil costumbre. (Era ya mujer cercana a la vejez Luz Montero y Juan de Dios, duro individuo de músculo y de celo.)

Aquella noche, Juan de Dios estaba ausente, en algún sitio de la ciudad cruzada de balazos. No acompañaba a su mujer en los difíciles momentos que producen siempre temor a una mujer. Luz estaba cierta de que el Presidente había de ser derrotado. Sus plegarias y sus conversaciones con las estampas y cromos de sus santos le daban esa ansiosa seguridad. Algunos meses antes había estado perseguida de la policía, señalada por las autoridades eclesiásticas como bruja y curandera y por eso sentía muy fuerte antipatía por los representantes del poder. Decía que el Presidente era borracho y ladrón y que había hecho matar en la cárcel a Gregorio Cobos, el famoso Gregorio Cobos, que había matado a varios policías cuando quisieron hacerlo preso. Luz Montero estaba ansiosa y perversa. No parecía en esos instantes la misma mujer que rezaba y decía con una sonrisa: "Eres bueno. Te va a ir bien en la vida, Arlequín."

Por el contrario, entraba en sus instantes de dureza, en sus momentos de piedra. Una relación de cirio y aceite bañaba sus rasgos y, bajo esos brillos, su carne seguía siendo de la más dura materia mineral. Estaba cierta de que el gobierno caería y de que serían castigados los que habían perseguido, los que habían matado a su compadre Gregorio Cobos.

Desde hacía varias horas era noche y sobre la ciudad caía una lluvia menuda atravesada por el ruido de las ametralladoras y la luz de las balas. Había, además la insistente presencia de la radio rebelde: la delgada voz afilada que hablaba de la oprobiosa tiranía. Arlequín Presidente bailaba en esos momentos los resignados pasos de la abdicación.

Luz Montero estaba cierta de que ganarían los alzados. El cuartel del Sur y el cuartel del Norte con sus activos militares nerviosos, los soldados que pasaban por las calles con una cara distinta a la de todos los días, con una inquieta mueca de lanzarse al peligro. Arlequín los había visto. Había visto a Arlequín soldado, rabiosamente triste, deseoso de terminar pronto esta aventura que no comprendía repetida, sin embargo, a lo largo de muchos recuerdos antiguos, por muchos cuentos que los viejos dicen, por huellas que la sangre y el olvido han guardado.

Américo Arlequín conversaba con Luz Montero a la puerta de la casa de Luz. Luz que era gente de Los Robles venida, como Arlequín, del lejano pueblecito de montaña participaba en la inquietud que hería la ciudad y la cruzaba de balazos y gritos.

Arlequín había sido presentado a la amistad de Luz por Juan de Dios. Cuando el "hermano de leche" le había

hablado de Luz y había querido llevarlo a las reuniones de los "Amigos de Dios", Arlequín pensó que la mujer debía ser semejante al pescadito del juego del velorio -mujer escama y brillo y vientre de plata. Se encontró con una jefa de secta, inventora de contradictorias versiones del mundo y defensora de la llegada de un orden de justicia en el que todos los hombres serían hermanos. Arlequín visitaba frecuentemente la casa de Luz en las reuniones donde cantaba y tocaba el armónium Cara de Piedra y Luz desencadenaba sus revelaciones entre temblores y -dijéramos- descargas eléctricas.

(Gritaba Luz: "A quien pregunta por el negocio con el compadre que tenga cuidado y que no resuelva nada antes de ofrecer una docena de velas al Gran Poder de Dios.")

Gritaba Luz: "Una mujer honrada es el mejor tesoro que puede tener un hombre: dale gracias, muchacho, al Gran Poder de Dios.")

(Gritaba Luz: "Desconfía de la rubia; está en combinaciones con un muérgano y es falsa hasta en la color del pelo.")

Semanas antes, había asistido Arlequín a una de estas sesiones de plegaria y profecía y adivinación. Desde el fondo de la capilla venía el jadeo del armónium y de los cantos de Cara de Piedra. Luz había dicho:

-Para quien consulta sobre el movimiento. Bien pensado el negocio, tiene buen chance. No puedo hablar más. Que venga el responsable, porque tengo mucho que decirle.

Arlequín había visto cómo un individuo se quedaba a conversar con Luz y Juan de Dios había dicho:

-Es el Capitán.

Cosas como ésta sucedían en las reuniones de los "Amigos de Dios". Y luego había llegado este día con nubes y balas y humo a lo largo del mediodía y la llovizna de la noche con sus fogonazos.

Estaban solos, a la puerta de la casa de Luz, la mujer y Arlequín. Arlequín tomaba notas para un reportaje. Tal vez para una novela. Ya había sabido de los primeros sobresaltos místicos de Luz Cuando caía privada del sentido y paseaba por los jardines maravillosos y se encontraba con ángeles que rozaban su flanco desnudo con bellos puñales de plata. (En uno de esos desmayos -bajo el calor de la hacienda de cacao- había abusado de ella el viejo Macario que se ahorcó al poco tiempo por el odio de la gente de Los Robles dicen unos por venganza del negro Rigoberto -cree Luz-, porque Rigoberto estaba enamorado de ella y la tuvo con él unos meses como mujer hasta que Luz se vino a Caracas, en un instante de rabia y tontería.) Un hombre de oro, el negro Rigoberto -dice Luz- faculto en relación con duendes, sabio de las cosas de la naturaleza, capaz de fabricar buenos encantos para curar el cuerpo y para el deseo de amor.

Ya sabía todas estas cosas Arlequín y quería saber más. Cuando escuchó los primeros tiros, le vino a la memoria la voz de Juan de Dios, que decía: "Es el Capitán." Arlequín había querido conversar con Luz y la había encontrado sola y su casa abandonada de todo movimiento. La llama de los cirios pintaba de amarillo la superficie brillante de las imágenes y las flores de papel con las que Luz adornaba sus altares. Ella misma estaba manchada de reflejos; parecía de piedra aceitada y juraba que la revuelta tenía que triunfar.

En la radio, una afilada voz hablaba de la oprobiosa tiranía y de la juventud militar. Arlequín debía terminar su conversación con Luz, regresar al periódico, escribir tal vez un reportaje sensacional. Tal vez guardar los datos para una novela. Luz lo retuvo:

-Espera a que vuelva Juan de Dios. Estoy sola. El traerá noticias. ¿Aunque tú sabes? Juan de Dios es un niño. Más compañía es, a veces, Cara de Piedra.

Arlequín sabía también cómo se había enamorado Juan de Dios, hace ya tiempo y cómo debía ser doloroso para la mujer el haber envejecido mientras el hombre continuaba activo y se le encandilaban los ojos y las palabras para hablar de las cosas que sólo se nombran entre enamorados. Luz no soportaba en su derredor los borrachos y, sin embargo, en el caso de Juan de Dios, la favorecían los tragos, porque cuando el hombre le llegaba entre los sueños del alcohol su imagen era la misma de años antes. Y ella misma bailaba entre las vueltas de la borrachera de Juan de Dios.

Estaban solos Arlequín y Luz a la puerta de la casa que era, en cierta manera, capilla, asiento del culto de los "Amigos de Dios". Atravesaban la calle mojada hombres que comentaban lo que estaba sucediendo, temerosos de caer en los balazos; decían "está rozando el plomo por la Academia Militar", o "el cuartel San Carlos cayó" o "están llamando a los reservistas para que cojan el máuser". Una mujer gritó a lo lejos: "¡Qué vaina!, Ricardo que no llega!"

De pronto pareció como si toda actividad que no fuera la de los tiros se hubiera acabado. Hubo un gran silencio cortado por los golpes de las balas en lo lejano de la noche mojada. Luego, desde la esquina, se oyó la voz de Juan de Dios.

Venía cansado y, claro estaba, rabioso. El sentido de la protesta se sentía en su voz aún antes de que sus palabras pudieran ser escuchadas. Su cansancio y su desagrado estaban húmedos de lluvia y de alcohol. Caminaba ya podía oírse el ruido de sus pasos a lentos tropezones. Rezongaba agrios improperios y llamaba: "¡Luz! ¡Luz!"

Cuando ya estuvo cerca, cuando se miró su silueta que saludaba haciendo gestos, irrumpió en la calle, desde la ventana de algún vecino, un nuevo llamado de la radio rebelde. Juan de Dios hizo una linda vuelta de torero antes de inclinarse ante Luz, antes de saludar a Arlequín.

- ¿Qué pasa, Juan de Dios?

El señaló con un ademán el sitio de dónde venía la voz de la radio, el lejano lugar donde nacía el ruido de las balas y dijo con exquisita lentitud, con el más fino dibujo de tristeza:

-Todos son unos carajos.

Luz insistió:

- ¿Ya ganaron?

- ¿Quiénes?

- ¿Quién va a ser? Los alzados.

- ¿Qué importa? Todos son unos carajos. (Dulce y exacta la ronca tristeza de su voz.) Ten cuidado cuando te vayas, Arlequín. Hay balas hacia Catia, desde la Academia.

Le vino un gran hipo de borracho. Lo corrigió con una bella reverencia de cariñoso respeto.

-Buenas noches, mi amor - dijo.

Tocó el hombro de Luz como si rozara una imagen santa y se besó los dedos. Luego, muy dulcemente, ratificó:

-Todos son unos carajos.

La radio gritaba su afilada voz y Arlequín bailaba el ballet donde un Presidente democrático marcaba los pasos del tema de la abdicación y de la derrota. Arlequín Presidente tenía ganas de dormir, herido de complots, abandonado de todas las traiciones.

## **El relato de José Martínez**

### **DESPUES DE AQUELLOS SUCESOS**

Después de aquellos sucesos de los alzados que tomaron el poder, fue cuando mi vida se desparramó en verdad como la más sucia libertad. Lo que me sujetaba en cierta manera era la unión con los "Amigos de Dios". En la capilla de Luz Montero dormía apoyado de cualquier silla (si es que aquello se llamaba dormir) y pasaba las horas en espera de quien alguien me dejara unas monedas, para el ron o para un trozo de pan. Mis angustias eran tan vagas, estaban relacionadas con tantas cosas, que ninguna dificultad me angustiaba en especial.

El desorden de la ciudad se me hacía grato como una venganza contra todo lo que consideraba enemigo. Contra mi hermano, contra los militares, contra los políticos.

Cuando venía la persona que debía entregarme el dinero de mi mesada -lo que se consideraba como mi "jubilación", cuando llegaba el viejo portero de la Casa Stockel con su

sobrecito burocrático, siempre encontraba las palabras para insultar a los poderosos, para considerarme unido a los desheredados.

El portero me escuchaba con desdeñosa duda. Bien sabía que no era verdad lo que yo pretendía enunciar en mis exaltados verbalismos. Ni él era un representante poderoso de la Casa Stockel ni yo un pordiosero.

En los "Amigos de Dios" me hicieron entender mucho de lo que entonces estaba sucediendo. Luz Montero hablaba de "El Capitán" como de un amigo cercano. Desde las misteriosas alturas del poder le llegaban recados, papelitos, consultas. En las ausencias temblorosas de sus éxtasis ella opinaba, decía, señalaba oportunidades. No me sorprendería el hecho de que las palabras de Luz Montero se convirtieran, a veces, en frases de decretos y fueran utilizadas en documentos oficiales.

Si no hubiera sido por el Cura Verde por el raro individuo que comenzó a buscar la amistad de Luz y a decirse obispo de la Iglesia Nueva, tal vez todo hubiera sido distinto y la influencia de la jefa mística de los "Amigos de Dios" hubiera continuado siendo efectiva y admirable.

Yo conocí al Cura Verde cuando ya sus manejos en la sociedad "Amigos de Dios" se habían hecho muy importantes. Juan de Dios habló conmigo y me contó sus temores, pero yo supuse que Juan temía que el Cura lo separase de Luz. Creí que pudiera estar celoso y no sólo con celos de amor, sino de que alguien le disputara la cercana amistad de la mujer. Celos de la continua compañía que había tenido durante tantos años con aquella mujer sagrada. Porque, aunque ya Juan de Dios estuviera por entonces en busca de variadas mujeres, aunque andaba

como en despegada relación con Luz como dolido de no sentir por ella la misma apasionada necesidad que lo había obligado a buscarla años atrás, continuaba atado a la mujer, así hubiera ella envejecido.

No se trataba del juego de la cama (lo que no dejaba de ser posible en ciertos momentos, según explicó Juan de Dios) sino de toda la costumbre hecha de respeto, de admiración, de veneración, de temor, a lo largo de los años.

Además, dentro de la sociedad "Amigos de Dios" significaba mucho ser el compañero de Luz. Se reflejaban en él los brillos de lo sagrado; los que deseaban acercarse a Luz consideraban conveniente el apoyo del hombre que la acompañaba en la noche, del individuo cercano a la jefa de la religión.

Juan de Dios me pidió que observara al Cura Verde, que lo palabreara y le diera mi opinión, por ver si coincidía con la que él se había formado. Juan de Dios estimaba a quienes creía superiores a la feligresía habitual de los "Amigos de Dios"; respetaba a Américo Arlequín, a Cara de Piedra, a mí. También al policía Justo y a Gregorio Cobos, el ladrón. Sobre todo, con toda seguridad, a Gregorio Cobos, pero ya para entonces había sido muerto Cobos por los guardias de la Cárcel de donde quiso fugarse. Cuando se detenía a pensar en ello, Juan de Dios creía que el ánimo de Cobos, en venganza por la traición que con él se había cometido, intervino eficazmente en el resultado favorable del golpe militar y en las complicaciones que luego se habían presentado.

Me encontré con el Cura Verde-con el obispo de la Iglesia Nueva- no en entrevista directa, sino como soñoliento

testigo de una conversación entre el absurdo presbítero y Luz.

Hice lo posible por limitar los tragos durante las horas anteriores a la conferencia; cosa bastante difícil, porque la entrevista del Cura y Luz fue un poco después de la madrugada y la bruma del alcohol me tentaba tanto como un asomo de sueño. Lograba sostener los párpados y escuchaba y miraba la amanerada condescendencia risueña del Cura, sus palabras y sus gestos destinados a convencer con dulce insistencia. Era gordezuelo y tonto el hombre. Tenía la habilidad de los tontos astutos. Y sus argumentos asombraban a Luz.

Según entendí, pretendía fundar en Venezuela la Iglesia Católica Nueva, para luchar contra el poder del Papa, contra la tiranía anacrónica de Roma y poder volver al espíritu de sencilla caridad, de amor entre los hombres, que Cristo predicó ante las gentes humildes. Hablaba a Luz sobre la necesidad de unión entre los pobres a quienes los poderosos impedían la práctica de las virtudes y el goce de los placeres naturales. Decía, que, entre los más humildes seres, surgía, a veces una persona mujer u hombre- capaz de interpretar la voluntad divina; una persona a quien Dios señalaba con su gracia, a quien Dios ayudaba para convertirla en guía de los demás hombres. Claro que Luz era uno de estos privilegiados seres ungidos por el querer divino.

Afirmaba su interés en que la sociedad "Amigos de Dios", reunión de gentes sencillas y creyentes, entrara a formar parte de la Iglesia Nueva y aseguraba a Luz preeminencia de sacerdotisa y consejera en la organización que habría de fundarse en Venezuela. El Cura Verde asomaba la posibilidad de que, en torno a Luz, en la casa de Luz, bajo

el cuidado de Luz, se hiciera el Seminario donde se formarían los futuros pastores de esa Iglesia santa- mente opuesta a Roma y al Papa. Parecía como si le estuviera ofreciendo a Luz un cándido coro de místicos adolescentes que aprenderían de ella la manera directa de entrar en contacto con Dios. Luz sería el ejemplo permanente del éxtasis.

El Cura, envuelto en sus verdes sedas, apretado en la sotana de hereje esmeralda, tenía mucho de señora coqueta y sensual. Hablaba en fruncido apurruña miento de la boca. Yo había visto esos mohines en las amigas viejas de mi casa: mohines de saborear galletas y bombones junto con alguna copita de vino.

Señalaba el Cura, susurraba el Cura, la conveniencia de que Luz se uniera a él en el gran movimiento de la Iglesia Nueva. En algún momento insinuó que muchos jóvenes militares y muchos políticos importantes estaban interesados en esos proyectos religiosos.

Pude notar que Luz lo escuchaba casi bobalicona de intenso respeto reverente. El hombre le estaba diciendo lo que podía agradarle más. Por vez primera cambiaba de dirigente a dirigida. El Cura sabía producirle admiración; le hablaba de las gentes humildes; le decía que esas gentes nunca habían podido conocer la verdadera iglesia de Cristo; le aseguraba que los Curas, los Obispos, el Papa, engañaban siempre y que el verdadero cristianismo estaba solamente en unos pocos seres que, como Luz, habían logrado poseer la gracia de Dios.

-Juan de Dios, Gregorio Cobos-así sea un ladrón- el viejo Isidoro, todos éstos que han encontrado en ti su guía y su apoyo están pendientes de tus palabras... Ya ves. Ellos no

han querido a los curas, no han querido a los obispos, no han querido al Papa de Roma. Te han escogido a ti y junto contigo serán la base de donde surgirá la Iglesia Nueva. Tú tienes lo que ellos esperan; i serás siempre su Pastora espiritual.

-Nunca me he negado...

-Pero lo tuyo, basta ahora, ha sido pequeño. Estás preparada para grandes cosas, Luz. Hasta tu nombre conviene. Estás predestinada, Luz a iluminar... Eres como un cirio, como un farol, como una linterna que alumbra el camino a tantos corazones sencillos, a todos los que se acercan en solicitud de tus consejos, de los dones que Dios ha puesto en ti para ayudar a los que los necesitan...

Yo escuchaba, fastidiado por la obligación de estar sereno, por la retenida ansiedad del alcohol. Luz, inquieta, tendida sobre si misma, como si luchara todavía con el más íntimo sueño, como si mirara una escena maravillosa y no quisiera aceptar que fuera cierta, sostenía entre los labios una sonrisa apenas visible. Encendió un cigarrillo. Dijo:

- ¿Y usted?, ¿no es un cura como los otros aunque el color de la sotana sea diferente?

-Luz... Yo no tengo nada que ver con los que engañan al pueblo y le ocultan a Cristo. Yo pertenezco a la Iglesia Nueva, a la Iglesia del Pueblo. A la iglesia sin latín y sin mandatarios que se llenan de dinero y han olvidado las enseñanzas de Cristo. Yo estoy de acuerdo contigo. Tú me has enseñado el poder que se obtiene cuando nos dejamos caer entre las manos de Dios. Entonces El, en recompensa, nos ofrece la gracia y el conocimiento y la facultad de

aconsejar con rectitud. Tú serías mi consejera; tu sociedad sería la base de la Iglesia Nueva.

No me gustó el Cura Verde. Cuando pensé que ya había escuchado lo suficiente, me sali bacia la calle. Juan de Dios estaba cerca de la puerta y fuimos juntos hasta el bar de la esquina.

- ¿Qué le parece?

-Primero el trago. El trago. El trago.

Juan de Dios fue paciente. Comprendía que yo necesitaba calmar la retenida hambre de aguardientes. No sólo paciente, sino complaciente, Juan de Dios. Un gran amigo. Un hombre en quien siempre se puede confiar. Listo siempre para dar el apoyo necesario a los compañeros a quienes estima. Yo lo miraba y él pedía los tragos mientras observaba cómo iban reduciéndose, borrándose, los signos de mi necesidad. Sólo cuando me miró sosegado de bruma en la pupila, preguntó de nuevo:

- ¿Y entonces? ¿Qué le parece?

-No me gusta. Me parece marico y mal intencionado. -Eso es lo que yo digo. Quiere quitarle a Luz todo lo que tiene. Quiere sorbérsela con melindres y botarla después como un bagazo. -Claro, claro. Hay que defenderla, Juan de Dios.

-Ella no cree en mí.

Estaba amargo Juan de Dios. Todo el resentimiento de muchos años de pareja, de muchos roces, besos, gritos junto a Luz, se escapaban. Tal vez miraba su tiempo junto a Luz, la pasión que lo llevó hasta ella, el haberse

convertido en el ayudante de la sacerdotisa y estar ahora aparte, el haber perdido el placer de su cama y de su lengua y estar siempre atento a ella, deseoso de mirarla así no fuera cierto ya que su contacto de hombre y mujer los calentara, así hubiera desaparecido el amor.

-Tal vez sería conveniente que habláramos con ella todos los viejos amigos. Américo Arlequín y Cara de Piedra, por lo menos.

-Sería bueno. Lástima que hayan matado a Gregorio Cobos. Gregorio la hubiera podido convencer.

Juan de Dios sospechaba lo justo. Ni Américo Arlequín, ni Cara de Piedra, ni el policía Justo López, ni Pablo Yanes, el que era cómplice de Gregorio, pudieron defender a Luz. Despacio, pero seguramente, el Cura Verde de la Iglesia Nueva iba absorbiendo a los "Amigos de Dios" o desplazándolos cuando era necesario.

Luz fue decayendo y apenas se sostenía en su tristeza. Alguna vez pude hablar a solas con ella. Me dijo:

-Tú tenías razón. No soy nada. Ni siquiera su sirvienta. Dile a Juan de Dios que venga para hablar con él. Al fin, es mi hombre Juan de Dios y no el Cura Verde. Que me salve...

Estaba destruida Luz Montero. Le era imposible caer en sus trances proféticos; no podía contestar las consultas habituales. El Cura Verde estaba siempre cerca de ella, vigilante. El y sus acólitos llenaban la capilla con sus gestos brillantes y ostentosos.

El Cura Verde actuaba como el amo de todo, acompañado por un grupo de mozalbetes, presuntos candidatos al

Seminario de la Iglesia Nueva. Entre ellos, como un absurdo vejestorio, estaba cierto vejete, traficante de antigüedades e invertido, quien protagonizó por fin la escandalosa pelea que terminó con la Iglesia Nueva, aquel llamado Gerónimo.

Luz volvió a tener la posesión de algunas cosas, a pesar de muchas dificultades de tribunales y abogados. Volvió a su casa, pero ya era la negación de todo lo que había significado. Enfermedades, dolores, todo era peso que había caído sobre Luz. Sólo Juan de Dios continuaba como fiel servidor, velando su caída en la Muerte.

Yo, por mi parte, estaba hundido en una monstruosa tragedia delirante. Igual que todos. El gobierno se parecía cada vez más al miedo de la gente. Todos teníamos miedo y la risa estaba limitada a muy corto número de gentes poderosas.

Yo hacía incursiones por los sitios donde mis compañeros de juventud iban con sus mujeres a bailar, a embriagarse. Uno de los últimos placeres que podía permitirme ese molestar a los tontos para quienes yo significaba la más pesada y degradante presencia humana. Claro que me hacía expulsar a patadas de esos establecimientos cuando no me soportaban más.

Era una época de terror. Yo pasaba por entre los peligros como si anduviera disfrazado de sombra, como si viniera de los Infiernos; cuando chillaba y hacía presente que era una sombra y que había un infierno donde todos estábamos metidos, no parecía grato a los mortales aterrorizados.

Y sucedió que una noche logré darme el placer que había preparado. Logré asustar al Miedo mismo. Sentí al

cumplirlo la satisfacción de haber logrado lo perfecto; de lo que, al ser realizado, muestra el término cabal de un trabajo. No es que hubiera pensado en los detalles, pero todo se daba con exactitud magnífica; sentía que estaba cumpliendo un programa y aclarando misterios. Metido en una Misa mía muy distinta a la de Arlequín.

El bar adonde llegué era uno de esos sitios a los que llaman boîtes. Con su penumbra bien estudiada, con sus mujeres de gestos lentos y mirada oscura, con sus cuchicheos, risas, canciones, dulcedumbre melancólica y un jadeo al fondo.

Ya había pasado la media noche. Los que allí estaban formaban una pequeña sociedad entre cuyos grupos se iba comunicando un chisme, una historia, la forma de una boca, cierto olor.

Aquello estaba bien. Cálido, cordial, correcto. En cada mesa, la iniciación de los velados suspiros parecidos a un respirar de animal que olisquea. Yo estaba solo. Mis monólogos se quebraban en frecuentes digresiones obscenas, en injurias dirigidas hacia la humanidad entera, sin especial destino personal.

A comienzos de la noche había encontrado a uno de los antiguos compañeros (ni sé el nombre, el mote si: lo llaman el Duque) y me habló de que a alguien (a José, a Pedro, a no sé quién tampoco) lo habían llevado al ring. Y añadió, "sin ser boxeador". Comprendí que ese alguien (José, Pedro, como se llamara), es alguien a quien habíamos conocido el Duque y yo, había sido torturado en forma que reunía burla y dolor. Me había mostrado el Duque la figura de un hombre -cercano en la vaguedad de los olvidos herido de ridículo y de rabia, de lágrimas y de vergüenza. Le

pregunté al Duque por qué me contaba esa historia degradante y me respondió:

-Para darle sabor humano a tu borrachera de hoy.

Fue cierto. Me quedó como una almendra, como una gota de asco amargo, la noticia. Era un buen hombre manso el supliciado. Lo había conocido desde niño. En el colegio era alegre y tranquilo. Más tarde hizo versos. Tenía sus momentos de risa -como si recordara la infancia- y sus frases de melancolía. Era un hombre sin especial distinción, Podía ser amigo o darse ínfulas y pasar inadvertido entre las gentes que no apreciaba. Un hombre pequeño malvado, a veces bueno también, como todos, cuando era posible.

Y lo habían agarrado los policías: el que tenía la uña como pico de pájaro, el que golpeaba con un martillo tenaz, el que se distraía mezclando las sonrisas y la brasa del cigarrillo, el que inventaba historias para insultar, el que decía "ahora están violando a tu mujer, la tienen en la Sala de Guardias y se la pasan de uno a otro, la escupen, la ensucian, ha perdido toda defensa, todo pudor, porque sólo desea que aquello termine", llegaba también el especialista de colocar los vergajazos con tino sabio hasta lograr que el hombre se desmadeje por dentro y no pueda oponerse a que lo hagan montar en el aro de hierro que le rompe los pies.

Con esa semilla de asco y de odio entré a la boîte y, un poco más tarde, todo se rompió de repente. La pequeña caja musical donde estaba -la música, las mujeres, las musitadas palabras del deseo, los gestos que ocultan en su gracia la intención del deseo, los contactos maniáticos o groseros, velados por la serena actitud, por los brillos de la riqueza-se convirtió en el monstruoso calabozo donde

golpeaban a un hombre para obligarlo a subir a un aro de hierro que le rompía la carne. "Para obligarlo a pasar por el aro", como diría el Duque y soportar allí, desnudo, flagelado, herido, doliente, ridículo, en mofa, todo el peso del odio.

Y fui yo, el borracho burlón, el tonto perdido en sus bobadas y en sus angustias, quien se alzó entre todos los hombres y las mujeres que participaban en la pequeña y ridícula comedia del cabaret; yo, quien se levantó para gritar las únicas palabras convenientes. Creí que iba a hacer un discurso; no pasé de la frase donde condensé todo lo que me insistía en la cabeza desde que el Duque me había contado la tortura del ring.

Me alcé de la silla; apoyé las manos en la mesa. Necesitaba aprovechar el momento de tregua entre dos canciones, entre dos danzas. Dije:

-Señoras y señores... Un momento de atención. Mientras nosotros nos divertimos emborrachándonos y preparándonos para cualquier sesión de ejercicios de sexo, en esta ciudad se degrada a los hombres que se oponen al Gobierno.

Vi cómo revoloteaba alguna piel, el brillo de un diamante, unos ojos inquietos. Grité de una vez:

-Este es un gobierno de asesinos y de ladrones.

Me hizo la impresión de que la luz parpadeaba, de que el pianista golpeaba las teclas con torpe violencia. De cada mesa comenzaron a llamar para pagar la cuenta. Alguien se acercó a mí. Me dijo: "Véngase conmigo. Salga

inmediatamente". Pronto estuve en un automóvil lujosísimo, fuera de la ciudad.

-Usted como que está loco, Martínez.

-Probable. Pero no merezco el manicomio.

- ¿Lo llevo hasta su casa? Soy muy amigo de su hermano Francisco.

-Tenemos distintas amistades. Yo soy enemigo de mi hermano Francisco. Es un cretino intrigante, un castrado, un invertido.

- ¿Dónde quiere que lo lleve? En todo caso usted no puede andar solo por las calles. Terminaría en la cárcel.

-No crea. No me gusta repetirme. No voy a hacer de nuevo lo de antes. Bríndeme un trago en cualquier parte. No puedo soportar irme a dormir sin estar borracho; pero, al mismo tiempo, no tenga miedo; sé dónde y cuándo puedo arriesgarme un poquito.

-Yo no puedo quedarme mucho tiempo ni dejarme ver demasiado junto con usted. No me explico dónde podría ofrecerle un trago. ¿Por qué se ha expuesto a que lo lleven preso?

-Hay sitios donde tomar un trago en Caracas. Ya verá. En lo otro que usted pregunta, siempre tiene que haber alguien para decir la verdad. Cada noche, en cualquier rincón de la ciudad, hay un hombre que grita la verdad, que la escribe en las paredes, que la echa al aire en papeles. Y aunque haya prisiones, torturas, miles de policías, de delatores, de gentes que golpean, rompen, matan, escupen, insultan,

continuará habiendo alguien para gritar y escribir y pasar la verdad de un lado a otro. Somos muchos...

- ¿Usted es comunista?

Nunca he sentido tantas ganas de reír. Un Partido para mí, cuando apenas si era miembro de la sociedad de los "Amigos de Dios" y este individuo, me suponía unido a los graves enemigos del orden, a los entusiastas de la revolución y de la disciplinada acción subversiva. El caballero se había acercado a mí en solidaridad de clase, como defensor de un cercano ser, pero, al momento siguiente, ya me apartaba de sí con cierta reticencia, aunque las circunstancias lo obligaban al gesto generoso.

A él también le parecía repugnante la persecución por razones políticas y había sido sincero al amparar a un hermano de su amigo Francisco, a un individuo perteneciente a las familias severas y trabajadoras, a los burgueses capaces de defender ciertos principios humanitarios cuya importancia parecía indudable. Pero le quedaba la duda. Parecía posible, que, a pesar de que yo era alguien conocido y, por los momentos, compañero de lucha contra la dictadura, fuera también un temible participante del Partido misterioso y enemigo.

- ¿Usted es comunista?

-Deje que me lo pregunte la policía. Suélteme en la calle, simplemente. Duda de si ha ayudado a un comunista. Déjeme en la calle.

-No. Lo voy a llevar a su casa.

-Volveré a salir para buscar aguardiente. Y sepa que mi casa no es la casa de Francisco mi hermano. ¿Usted no conoce los cuentos de la familia? Yo soy el borracho de los Martínez, el expulsado, el que abandonó la mujer y los hijos, porque estaba harto...

-En fin, ¿dónde lo llevo?

Mi dirección fue, tal vez, lo que le dio la certeza de que quien vivía en tan pobre barrio tenía que ser hombre peligroso. Cumplió, sin embargo. Hay ciertos momentos en los cuales un caballero se siente obligado a variados e inútiles sacrificios.

Después de este acontecimiento fui solicitado por mi familia con mayor insistencia. Se trataba de lograr nuevas seguridades para todos. Yo estaba significando demasiado peso, excesivos inconvenientes. Debía salir de Venezuela. Podía irme a vivir donde no molestara a nadie, donde no pudiera provocar desagradados, escándalos y hasta graves contratiempos. Podía escoger en el mapa una linda isla para pasar larga temporada de vacaciones. Los hijos de Francisco tenían una lámpara que era también mapamundi. En la esfera iluminada mi hermano señalaba puntos maravillosos. Estuvo convincente. Me hizo pensar en Tahiu, en Córcega, en las Baleares. Apuntó las pequeñas Antillas, Martinica, Barbados, Jamaica, Guadalupe.

Le gustaban las islas a Francisco. Quería tenerme retenido en sitio definido de la tierra, amarrado a una roca.

Y lo grave es que coincidía con mis propios deseos. Por vez primera exponía proyectos acordados con mi voluntad. Soñé en el descanso que me apartaría de todas las inquietudes, de la ansiedad que estaba en mi. Soñé en el

gran remedio de la soledad. Echarme a dormir largo, con la absoluta seguridad de que nadie intervendría en mi existencia. Un resto de astucia me hizo alargar la conversación para obtener más de lo que Francisco ofrecía. Unos bolívares más.

Hablé con Arlequín antes de emprender viaje. Tal vez fue mi última borrachera en compañía de persona amiga. Me dijo Arlequín:

- ¿Sabes? Lo de la novela, lo de la Misa, lo de la vida mía toda, voy a dejarlo. Quién sabe si algún día, cuando ya esté muy viejo, decidiré por fin ser personaje de novela. Por ahora, no me interesa.

-Te pasarás la vida escribiendo. Eres literatura. Nada más que palabras.

-Ahora estoy escribiendo "El ballet de los Coroneles". Nuestra historia de ahora, de estos últimos años, no es sino la danza de los coroneles, el espectáculo de.

-No eres sino palabras.

-Con palabras se fabrica la vida como una ceremonia, política como un espectáculo donde los Coroneles bailan a Venezuela, donde bailamos todos una farsa.

-Yo no sigo en el juego. Yo me voy es-te-que-te-que. Desde ahora, la vida solo, sin nada que me amarre. Américo Arlequín, eres un imbécil. Crees que has descubierto veinte mil tonterías y no has logrado vivir en paz.

Nos quedamos en silencio. Me di cuenta de que había dicho el gran absurdo. Si yo podía ser el ejemplo de vivir en paz

ni la vida ni la serena conciencia de ir viviendo tenían sentido. Me corregí:

-Yo me voy de esta tierra para morir en paz.

Arlequín afirmó retrechero:

-Yo me quedo en esta tierra para poder escribir la vida de todos: "El Ballet de los Coroneles". No está terminado todavía.

-Cuando yo muera será el fin de muchas cosas. Puedes creer que no siento miedo de morir. Ya me he dado cuenta de que vivir es lo que me desagrada. Tantas cosas inútiles que parecen necesarias. Para mí todo es como el llanto de un niño que ruega un juguete. Necesito ya un trago, me estoy poniendo sentimental. Estaré mejor cuando diga mis impertinencias de borracho. Cuando señale que tú eres un tonto que no ha sabido siquiera tener una mujer.

¿De qué habla usted, Martínez?

-Me lo dijiste la noche de mi llegada al periódico. O más tarde, cuando te entregué la primera parte del reportaje sobre los "Hijos de Dios".

-Pues, te dije un embuste más. Si lo quieres saber exactamente he tenido una sola mujer a lo largo de toda mi existencia. Una mujer a quien quiero para siempre; tengo escrito el final de mi vida hasta más allá de la muerte rutinaria. Tengo escrito, de acuerdo con las normas de la Iglesia, mi excusa, mi razón ante el Tribunal de Dios, el Día del Juicio. Por ser Américo Arlequín, por ser personaje de novela, puedo seguir diciendo mentiras o verdades. Por ser

Américo Arlequin estoy vivo, escribiendo, más allá de todos los límites. Usted si, Martínez, usted va a morir.

Escribo estas líneas desde una playa fresca y serena. El mar es azul, liso. Toda la tierra parece destinada a ser usada, lista para que el hombre pueda vivir en ella con agrado y sin esfuerzo. Esta dulce manera de vivir se va a romper. Al comenzar a escribir decía que había de terminar mis notas rápidamente, no por temor a la Muerte, sino por miedo a no poder pensar. Ahora también es la Muerte. Casi me agrada estar cierto del término.

La mujer que viene cada día a ayudarme, la que me trae la comida y hace los trabajos, me ha dicho cosas graves esta mañana. Comenzaba mi primera botella de vino, cuando tuvo algo semejante a una caída. Me ha sucedido antes: como quien sueña que se desprende en el vacío y despierta con sensación de golpe; sólo que yo no desperté. Ni tengo ganas de despertar completamente. Vino el médico. También habló graves palabras.

Durante algunos días todo parece haber mejorado. Pero estoy seguro de que, en cualquier momento, volverá a producirse un desvanecimiento, una caída. Ojalá sea el definitivo traspiés. De lo contrario, me escalofría suponer que pueda llegar una de esas muertes a medias.

Claro que ha de llegar pronto el final. Tienen que ayudarme para llevar el vaso hasta la boca. Para escribir sujeto la pluma con ambas manos y tardo mucho en dejar sobre el papel las frases que dicen que me muero. Bien venga la Muerte. Es mejor que lo otro. A eso si le temo. Por temerlo tanto lo he buscado con insistencia. Para saber hasta dónde llegaba la medida cuándo daba yo al jugar eso que es más

que la vida. Por fin, quisiera salir ganador. Por la Muerte. Ella me salva.

Que lo sepa Francisco. No va a lograr verme destruido. Solamente muerto. Y eso de morir no es distinto en mí a lo que pudiera sucederle a un ciudadano cualquiera. Igual le pasará al cretino de Francisco. Todos morimos. Es lástima. Me agradaría poder suponer que sólo yo tengo la calidad de difunto. Sería admirable despedirse y dejar a los otros hundidos para siempre en la fastidiosa podredumbre. La eternidad del fastidio correcto para Francisco. La eternidad de las lágrimas histéricas para Betty, mi mujer. La eternidad del miedo para todos y la sangre y el dolor. La eternidad literaria de la novela para Américo Arlequín. Para mí la Muerte. A callar. El más grato silencio como un trago de vino poderoso, como la caída del sueño en el sueño. La muerte.

## **La novela de Arlequín**

### **PRIMER ACTO DEL BALLET DE LOS CORONELES**

Años más tarde, Arlequín miraba los acontecimientos que comenzaron aquella noche y se alargaron durante buen poco de tiempo sobre la tierra venezolana.

En lo que a Luz Montero se refiere, la dirigente de los "Amigos de Dios" sufrió muy graves inquietudes. Fue engañada por un aventurero quien decía querer fundar junto con ella un importante movimiento religioso; pretendía hacerse jefe de los "Amigos de Dios", desplazar a Luz en las actividades de la sociedad. Vestía sotana verde y se decía Pontífice de la Iglesia Nueva. Mucho tuvo que luchar Luz. Se había separado de Juan de Dios -opuesto a la amistad del verde Pontífice. Cara de Piedra fue relegado,

exclusivamente, a sus funciones de organista. Arlequin mismo era apenas aceptado como conocido a quien hay que recibir. Cuando se dio cuenta de que había sido engañada, cayó enferma gravemente; perdía el sentido como en los tiempos de su adolescencia. (No se sabe si recibía la visita de los ángeles armados del espadín que rozaba los flancos). En sus momentos de difícil lucidez llamaba a Juan de Dios. Le decía, "Juan de Dios, tú eres Luz". Alguna vez nombró al negro Rigoberto, el amigo de Gregorio Cobos, y dijo "hombre de oro". Estaba muy apesadumbrada por haber podido confiar en quien no lo merecía.

Muchas otras cosas sucedieron sobre la tierra venezolana. Arlequin mira desde lejos estas complicadas vueltas como una colección de danzas. La historia -los arabescos de la vida-tomaba la forma del "Ballet de los Presidentes derrocados", del "Ballet de la Revuelta y de la Conspiración", del juego coreográfico titulado "La lucha por Miraflores" de la tragedia burlesca (un discurso bailado y cantado en tres actos) que podía resumirse en la frase: "Desacato a los Presidentes, alzamiento de Coroneles y burla de la Revolución".

Arlequin piensa en su ballet:

El escenario es el del Palacio Presidencial de Venezuela. Una casa parecida a la de Juan de Dios, semejante a la de Arlequin, allá en Los Robles, sólo que más grande y más lujosa. Mosaicos y columnas, en lugar de cemento o tierra pisada. Columnas adornadas en lugar de los pilares de madera. Cortinas de pesada seda en lugar de las que la madre bordaba o tejía y adornaba con su lazo de cinta azul, de tal manera que la puerta parecía que tuviera talle y cadera de señorita romántica. Sillones de mimbre y cojines de cuero en lugar de los butacones y mecedoras del pueblo.

En el Palacio hay, además, alfombras, estatuas de bronce en los cuatro ángulos del patio y las cabezas de un antiguo Presidente y su señora asomada en mitad de las cornisas, sobre las puertas, sobre las columnas. Pequeñas cabezas, verdes por la lluvia y el sol, reducidas a un aspecto de florero. Semejante también a las que algunos indios reducen a mínimas proporciones de juguete.

Llenan las paredes pinturas murales de exaltada inocencia, como cartas postales ampliadas a las dimensiones del muro, parecidas a las que, sobre la cal de la pared, en el rancho de Juan de Dios, muestran una goleta sobre el azul del mar y un pájaro sobre el azul del cielo.

Hay paisajes, desnudos artísticos, una botella de champaña que explota de espuma donde se repite un gozoso baño de Cupidos, una mujer con cuerpo de caballo (pintoresca centaura de larga cabellera), un edificio de sucesivas terrazas superpuestas aérea arquitectura que invierte el juego de las cajas que contienen una caja más pequeña. Un suntuoso personaje cabalga su glorioso potro adornado de brillos suntuosos.

El mapa gigantesco de Venezuela cubre un gran trozo de muro.

Los escasos espacios vacíos entre las pinturas se llenan con nombres de batallas, de caudillos, de mujeres, como sellos y tatuajes del Tiempo y de la Historia sobre la piel del Palacio.

Arlequin fabrica minuciosamente la aparatosa casona del poder. Al fondo, una escalera alfombrada en rojo termina en el retrato del Ciudadano Presidente de la República,

rodeado por el prestigio de una figura resplandeciente: la autoridad, la soberanía, el mando la señora Miraflores.

La presencia del ciudadano Presidente de la República se sintetiza en ese retrato, pero también reflejan la imagen del Jefe de la Nación el aire asoleado, la luz del sol en las baldosas, el adornado espejo de la pileta, el bronce de las estatuas, las pinturas y tarjas de mármol figuras de la idea de Gobierno inventadas por un niño maniático de grandeza.

Esta casa es el sitio de la Autoridad. Para hacerla más parecida a lo que debe ser, también ha de encontrarse entre los pintados muros el sucio que viene del ejercicio del poder. Rubores de la ambición, frío de la miseria, pálido temblor de la angustia, maniobras y sonrisas de la adulación, gritos de la negada justicia, tristeza de los que sufren y seguridad de los satisfechos, rencor de los desesperados, hiriente palabra de la intriga, atraviesan los corredores, se sientan en los sillones, hacen la espera de las antesalas mientras pasan de una a otra mano el desencanto y la ilusión.

La luz dorada que emana del retrato del Jefe llena la casa y se mancha con la pátina que tiempo y uso dan a todas las cosas. El brillo del Orden y el Poder está pintado por mil roces antiguos y en el aire están vivos aún los gestos de pasar una moneda, de entregar una tarjeta, de susurrar un pequeño mensaje, de insinuar una delación, de señalar cualquier asqueante mezquindad.

Arlequin crea la primera escena del ballet: el juego cortesano de la reverencia y la sonrisa, del susurro y del ofrecimiento. Secretarios y porteros reciben recados, aceptan, niegan, hacen burla, se inclinan, fabrican la

pantomima equivalente al ejercicio de una traviesa ceremonia impertinente.

Todo este movimiento se detiene cuando el Ciudadano Presidente tome el sitio de su propio retrato, aparece en lo alto de la escalera y desciende los escalones, adornado por la brillante compañía de la señora Miraflores. Los gestos del Presidente despiden a los cortesanos poco a poco; sólo quedan junto a las puertas, junto a las columnas, los personajes decorativos que hacen guardia y los porteros de chaqueta abotonada con botones metálicos.

Llegados al centro de la escena, el Ciudadano Presidente y la señora Miraflores bailan su pequeña danza ceremoniosa, solemne y delicada, sobre la melodía denominada "motivo presidencial" - una melodía que puede apoyarse sobre ciertas frases del Himno Nacional, transformadas en arabesco, pícaro y amanerado. Se hacen reverencias el Presidente y Miraflores, se sostienen por la punta de los dedos, se enlazan apasionadamente, con pasión ostentosa, brillante, segura.

Esta danza del Hombre Poderoso pintado de metal y de jactancia se ha dado muchas veces sobre la oscura tierra de Venezuela en la casona lujosa que se parece al rancho de Juan de Dios. El Hombre Poderoso ha convertido la tierra venezolana en señora rutilante de todos los brillos: el de la estrella nocturna y el del verde espejo de las olas y el de la mancha amarilla del sol sobre los flancos de la montaña; el del misterio de la tarde y la presencia de las gentes, el del poder de las cosechas, de los torrentes, de las minas, de los rebaños.

Junto al Hombre Poderoso, la señora Miraflores es disfraz de resplandor y su unión con el Jefe tiene siempre un dejo

de reserva, un ademán de lejanía. Bajo todos los aspectos de la frivolidad, esta mujer es una diosa hecha eventual compañera, libre siempre, aunque sujeta a las ceremonias del "motivo presidencial".

El Hombre Poderoso se ha llamado General presidente, Coronel Presidente, Doctor Presidente o simplemente-Ciudadano Presidente. Ha venido de la revuelta campesina, de la rebelión ciudadana. Ha salido de las manos de los que trabajan la tierra del mundo de la mazorca, de la espiga y de la almendra-; de los que luchan con el toro y el caballo; de los que bucean la ostra y el brillo redondo de la perla; de los que arrancan a la tierra las vetas amarillas; ha tomado la voz que viene de la burbuja y del fuego de la estrella sobre la tierra venezolana; ha hecho suyo el nombre de los que no tienen nombre para bailar la danza del poder y el olvido de todos los que le daban significado.

General, Coronel, Doctor o simplemente- Ciudadano, se ha lanzado a la danza con la tierra disfrazada de señora. Un "pas de deux" -dice Arlequin- que el General, el Coronel y el Doctor -o el Ciudadano simple- mente-ban bailado muchas veces hasta ser interrumpidos por otro General otro Coronel, otro Doctor y otro Ciudadano.

Esto es lo que va a pasar ahora - señala Arlequin. Sin que se detenga el "pas de deux" presidencial, irán apareciendo los Coroneles en momentáneas intervenciones. Hacen los signos de la conspiración. Mueven una cortina (la seda tiembla como una frase susurrada) dicen el santo y seña del compromiso; repiten los gestos por los cuales se reconocen; se reúnen en conciliábulo y se desperdigan hacia las esquinas como si jugaran a "la candelita".

La "danza del Presidente"-señora Miraflores duplica sus pasos y nada más supone ademanes autoritarios que producen resultados visibles en las pinturas murales y el movimiento de los servidores de Palacio.

El Presidente ordena y un portero atraviesa la escena con un platón

y una copa o se inclina ante la señora para entregarle el pañuelo que ella dejó caer.

El Presidente ordena y se enciende una lámpara.

El Presidente ordena y, sobre el mapa de Venezuela, se marca la línea

de un camino, el nombre de una población.

El Presidente ordena y, dentro de un mural, una paloma mueve las alas, agita la bandera que lleva en el pico, cruza su cielo azul.

El Presidente ordena y, en el mural correspondiente, una goleta surca el mar.

El Presidente ordena y, en el paisaje que adorna una puerta, cambian las luces del crepúsculo o sale el sol.

El Presidente ordena y uno de los Coroneles se acerca, saluda militarmente, sale a cumplir lo que se le ha dicho.

Luego, Miraflores y el Presidente repiten su danza de amor y cortesía y los Coroneles intervienen, cada vez más audaces: su baile disloca los pasos de la pareja presidencial,

igual que el "motivo de la conspiración" choca con el "motivo del poder y la autoridad".

Arlequin mira el dibujo preciso de esos arabescos que dicen la lucha por el Gobierno. Un juego de dolorosas picardías. El Presidente quiere medir la fuerza de sus movimientos autoritarios sobre el nervioso desplazamiento de los Coroneles; ensaya sus anteriores manipulaciones de mando. El resultado es asombrosamente ilógico.

El Presidente ordena y, entre las manos del portero que lo obedece, se quiebra la copa de cristal sobre el platón brillante.

El Presidente ordena y la línea de un camino sobre el mapa de Venezuela es sinuosa, indecisa; varios nombres de poblaciones aparecen y se apagan entre parpadeos.

El presidente ordena y el barco que debería seguir camino sobre su mar pintado retrocede tambaleante hacia el puerto de partida.

El Presidente ordena y la luz del crepúsculo, en la pintura que adorna la puerta, se convierte en incendio humeante.

(Así fue aquella noche del encuentro con Luz Montero a la puerta de su casa; cuando Juan de Dios venía borracho y dijo una mujer: "¡Qué vaina! ¡Ricardo que no llega!")

Lo que venía siendo normal desarrollo en el cumplimiento de las órdenes presidenciales se rompe en contratiempos sorprendentes. Suena un teléfono con máxima estridencia. Los Coroneles hacen sonar sus tacones. El Presidente repite el gesto al cual debería corresponder el vuelo de la paloma sobre su cielo. Un Coronel dispara y la paloma cae

al suelo, su inútil ala ensangrentada en los desordenados movimientos de la agonía. Bajo el peso glorioso de su jinete, el plateado caballo de un retrato relincha y se cabrea. La barca que cruza el mar zigzaguea y se hunde. Sobre el mapa de Venezuela pasan de una a otra población señales de luz, como mensajes en lenguaje Morse.

Los Coroneles intensifican su actividad.

Muchos Coroneles, piensa Arlequín: cada uno con su imagen de Miraflores dentro de la cabeza, con su sueño de tierra oscura como una brasa dentro del corazón, con su ambición de poder y de gloria como una espina hincada en la entraña; cada uno con su característica personal: el Coronel Narigudo, el Coronel Barrigón, el Coronel Rubio, el Coronel Bizco, el Coronel Triste, el Coronel Falso, el Coronel Elegante, el Coronel Bravucón. Hay uno hipócrita y de mal carácter; otro violento y altanero; otro severo y ordenado; otro de larga risotada para el placer. Muchos Coroneles, piensa Arlequín y marca en la dorada entraña del Palacio los significativos desplazamientos de los militares.

El motivo musical de la conspiración va enriqueciéndose de guerreras trompetas; ya se inicia francamente la altiva melodía de la revuelta.

El Coronel Fuerte escribe un trozo de papel apresuradamente, lo entrega a un soldado.

El coronel Rubio dice el nombre de un sitio, de una guarnición.

El Coronel Elegante dibuja una maniobra sobre el mapa de Venezuela; cinco poblaciones quedan lindamente unidas en una estrella de cinco picos.

El Coronel Triste destruye un documento; lo quema cuidadosamente: entre sus dedos, las llamas destruyen "la lista de los conjurados".

El Coronel Bizco ordena a uno de los soldados de guardia que abotone correctamente la guerrera.

El Coronel Bravucón pone entre las manos de un sargento una ametralladora.

El Coronel Severo anuncia que el Cuartel 23 se ha rendido. El Coronel Falso cambia la hora en el gran reloj del Palacio.

Como si no tomara en cuenta lo que pasa en su derredor el Presidente reanuda su danza con Miraflores, mientras los Coroneles, después de nuevo conciliábulo conspirativo, desarrollan con toda exactitud las maniobras del golpe de estado.

Situados en lugares estratégicos pintoresca estrategia de salón pala- ciego hacen los oficiales su simulacro de guerra; disparan desde el suelo, por debajo de una mesa, detrás de un sillón, por encima de un biombo y Luego hacen las piruetas de la picardía, los aspavientos del medroso consejo de silencio, los saltos de la regocijada parada militar. Las pistolas de los Coroneles disparan cintas de color, dirigidas hacia Miraflores; algunas de estas cintas dan en blanco y van haciendo a la señora prisionera de los conjurados.

Diversas zonas rojas ocupan el mapa de Venezuela. El tableteo de las ametralladoras irrumpe por instante con

violencia en el recinto de Palacio; Luego persiste como un rumor lejano. Acordados con los disparos y las cintas de los Coroneles habrá -dentro del motivo musical de la revuelta, como parte de la maniobra militar- choque de hierros, órdenes militares, paso de carros de combate, ruido de aviones, frases confusas repetidas por altoparlantes.

Ahora -dice Arlequín- como brillante ribete de esta escena irán apareciendo en torno a la acción central, los Políticos Oportunistas, la compañía de circo de los Arlequines, Saltimbanquis y Malabaristas. Movida y caloreada la aparición de los Políticos en torno a los personajes centrales unida a ellos, elaborando el secreto, aconsejando misteriosamente, pasando de uno a otros papelitos de diverso color.

Prestidigitadores, saltimbanquis y payasos los Arlequines, Políticos y Malabaristas. Habrá alguno -piensa Arlequín- como aquel otro Arlequín que llegó hasta Los Robles con su mono y lo hizo bailar en mitad de la plaza. Muchos Políticos Malabaristas; muchos Arlequines Saltimbanquis. Cada uno- piensa Arlequín- con su imagen de Miraflores dentro del pensamiento, con su sueño de tierra oscura y de pueblo generoso como una brasa dentro del corazón, cada uno con su ambición como una espina hincada en las entrañas.

El Jefe de Pista tiene en la mano un látigo que hace restallar a derecha e izquierda con un sonido de disparo. Es capaz de una extraña capacidad: la de estirarse o empequeñecerse en un gesto gracioso y sorpresivo. Su número es el de la "transmisión del pensamiento" y su compañera una muñeca llamada Miraflores II, la que dirá las soluciones de los problemas que el público plantee. El se llama Acordeón. Cuando esté apoyado por los Coro-

neles parecerá grande; cuando éstos le nieguen apoyo parecerá casi enano.

Otro personaje del Circo es el que cuenta historias y canta y baila; falso negro pintado, pomposo y doctoral, es el payaso; mima un espectáculo de rimbombante solemnidad, coloca las manos en círculo sobre su cabeza, como una corona y luego caricaturiza una rápida fuga sobre sus grandes zapatos amarillos. En el pecho, en la solapa de seda, sobre los largos dedos de sus manos enguantadas brillan joyas, botones y condecoraciones.

El prestidigitador y manipulador de números realiza difíciles operaciones, juega con figuras geométricas y cifras de muchos ceros; saca de sus bolsillos, de sus mangas también de las mangas y los bolsillos de cualquier otro personaje monedas, barajas, un reloj, un grano de café, una almendra de cacao, un pozo de petróleo, una bombilla eléctrica, un trozo de hierro, una botella de leche, un conejo.

El que maneja las banderolas está disfrazado de chino: en torno a él, todos los colores de sus trapos pintados forman bellísimas flores que enredan sus pétalos en admirable zarabanda.

El lanzador de puñales (vestido de guerrillero, con vistosas botas adornadas de clavos de cobre) es experto también en ejercicios de tiro.

El Millonario Loco es un clown triste y torpe que lleva en derredor de la cabeza la figura de una mujer desnuda y baila, de cuando en cuando, una lenta "danza del vientre".

Muchos Coroneles, muchos Politicos Malabaristas. Uno de las charre- Leras encendidas será como el antiguo Capitán Arlequín, deseoso de El dorados, rabioso contra el pueblo de los señaladores de caminos, encadenado a ellos por su propia ambición y muy capaz de cortarles a todos la cabeza por hambre o por venganza. Uno entre los políticos tendrá sueños de mar y de ola sucia y deseará su tierra para revolcarse en ella, destrozado y caliente con un verde regusto de sal y gelatinas en la boca. Otro está acompañado por imágenes agrícolas mazorca, espiga, almendra. Otro lleva dentro una húmeda bruma de montaña y ansiedad vegetal de peludo frailejón. Otro siente un lento balbuceo de ostra con su pálido nácar en la garganta ansiosa. Pero, sean cuales fueren los sueños primitivos los que tienen sombra de pueblo y reflejo de tierra fecunda en el brillo inicial de la burbuja- todos bailan el ballet de la conspiración y alzan las manos ansiosas hacia los frutos del poder.

Arlequín Presidente, Coronel Arlequín, Arlequín Malabarista están metidos en el juego doloroso y sarcástico de la conquista de Miraflores. Arlequín Acordeón que se encoge y estira, Doctor en Ciencias Ocultas, hábil para presentar como propio el pensamiento ajeno, hábil para hacer repetir sus fórmulas por una compañera y presentarlas como si fueran dictados del Destino. Arlequín-bisco y con charreteras- angustiado por lo que habrá de resultar de todo esto. Arlequín doctoral y obeso, pomposo y misterioso, pesado de la más estruendosa vanidad. Arlequín que juega con los números y cambia en siete deoros el as de corazón. Arlequín manipulador de banderolas, lanzador de cuchillos, estúpido y vulgar imitador de la "danza del vientre".

En ese juego de astucias, travesuras y habilidades estuvo también Américo Arlequín, personaje de novela. Ante él se

hizo el espectáculo, aunque estuviera aquella noche a la puerta de la casa de Luz Montero y escuchara comentarios de Juan de Dios, triste y borracho como un nuevo Rey Miguel destronado.

"Pas de deux" del Presidente y Miraflores.

"Pas de quatre" de los Jefes Coroneles.

"Pas de six" -nervioso, moderno, con música de circo de los Políticos Malabaristas, de los Arlequines Saltimbanquis.

En el Palacio que Arlequín inventa el Ciudadano Presidente y Miraflores bailan el "motivo presidencial" con exquisita ternura, con delicada tristeza a la cual responde, como regocijada picardía, la artimaña de las cintas que los Coroneles disparan para atrapar a la rutilante mujer.

(La escena tiene el mismo tono sentimental que la llegada de Juan de Dios borracho, ante Luz-el eructo alcohólico y la voz que corrige cualquier descortesía y se devuelve groseramente: "Buenas noches, mi amor. Todos son unos carajos.")

Miraflores, inquieta cuando siente el freno de las cintas que la amarran, va cediendo a la violencia. Se diría que encuentra gusto en ella. Suena el teléfono con estridencia extraordinaria. El Presidente toma la bocina y sostiene una conversación apasionante. Muy autoritario al comenzar, las respuestas que recibe befa e insulto en voz de altoparlante- lo hacen humilde y resignado. Mientras hablaba, el Coronel Alto ha disparado sobre Miraflores; la cinta azul de su disparo se ha enredado en el fino cuello adornado de piedras brillantes. Ella tiembla, gozosamente herida; de la cinta que la oprime hace lindo lazo coqueto

junto a la oreja; halada y sostenida por Coroneles y Políticos desaparece, agasajada y triunfal, mientras el Presidente, al dejar el teléfono baila el "motivo del derrocamiento y la abdicación". Una danza muy grave, de oscura melodía romántica a la que se oponen los estridentes toques. de la revuelta y los tonos encendidos, poderosos y populares de la Revolución.

Coroneles y Políticos (cada uno acompañado de una linda Miraflores) regresan para bailar el tema de la victoria. Señalan al Presidente la "Puerta del Exilio". (Nadie había mirado anteriormente esa puerta y ahora se muestra con una flecha luminosa y un muy claro letrero que indica su uso.) Al fondo, la gente del pueblo baila sobre el ritmo de la Revolución.

Entre esa gente -piensa Arlequín- está Juan de Dios con sus historias de niño que siembran en el olvido la escama podrida de un pescado, con sus historias de hombre que no se engaña por los alcoholes de la borrachera ni por los gestos de la revuelta. Juan de Dios que ama a Luz, Juan de Dios que dice "todos son unos carajos" y esta Luz ella también sacerdotisa de un rito que comenzó en el sueño de un ángel. Está Mariana, la que alza en los brazos un palio prodigioso para el baile de las almendras rojas y del tambor templado. Está Rigoberto, faculto en el trato de duendes y en la organización de velorios en honor del Niño Jesús. Está Dionisio el que descifra las huellas. Está Santiago y el viejo Ulpiano uno para sentir los poderes de Rigo, otro para contar historias bajo la sombra de los laureles de la plaza. Está Genoveva -los primeros ojos azules que Arlequín vio en su vida y la recitadora del álbum empastado en terciopelo rojo, unida por fino sentido de cariño a la muchedumbre que pide justicia. Están otras figuras del pasado: el italiano del mono, el poeta que dice "yo no nací

sino para quererte"; el indio que olvidó su destino y lo busca entre sus olvidados dioses;

Rey Negro Miguel, coronado del sueño más triste. Están también Narciso Espejo, Olivo, Vargas, Ruiz, Martínez; los compañeros universitarios y Arlequín mismo el otro Arlequin, el que oficia como sacerdote y acólito en el espectáculo de la tarde y en la misa de su propia existencia; Arlequin el que canta:

-Amo esta tierra de cobre y de dolor, amo mi oscura tierra y las gentes -mi gente que surgen del fango y la burbuja, las gentes de mi sangre: mi pueblo.

Está, el fondo de la escena, la Gente del Pueblo y en sus manos se alza una y otra vez el cartel que dice "Viva la Revolución" mientras, en primer plano, bailan el triunfo del golpe de estado tres Coroneles y el Político Acordeón, Jefe de Pista en el Circo de los Arlequines Saltimbanquis y Malabaristas.

Dos sucesos señalan el final del acto: Juan de Dios logra avanzar con su cartel de "Viva la Revolución" hasta que el prestidigitador se lo cambia entre las manos por otro cartel que dice "Viva el Partido". Juan de Dios zapatea el motivo musical de la protesta. Al otro lado hace igual el Coronel Desplazado, el que no tuvo sitio en la victoria. De entre las Gentes del Pueblo avanzan también las mujeres -Luz, Mariana, Natividad, Genoveva, Rosario. Todas las Miraflores les bailan engaño y dulzura, enredo y falsedad para hacerlas salir y asegurar la alegría del triunfo que bailan los Coroneles y Acordeón. Este avanza hasta las candilejas. El cartel que hay entre sus manos dice nada más- Viva Acordeón Presidente.

## **La novela de Arlequín**

### **SIGUE EL BALLETO DE LOS CORONELES**

No se detuvo el espectáculo de los Coroneles en lo sucedido la noche de la conversación con Luz, la noche de la llovizna, cuando en el callejón que sube el cerro se hablaba de aquello como de un incómodo acontecimiento; cuando una voz de mujer decía: "¡Qué vaina! ¡Ricardo que no viene!", y Juan de Dios expresaba su menosprecio por aquel misterio de agujas de oro y entrecortados estampidos en la entraña húmeda de la noche.

Las gentes continuaban su actividad de siempre- el amor, el trabajo, el pan, el llanto y la alegría de los niños-, pero allá en el dorado recinto de Miraflores persistía la lucha por el poder, las maniobras por la posesión de la mujer que acompañaba la danza presidencial. De estas combativas complicaciones se escapaba frecuentemente una semilla de fuego que ponía espinas de inquietud en la existencia de una pareja, de una amistad, de una casa, de una tarea.

Luz y Juan de Dios -por ejemplo- rompieron durante unos meses su unión de tantos años. Juan de Dios creía tanto en la cercana correspondencia de Luz y sus imágenes -en el poder de Luz, santa y sacerdotisa- que la hacía responsable de lo que estaba pasando. "Usted ayudó al Capitán", decía Juan de Dios y una llama de odio le sorbía la voluntad de acercarse a Luz y de tocarla. "Y ahora con este loco muérgano que le va a quitar todo... En lo que ha caído usted, Luz: un hombre disfrazado de cura verde y que, por demás, no le gustan las mujeres." "No sea tonto, Juan de Dios. No estamos ya para celos. A mi se me han gastado a lo largo de todas tus vagabunderías. Y con Monseñor no es cosa de amores. Es cosa de fundar la Iglesia Nueva: una

iglesia de nosotros, una iglesia del pueblo, sin Papas, sin Obispos y sin curas. Una Iglesia para entenderse cara a cara con Dios." "Y entonces, el cura verde ¿va a desaparecer después de que haga la Iglesia Nueva?" "Usted no quiere entender, Juan de Dios. No se moleste la cabeza. Se pone usted con esas cosas y yo no soy sino una pobre mujer que no encuentra qué pensar." "Usted. Lo que pasa es que me ha dejado por el cura verde." "Y usted a mí por los tragos de ron."

Juan de Dios se sentía muy solo y muy desamparado. Trabajaba en el Aseo Urbano. Fue, en un momento dado, ese barrendero que Arlequin encontró a la orilla de la plaza central; el que decía "¡Ay, Dios qué vida!", y miraba con ansiedad más honda que el simple deseo a una mujer que soltaba sus pasos menudos sobre la acera pulida de luz amarilla. Juan de Dios era -inexplicablemente uno de los vencidos por los acontecimientos elaborados en la entraña del Palacio.

Allá -dice Arlequin- todo parece igual, si se exceptúa el hecho de que - como otras muchas veces a lo largo del tiempo, ha cambiado el retrato presidencial y es ahora la figura de Acordeón la que brilla ostentosa y autoritaria acompañada por el brillo y la gloria de Miraflores II. Arlequin los mira bajar la gradería del poder y hacer la danza de la ceremonia y el agasajo, de la reverencia y la genuflexión.

Acordeón del estira y encoge está muy estirado. Procede a ejecutar el número de la autoridad. De acuerdo con la fórmula tradicional, sus órdenes se cumplen: el mesonero le ofrece la copa; dentro del mapa de Venezuela se enciende un camino, porque él lo ha querido; porque él lo ha querido se va al mar una barca y vuela una paloma.

Sin embargo, hay pequeños inconvenientes dentro del juego cortesano. El Coronel Desplazado no forma parte del grupo que rodea a la actual pareja del poder y, entre los malabaristas del Circo, el lanzador de puñales realiza ejercicios de tiro que expresan peligrosa e insistente violencia. El negro bailarín provoca en su torno continuado interés. El clown triste-el disfrazado de millonario loco- el que adorna su cabeza con una figura de mujer desnuda, se acerca a uno y a otro y rompe la normal ceremonia presidencial.

El prestidigitador de las cifras y de las figuras geométricas (el que sabe sacar de los bolsillos, las mangas, y la solapa los símbolos de la riqueza) ofrece al Presidente una máquina admirable: al apretar un botón, la máquina grita "Viva Acordeón Presidente" con gruesa voz de muchedumbre entusiasta.

Por fin, es claro que Acordeón no logra realizar con toda perfección los ejercicios del mando. Cuando entrega una hoja de papel al Coronel Desplazado, éste rompe el papel y echa por tierra los pedazos. Todo ello produce en el ambiente palaciego la más desordenada inquietud.

Desde fuera vienen el tema de la Revuelta, las notas de la Conspiración. Asoman al fondo los personajes del pueblo y se oye de nuevo el canto revolucionario.

Acordeón intenta imponer su autoridad. Apoya el botón de la máquina aclamadora y, luego de escuchar una o dos veces la voz de la muchedumbre que grita "Viva Acordeón Presidente" se siente derrotado cuando suena en la máquina otro grito: "Viva el Presidente Bailarín". Los Coroneles lo hacen salir apresuradamente por la "Puerta del Exilio". El negro Bailarín se hace solemne y dibuja los

gestos de la corona sobre su sombrero de seda. Espera que se fabrique en su derredor la ronda cortesana, pero en contra de lo que esperaba las manos de los Coroneles le señalan la "Puerta del Exilio". Las vueltas de sus zapatos amarillos pintan de fuego el final de su partida.

Tras diversas jugarretas indecisas, tras indecisos movimientos hacia uno u otro de los Coroneles, el Coronel Triste es quien logra formar la rueda del respeto y, de inmediato, inicia la ceremonia del Poder. Miraflores III -su Miraflores- lo acompaña. Triste hace el juego de las órdenes acatadas. la copa del mesonero, el camino en el mapa, la barca que surca el mar. Hace el signo de la despedida y comienza a subir la gradería que termina en el retrato presidencial cuando el lanzador de cuchillos -el guerrillero o cowboy- lo hiere con muchas hojas mortales, lo atraviesa de puñaladas. El Coronel Triste rueda su muerte por los escalones de terciopelo rojo; arrastra en su agonía los faralás y las lentejuelas, la rica gloria de Miraflores III.

Dentro del más terrible desorden. Desplazado dispara sobre el lanzador de cuchillo, quien también cae muerto. Los cadáveres son retirados apresuradamente. Los Políticos malabaristas rodean en diversos grupos a los Coroneles, pero el Grupo de los Detectives -un nuevo grupo que baila con los revólveres en la mano el tema de la sospecha- es el que impone finalmente a Desplazado. Algunos Políticos Malabaristas, algunos Coroneles, son empujados hacia la "puerta del Exilio".

Los detectives detienen y hacen retroceder a la Gente del Pueblo. Son ellos los que realizan y aseguran la ceremonia del agasajo y de la obediencia mientras el Coronel Desplazado y Miraflores IV bailan el tema presidencial.

### ACTO III

El Coronel Desplazado ejerce el poder. Sus órdenes se cumplen con exacta rapidez: la copa en la bandeja, el camino que brilla sobre el mapa de Venezuela, la paloma y la barca desplazadas sobre sus dos azules complementarios.

Arlequin piensa en el desarrollo de estas escenas como un círculo de mando asegurado por los Detectives y continuamente atacado por algunos Coroneles, algunos Politicos Malabaristas y la Gente del Pueblo.

Brillantes escaramuzas-foetazos y disparos de los Detectives- hacen patente la tensión. Muere de un tiro la dama del álbum empastado en terciopelo rojo. Arlequin el poeta -el que canta los frutos de la tierra y la mujer que tiene la exacta forma de su corazón cae violentamente golpeado. Un disparo biere a Juan de Dios y Rigoberto inventa para él los aceites que curan y sostienen. Muere de su destino recordado, entre las figuras de los dioses antiguos indio Arlequin, compañero de la Muerte sagrada, esposo ocasional de la Triste Prostituta... Se desangra en la agonía rabiosa de la lucha el Coronel Bizco. Muere algún detective con la mueca de su bigote, con la inútil cola de su bastoncillo, con su enorme revólver ya callado. Cae también el prestidigitador de cintas y barajas, el inventor de la máquina que tiene voz de multitud.

A consecuencia de todas estas luchas, el círculo del poder, asegurado por los Detectives, va haciéndose más pequeño. Desplazado se inquieta. El teléfono entre las nerviosas manos, intenta Desplazado diversas llamadas urgentes, se enreda en el hilo, no coordina sus piruetas, tropieza con las faldas de Miraflores IV.

Ya se anuncia el final de Desplazado por los temas de la Revuelta y de la Revolución. El hombre del poder llama, tambaleante, a sus antiguos compañeros. Insiste ante ellos para obtener respuesta. El resultado es, siempre condenatorio. Cada uno de los Coroneles a quien Desplazado pregunta, le señala con gesto imperativo la "Puerta del Exilio". Por ella salen temblorosos de miedo Desplazado y Miraflores IV, mientras se derrumba en violenta derrota desordenada el círculo de Detectives sostenedores de Desplazado.

En medio del gran tema de la Revolución se va fabricando el orden. Algunos Políticos Malabaristas -Acordeón, Bailarín, el que juega con las banderas -van tomando sitio central. Del oscuro grupo de la Gente del Pueblo avanza Juan de Dios: entre sus manos la gran bandera que dice "Viva la Revolución". La cede -es natural- al que tiene por oficio dentro del circo la manipulación de los vistosos trapos, de las largas cintas de color.

Es en torno a ese gracioso abanderado de todos los colores como se reúne el espectáculo de la ceremoniosa danza presidencial. En baile de banderas el nuevo amo del poder va echando lejos las que no le parecen interesantes: la que dice "Acordeón Presidente", la que dice "Bailarín Presidente", la que dice "Viva el Partido", la que dice "Viva la Revolución". Se adorna él y enlaza a Miraflores con la bandera que dice "presidente Yo".

La gente del pueblo va retirándose con triste majestad.

Terminado el ballet, en la puerta de su casa-ante Luz- Juan de Dios repite a su mujer, con la exquisita tristeza de un antiguo poema: "Yo no nací sino para quererte. Todos son unos carajos." Luz está cierta de que su hombre dice verdad

y le besa los labios que repiten, como en otro poema; "con este amor, esta mujer me hace andar así llorando".

Allá, en el Palacio, el Abanderado repite la escena tradicional del mando. Sus órdenes son obedecidas y los cortesanos muestran ante él jubilosa complacencia aduladora. Sin embargo -extraña irregularidad, en la pared del fondo, como una protesta, relincha y se cabrea el caballo que cabalga la imagen de un héroe antiguo. Se diría que sus patas marcan el motivo de la revolución y que el antiguo héroe tiene cara de indio, cara de negro, cara de poeta, cara de pueblo rebelde.

## **La novela de Arlequín**

### **EL JUICIO DE DIOS**

Arlequin inventó para el final de su destino auténtico, para el instante de más allá de la Muerte, para su encuentro con Dios, una Misa creada a la medida de las circunstancias, a la medida de sus disfraces, a la medida del amor y de la mujer que siempre cubrió exactamente el territorio de su corazón.

Una vez más, en su imaginario momento definitivo, entró a escena. Está ante el altar, Arlequin. Como sacerdote y servidor del culto, como oficiante y acólito. Se acerca al altar de Dios, al lado del mármol, junto al oro de las sagradas vestiduras y de la copa donde se realiza el misterio.

-Introibo ad altare Dei- dice Arlequin sacerdote y el acólito Arlequin es quien responde:

-Del Dios que alegra mi juventud.

Su voz viene de la infancia como el trino de la campana de plata, como el recuerdo de lo que se ha olvidado, cuando ya está indicada la siguiente frase sacerdotal:

-Júzgame, Señor y aparta mi causa de la de las gentes pecadoras.

-Júzgame.

Y es Dios el que hace el juicio.

En el Valle de Josafat sonará la trompeta, terrible cobre donde ruge el soplo de los ángeles de la Vida.

Muy graves estas historias, si lo pensamos bien- dice Arlequin. Fuerte es el respirar de la Muerte, el aliento que detiene el tambor del corazón. Fuerte el respirar del Ángel de la Muerte que seca el sudor en su papila y el semen en su glándula y la saliva del niño y la leche de la madre y apenas si deja crecer el cabello y la uña. Terrible el respirar del Ángel de la Muerte que empaña el espejo de los ojos y endurece los labios sobre el hueso del diente: terrible respirar de seca ansia por el cual toda carne queda abierta al gusano, rota bajo la fina piel.

Terrible el respirar del Ángel de la Muerte dice Arlequin-, pero más terrible y poderoso el soplo del otro Ángel, estirado en su cauce de bronce para llamar de nuevo la ceniza y el hueso a congregarse y citar los desperdigados granos de los seres para que vengan a ocupar su sitio, a tomar forma de cuerpo basta el cartílago de la nariz, basta la raíz del vello, hasta la ansiosa piel de la lengua. Terrible y poderoso este otro aire adelgazado en su vena metálica, caliente en su grito que reclama autoridad y orden para

hacer bullir el hormiguero humano nervioso, anhelante, cargado del juicio de cada quién sobre sí mismo.

-Júzgame Señor, y aparta mi causa de la de las gentes pecadoras, como yo la aparto.

Alguien preguntará:

- ¿Por qué me has despertado? El Ángel de la Muerte había dicho su orden; no había "yo" sino cenizas que volaban en las volutas de la oscuridad, en la negación de la luz, en el silencio anterior a cualquier sonido, en la sequedad anterior a la primera gota. ¿Ahora, por qué me has despertado para que nazca la palabra en la boca y el deseo en la entraña y la inquietud en el corazón?

-Júzgame, Señor.

Terrible y poderoso más de lo que puede concebir la mente humana- el estridente chillar del viento en su arteria de cobre, como un latigazo al que atienden las fieras fantasmales, las formas de lo que ya no existe, las gentes como tigres, como serpientes, como corderos, como peces, como flores, como algas, como hombres. Apenas vivientes y ya listos para herir, para gritar, para morder, para llorar, para exigir.

- ¿Por qué me has despertado? Júzgame y sepárame de los pecadores.

Posiblemente, comenzará entonces un asomo de orden. Los otros seres alados, los que son apenas figuras de la voluntad divina (los que rozaron el vientre de Luz con espadas de plata cuando ella soñaba los jardines de la Muerte) harán formar la hormigueante multitud en rangos,

en filas, en hileras y luego mucho más tarde, pero ¿qué será el tiempo en el segundo despertar? se hará sitio para el diálogo, para la entrevista, para el Juicio. -\_Apártame de los pecadores.

El Tribunal de Dios se constituirá en sitio prominente y habrá preguntas y respuestas, conforme al texto de la comedia de justicia que los hombres conocen.

Cuando toque el turno a Arlequín (el que tiene la voz del sacerdote y responde con la campana de plata del acólito adolescente -acaso también con la campana que era cetro del Rey Negro Miguel-); cuando Arlequín comparezca ante el Tribunal de Dios (y Dios estará sentado en su silla de oro sobre el cojín de púrpura); cuando Arlequín se presente-sacerdote y adolescente ante el Tribunal (y Dios estará sentado en su trono de oro y rojo terciopelo o tal vez será mejor imaginarlo así- presente en la luz de una nube, el rostro iluminado de luminosa majestad, el triángulo de la divinidad apenas dibujado como fondo de la mirada que examina las con- ciencias); cuando comparezca ante el Tribunal de Dios, cuando esté delante del Todopoderoso y su cohorte de santos y de ángeles, Arlequín -es decir, el sacerdote y el acólito, los dos personajes de la Misa y del espectáculo- se cambiará una vez más en la antigua figura de la comedia, se envolverá en la corta capa que deja ver las bragas multicolores. El sombrero-el gorro puntiagudo entre las manos, la mirada severamente respetuosa, calculada en exacta sinceridad, hará una graciosa inclinación y dirá:

-Señor (digo "Señor" como una manera de hablar, como un trata- miento honorífico) si tú eres verdad (si no perteneces a mis inventadas historias) de lo único que tengo que acusarme es de no haber comprendido la verdad, de no

haber creído en ti, de haberte considerado nada más- como una palabra de rito. Y aún de ello, señor (una manera de hablar; podría decirte "amigo" en lugar de "Señor") poca culpa tengo, porque no estoy hecho para comprender más que la apariencia de las cosas ni para saber más que los textos del sacrificio sagrado. Tú no estabas presente en los espectáculos en los que he tomado parte. No te he visto en la rosa. No te he encontrado ni en el atardecer ni el poema. No apareciste en el repicar de la campanilla de plata ni vi tu rostro entre los dedos del sacerdote sobre la copa resplandeciente. No te miré en el vino. No estaba tu reflejo entre los que pintan la burbuja, la semilla transparente de la tierra donde nací. Varios libros señalan tu huella eso si es cierto- como una bella palabra ritual. El coro repetirá las exigencias de los hombres.

- ¿Por qué me has despertado? Júzgame y apártame de los pecadores.

Arlequín sonreirá:

-Una mujer tomó tu puesto en mi vida a lo largo de todos mis disfraces. Permíteme recordar que si he creído en una diosa mía. Con ella anduve en autobús por las calles de mi ciudad y con ella hice mi casa y en torno a ambos crecieron nuestros hijos. Era extraordinario una diosa colocada en mitad de la vida corriente como un cristal repleto de luz. Para que ella fuera mi diosa no he hecho esfuerzo alguno de perversidad. Mis actos fueron siempre simples y necesarios. Mis actos fueron nada más expresión de los deseos que si tú eres verdad- pusiste en mi corazón. Me encontré con mis actos, que estaban hechos para mí, como encontré las palabras que mis labios debían pronunciar. Eran los textos del espectáculo, los gestos indicados en el rito, los capítulos de la novela. Encontré una mujer y ella

fue mi diosa porque su encuentro estaba en mis pasos de hombre. La miré y supe que era mi verdad. Luego he tenido sueños. Sueños. Sueños. Sueños...

Arlequín esperará el Juicio de Dios como la frase final del rito. La voz del Todopoderoso ordenará. (Será digamos como el lento rodar del trueno, como la luz que hace nacer la aurora, como el profundo respirar del mar). La cohorte de los elegidos se moverá en ordenado desplazamiento. Habrá ruido de alas metálicas, choque de emplumadas corazas. De parte de los condenados, un anhelante jadeo de desesperado esperar.

El Juicio de Dios estará por un momento en el aire, suspendido sobre los seres que ya conocen la sentencia.

Arlequín, sonriente, comprenderá que, en lo que a él se refiere, se trata una vez más de un espectáculo y que él es sacerdote y ayudante, hostia, cáliz y campanilla en el Juicio de Dios.

Una voz oscura dirá:

-Me acerco al altar de Dios.

El adolescente replicará:

-Del Dios que alegra mi juventud.

Sonreirá Arlequín bajo su capa roja, dentro de sus bragas multicolores, adornando su mano con el puntiagudo gorro de la comedia. La voz serena se escuchará de nuevo:

-Júzgame y apártame de los pecadores.

Y entonces comienza y termina el espectáculo. El Juicio de Dios. La Misa de Arlequín.